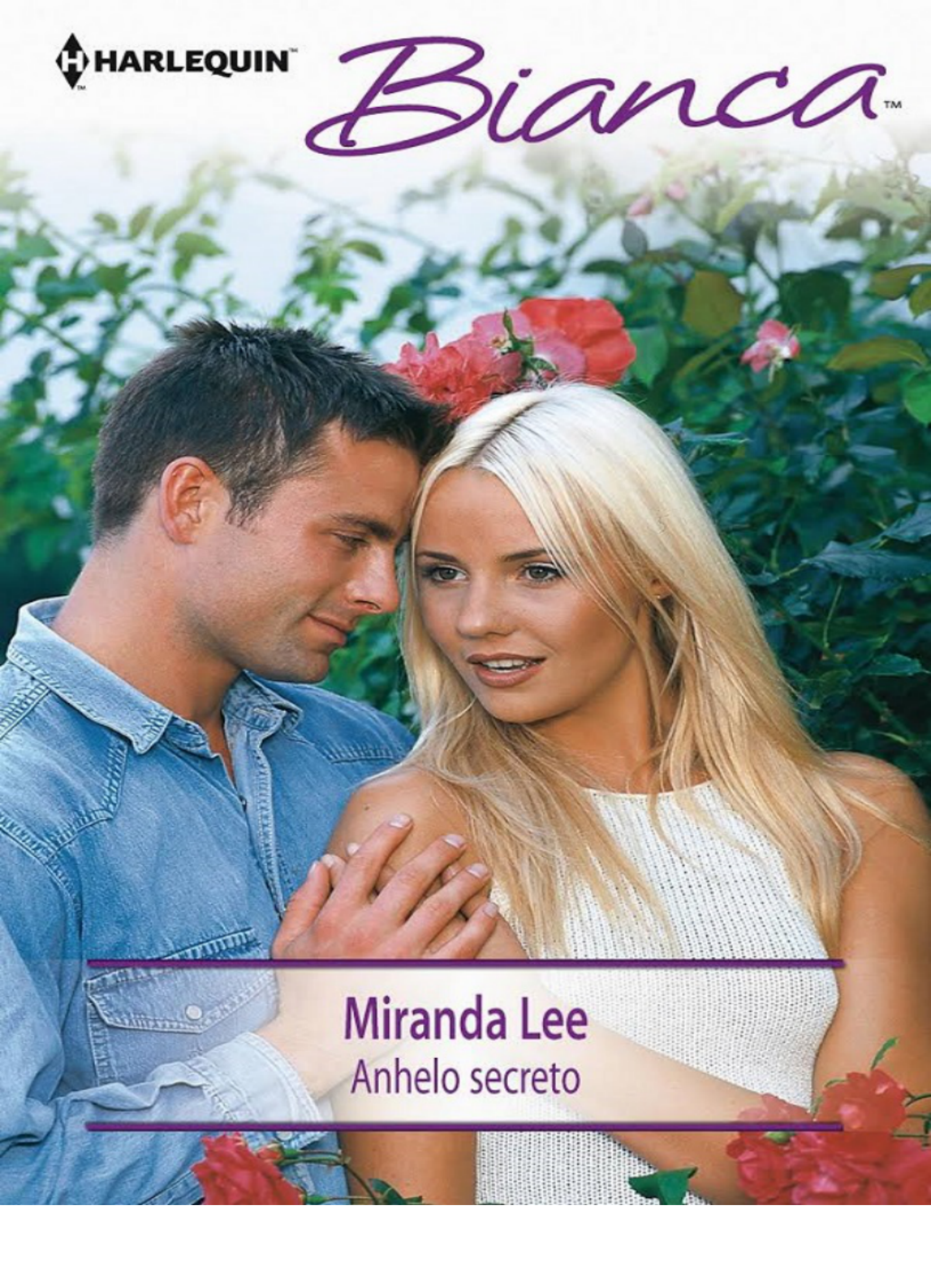

HARLEQUIN
Bianca
Miranda Lee
Anhelo secreto

Argumento

Rafe deseaba a Isabel, pero su trabajo era fotografiar a la futura novia, no seducirla. Fue entonces cuando descubrió, para su sorpresa, que la boda se había anulado…Sin dudarlo dos veces, Isabel le pidió a Rafe que la acompañara en lo que habría sido su luna de miel. El amor no formaba parte del trato, pero el guapísimo Rafe Saint Vincent podría ayudarla a olvidar el abandono que había sufrido. Cuando se terminó la luna de miel, Isabel descubrió que, de forma accidental, se había quedado embarazada…

Capítulo 1

-POR FAVOR, Rafe. Mi reputación de profesional serio está en juego.

Rafe suspiró. Les debía de estar realmente desesperado para pedirle aquello. Su ex socio sabía de sobra que odiaba profundamente hacer fotos de bodas. Mientras que Les disfrutaba de lo emocional de aquellas ocasiones, a Rafe le resultaban profundamente irritantes. No soporta ni los nervios de antes, ni los llantos, besos y abrazos de después.

Rafe no era precisamente un entusiasta de los llantos femeninos.

Además, le era imposible ser creativo cuando el trabajo solo consistía en captar cada momento sin más. Era un perfeccionista y odiaba tener que trabajar en cualquier circunstancia, sin saber el tiempo que iba a hacer, si la localización sería espantosa o si la novia sería poco fotogénica.

Él era un fotógrafo de moda y trabajaba para revistas importantes. Estaba acostumbrado a controlarlo todo.

-Asumo que no has podido conseguir a nadie más -dijo Rafe con resignación.

-La boda es dentro de dos semanas, y cae en sábado -le explicó él-. Ya sabes la cantidad de bodas que hay los sábados. Todos los fotógrafos de Sydney están ya comprometidos.

-De acuerdo, de acuerdo. ¿Y qué es lo que quieres que haga?

-La novia irá a tu casa a mediodía hoy. Rafe miró el reloj de pared. Eran las once y media.

-¿Y si hubiera dicho que no?

-Yo sabía que no me dejarías en la estacada. Puede que seas un demonio con las mujeres, pero eres un buen amigo.

Rafe no estaba de acuerdo con aquella imagen de playboy que Les tenía de él. Sí, había tenido muchas relaciones a lo largo de los años, ¿y qué? Tenía treinta y tres años, era bastante atractivo, soltero y se pasaba el día retratando modelos también solteras. Era inevitable que sucedieran cosas.

Pero no era un devorador de mujeres. Solo tenía una novia por vez, y jamás las engañaba. Sencillamente, no quería saber nada de matrimonio ni de niños. ¿Acaso eso era un crimen? A ojos de alguna gente, sí.

Le habría gustado que sus amigos casados, y entre ellos Les, entendieran que no todo el mundo quiere las mismas cosas en la vida.

-Dame unos cuantos detalles más antes de que la novia llegue -le

dijo él.

-Se llama Isabel Hunt, tiene treinta y pocos años, es rubia y muy guapa.

-Les, a ti todas las novias te parecen guapas.

-Y lo están en ese día. Pero esta es guapa siempre. Te lo vas a pasar bien fotografiando a la señorita Hunt. O quizá debería llamarla señora Freeman.

La afortunada novia se va a casar con Luke Freeman, el único hijo de Lionel Freeman.

-¿Se supone que eso debería significar algo para mí? ¿Quién es Lionel Freeman?

-Siempre se me olvida que eres un ignorante total en cualquier tema que no sea comida, mujeres y fotografía, Lionel Freeman era uno de los arquitectos más reputados de Sydney. El pobre hombre murió, junto a su mujer, en un accidente de coche hace un par de semanas. Así que trata bien al novio cuando lo conozcas.

-Pobre hombre. Qué mala suerte -el padre de Rafe también había muerto en un accidente de coche cuando él tenía solo ocho años. Aquel había sido un momento muy difícil en su vida que no le gustaba recordar-. ¡Vaya! Me parece que oigo un coche acercándose a la casa. Debe de ser la novia. Llega a tiempo. Ya veremos si es igual de puntual en la boda. Bueno, te dejo. Me debes una, Les, y no me vuelvas a preparar una encerrona como esta. Te llamaré cuando la novia se haya ido y ya te contaré lo que opino de ella.

Rafe colgó y se encaminó hacia las escaleras, curioso por saber si la mujer era tan atractiva como Les le había dicho.

Tendría que ser algo muy especial para llegar a sorprenderlo. Después de todo, estaba acostumbrado a rodearse de rubias despampanantes. Había fotografiado a cientos de ellas e, incluso, se había enamorado locamente de una.

Aquello había sucedido cuando él tenía veinticinco años. Liz era entonces una ambiciosa modelo de belleza felina, que a sus diecinueve años hacía alarde de un espíritu manipulador e interesado. Solo que él no se había dado cuenta hasta que no había sido muy tarde. Habían vivido juntos un año y, durante ese tiempo, ella había sacado de él todo lo que había necesitado. Después, se había marchado con otro fotógrafo mayor y más poderoso, dejando a Rafe profundamente herido.

A pesar de que todo aquello había sucedido años atrás y de que, supuestamente, el dolor había desaparecido, no había vuelto a vivir con nadie desde entonces y se había resistido con fiereza a cualquier tentación de hacerlo. Tampoco salía ya con rubias. La experiencia le

había enseñado que, muy a menudo, fingían debilidad y vulnerabilidad, cuando en realidad eran manipuladoras y ambiciosas.

Otra cosa era fotografiarlas, porque las rubias seguían siendo sus modelos favoritas.

Rafe abrió la puerta.

¡Guau! Les no había exagerado un ápice.

«Qué pena que se vaya a casar», pensó Rafe. Porque, si había alguna rubia en el mundo que pudiera hacerle cambiar sus principios, la tenía delante.

¡Era exquisita! Isabel Hunt era un ejemplo de heroína de Hitchcock. Tenía una belleza clásica, con un rubio helador, unos pómulos de ensueño y unos ojos grandes y azules con largas pestañas, además de una figura perfecta. Aunque le habría gustado poder quitarle la chaqueta para asegurarse.

-¿Señorita Hunt? -dijo él sonriendo cálidamente. Lo que había supuesto la perspectiva de un duro trabajo, de pronto se había convertido en la promesa de algo muy placentero. Lo que más le gustaba en el mundo era fotografiar a mujeres hermosas. Por supuesto, aún no sabía si era fotogénica, porque, extrañamente, algunas mujeres realmente hermosas en carne y hueso no daban bien ante la cámara.

-¿Es usted el señor Saint Vincent? -preguntó ella, mirándolo de arriba abajo con un gesto desaprobatorio. Quizá no le gustaban los hombres sin afeitar.

Ella, por el contrario, era una perfeccionista. Su maquillaje era absolutamente correcto, su ropa inmaculada y la camisa que llevaba estaba tan blanca, que bien habría podido servir para un anuncio de detergente.

-Sí, soy yo, el único e irrepetible -respondió y amplió su sonrisa. La mayoría de las mujeres que había conocido en su vida acababan sucumbiendo a ella. A Rafe le gustaba que sus modelos estuvieran totalmente relajadas, pues la tensión no daba buenos resultados, y así era como lo conseguía-. Por favor, llámeme, Rafe.

-Rafe -obedeció ella, pero pronunciando el nombre en un tono helador.

La señorita Hunt no era una mujer que se dejara encandilar fácilmente. Quizá era lo mejor dadas las circunstancias. Era demasiado atractiva, con aquellos grandes ojos y aquella boca de pecado, provocativa y sensual. ¿Cómo reaccionaría él si se le ocurría sonreír?

«Será mejor que no lo haga. No sonría, señorita Hunt, o vamos a tener problemas», le advirtió él en silencio.

-¿Te importa que te tutee?

-Si insistes.

¿Era realmente desprecio lo que veía en su mirada? No podía ser.

Por si acaso, Rafe decidió replegar sus encantos y centrarse en el trabajo.

-Les acaba de llamarme para contarme que ibas a venir -la informó él-. ¿Por qué no pasamos dentro y concretamos unas cuantas cosas?

Él la condujo al interior de la casa. Allí era donde él pactaba la mayoría de sus negocios. No tenía una oficina propiamente dicha, sino solo un salón decorado de modo sencillo. Las paredes estaban decoradas con sus fotos favoritas, todas de mujeres, en blanco y negro, con más o menos ropa.

-No veo fotos de bodas -dijo la novia secamente.

-Hace mucho que no trabajo en reportajes de boda. Pero tiempo atrás fui socio de Les. Sé bien lo que hago.

Ella lo miró con dureza.

-Seguro que eres mucho más caro que él. Rafe se sentó en un sofá azul oscuro, justo enfrente de ella.

-Normalmente lo soy, pero esta vez no. Este trabajo es un favor para Les.

Ella continuó mirando las fotos.

-Supongo que también haces fotos en color.

Rafe no solía enfadarse, pero aquella mujer estaba empezando a molestarlo de verdad. ¡Era un profesional, podía hacer el tipo de fotos que quisiera!

-Por supuesto -respondió en un tono calmado que no se correspondía con su estado de ánimo-. Hago muchas fotos para revistas de moda. La moda no sería tal sin color. Pero te puedo asegurar que tú saldrías fabulosa en blanco y negro. Creo que te gustarían los resultados.

-Señor Saint Vincent -comenzó a decir fríamente.

-Llámame Rafe, por favor -insistió él, decidido a marcar su territorio.

Rafe se preguntó si el pobre novio sabía qué tipo de mujer se llevaba. ¡Era una princesa de hielo!

-La cuestión es, Rafe, que no habría elegido un vestido burdeos para mi dama de honor de haber querido las fotos en blanco y negro.

Rafe ignoró su sarcasmo.

-¿De qué color irá vestido el novio?

-De negro.

-¿Y usted?

-De blanco, por supuesto.

-Por supuesto -repitió él secamente, mirándola demasiado fijamente.

Ella se ruborizó y él se quedó muy sorprendido. No podía ser virgen, no con treinta años y aquel físico. A menos que tuviera problemas con el sexo.

Rafe sintió pena por el novio. No parecía que su noche de bodas tuviera buenas perspectivas.

-Lo siento, pero no quiero mis fotos en blanco y negro -insistió ella-. Si no puedes acomodarte a mis deseos, tendré que buscarme otro fotógrafo.

-Te va a resultar imposible a estas alturas -dijo Rafe con firmeza.

Ella pareció genuinamente frustrada y Rafe sintió una repentina e inesperada compasión. Estaba siendo demasiado terco, aunque sabía que tenía razón.

-Isabel, ¿tú le dirías a un pintor cómo pintar, o a un cirujano cómo operar? Yo soy un fotógrafo profesional, uno de los mejores, y sé lo que me hago. Sé lo que sale bien y lo que no, y te aseguro que en blanco y negro saldrías magnífica.

Nunca antes había tenido la oportunidad de fotografiar a una novia tan hermosa como aquella y no estaba dispuesto a desaprovechar la oportunidad de dar su punto de vista creativo. Con una cámara automática, cualquiera podría hacer unas fotos vulgares. Pero solo Rafe Saint Vincent era capaz de hacerle obras de arte en blanco y negro.

-Habrá en la fiesta muchos invitados con cámaras que os harán fotos en color -continuó él-. Mi trabajo consiste en proporcionarte unas fotos que no solo sean hermosas, sino eternas. Te garantizo que serán fotos que también podrás enseñarle a tus nietos con orgullo.

-Estás muy seguro de ti mismo, ¿no? -dijo ella.

-Sé cuáles son mis habilidades. ¿Qué me contestas?

-Creo que no tengo elección.

-No te decepcionaré. Confía en mí, Isabel.

Por su gesto, Rafe se dio cuenta de que Isabel Hunt no era alguien que confiara fácilmente en nadie.

-¿Querrías ver algunas de mis fotos en blanco y negro más convencionales? -le sugirió él y le dio un álbum-. Puede que así te convenzas. Las fotos que tengo en las paredes son un poco vanguardistas. Mientras tanto voy a preparar una taza de café. No hace mucho que me he levantado. Ayer me acosté bastante tarde. ¿Quieres algo?

-No, gracias. He desayunado hace poco.

-¿También te acostaste tarde?

Ella lo miró directamente a los ojos durante uno segundos. Luego volvió la vista al álbum. Comenzó a pasar las hojas a una velocidad tal

que para Rafe supuso un insulto.

De pronto, sintió unos deseos tremendos de deshacerle aquel moño tenso que llevaba, agitarla hasta que sus cabellos cayeran como una cascada sobre sus hombros, besarla y lograr templar aquella fría y heladora mirada. Quería ver cómo se ruborizaba, pero no de vergüenza, como momentos antes, sino de pasión.

Quería... quería... ¡la quería a ella, la deseaba!

Rafe trató de contener aquel repentino impulso. Desear a aquella mujer era absurdo e insano.

En primera lugar, se iba a casar en cuestión de dos semanas. Segundo, era rubia. Tercero, a ella no le gustaba.

Lo mejor que podía hacer era ir a hacerse un café. Luego, regresaría, se centraría en las fotografías y se olvidaría de la mujer que suponía el mayor reto del siglo para él.

Capítulo 2

EN CUANTO se quedó sola, Isabel cerró el álbum de fotos y levantó la vista. ¡Aquel hombre era imposible y contratarlo como fotógrafo para su boda era una locura! Rafe Saint Vincent podía ser un brillante profesional, pero si no era capaz de oír lo que ella le pedía, no le servía.

Los hombres como él la irritaban tremendamente.

Y, por desgracia, también la atraían.

Isabel suspiró.Ese era el mayor problema que tenía: lo encontraba increíblemente sexy.

Isabel cerró los ojos y recostó la espalda en el respaldo del sofá. Había pensado que ya estaba curada, que ya no la atraían los hombres como él. Había creído que su compromiso con Luke iba a ser la garantía de que nunca más necesitaría lo que hombres como Rafe podían ofrecer.

Luke era el tipo de marido que ella necesitaba. Era guapo, inteligente, un hombre de éxito y tremendamente agradable. Los dos habían llegado a la conclusión de que el amor romántico no era una buena base para el matrimonio. Ambos habían descubierto que al enamorarse la gente actuaba como una necia. La pasión era un buen tema para la poesía, pero no era garantía de felicidad a largo plazo.

El sexo no lo era todo ni lo más importante en una relación.

No pensaba eso porque Luke fuera malo en la cama. Era bueno. Tampoco la preocupaba tener que buscar otras fantasías cuando estaban juntos.

Pero, claro, una cosa era tener imágenes de algún místico extraño mientras hacía el amor con Luke y otra muy distinta preferir que en la noche de bodas, su amante fuera Rafe Saint Vincent en lugar de su marido.

Y eso sería exactamente lo que le ocurriría si estaba en la boda todo el día, mirándola con aquellos sensuales ojos.

Isabel agitó la cabeza con frustración.

Siempre le habían gustado los hombres equivocados. No porque supiera a priori que lo fueran, sino porque siempre eran los que le resultaban atractivos, interesantes y excitantes. Después de varios desengaños había llegado a la conclusión de que se había equivocado en sus elecciones del sexo masculino.

Eso había hecho que Isabel desarrollara un sistema de alarma: si le gustaba algún hombre, eso indicaba que era el hombre equivocado otra vez.

Así que no tenía que saber mucho sobre Rafe Saint Vincent para tener la certeza de qué tipo de hombre era. Solo necesitaba mirarlo.

Les le había contado que era soltero y un brillante fotógrafo, pero no le había dicho nada sobre su ropa negra, sus pendientes y su casa de diseño. El hecho de que viviera, además, en Paddington completaba la imagen de hombre del nuevo milenio, cuyas prioridades eran su carrera, el placer y el éxito. Quizá no fuera un criminal como había sido Hal, pero seguía siendo una pérdida de tiempo para una mujer que, como ella, quería un marido e hijos.

La verdad era que todos los hombres que a Isabel le habían gustado habían sido siempre una pérdida de tiempo. Por eso había cumplido los treinta sin un hogar y una familia propios, cosas que siempre había deseado. Cansada de esa situación, había decidido en un momento dado buscar un marido con la cabeza y no con el corazón.

Y lo había encontrado.

Isabel sabía que podía llegar a ser muy feliz con Luke.

Pero lo último que necesitaba era tener a su alrededor durante toda la boda a un hombre como Rafe.

El problema era que necesitaba un fotógrafo. ¿Qué excusa podría ponerle a su madre para no contratarlo? A ella le encantaban las fotos en blanco y negro, pues a su setenta años las veía como un vínculo con su pasado. Isabel había sido el producto de una segunda luna de miel de la que Doris Hunt había disfrutado al cumplir los cuarenta.

No tenía más remedio que contratar a Rafe Saint Vincent. No tenía por qué causar ningún daño real el que fantaseara con un hombre mientras su marido le hacía el amor, incluso en la noche de bodas. Luke jamás se enteraría si ella no se lo contaba.

Y no lo iba a hacer.

La verdad era que había muchas cosas sobre sí misma que no le había contado. Y no tenía intención alguna de empezar a hacerlo en aquel momento.

Abrió los ojos y se fijó en las fotos que había colgadas por las paredes. Eran increíblemente eróticas y sugerentes. Aunque eran todas de mujeres desnudas o medio desnudas, los juegos de luz mantenían ocultas las partes clave.

Podría haberse quedado horas mirándolas absorta. Pero el sonido de unos pasos la instaron a apartar los ojos y buscar algo que hacer.

Buscó su móvil desesperadamente y lo sacó del bolso. Marcó el número de sus padres y esperó impaciente a que respondieran. En ese momento, volvió Rafe con una humeante taza de café.

Ella fingía no estar fijándose en él, pero lo siguió de reojo hasta

que se sentó en el mismo lugar de antes. ¡Era maravilloso! Tan alto y estilizado, el tipo de hombre que la fascinaba. Era muy atractivo y muy sexy.

-¿Sí? -su madre respondió finalmente.

-Hola, mamá, soy yo -dijo en un tono tremendamente compuesto, a pesar de que por dentro se partía en trozos.

-¡Oh, Isabel, cómo me alegra de que hayas llamado antes de que saliéramos para el club! Estaba pensando en ti. ¿Qué tal la entrevista con el señor Saint Vincent?

-Bien, muy bien.

Isabel notó cómo la miraba por encima de la taza de café.

-¿Es tan bueno como Les? -le preguntó su madre. Sus padres habían contratado a Les con anterioridad para su fiesta de aniversario.

-Yo diría que es mejor.

-Me alegro. He esperado tanto tiempo para verte casada, que lo menos que puedo tener son unas fotos decentes de un momento así.

Isabel miró algunas de las provocativas imágenes que había en la pared y pensó en que no era precisamente la palabra «decente» la que le venía a la mente. ¿Qué se sentiría estando totalmente desnuda ante un extraño? ¿Y estando totalmente desnuda delante de él? ¿Qué se sentiría cuando él depositara una sábana de raso sobre el cuerpo expuesto? ¿Y estar de pie o tumbada, haciendo poses sugerentes con aquellos ojos sensuales mirándola fijamente?

Solo pensarlo le aceleró la respiración.

Por suerte, Isabel no era una de esas mujeres que dejaban adivinar sus sentimientos.

Podía mirar a un hombre pensando las cosas más increíbles y parecer fría como un témpano de hielo, incluso fingir desinterés. Quizá eso la había salvado de haberse pasado la mitad de su vida en la cama.

No solía flirtear. Muy a menudo la confundían con una de esa rubias frías con modales de señorita, puritana y recatada. Puede que por eso la mayoría de sus amantes fueran hombres que se atrevían a hacer lo que los caballeros de verdad no podían: acercarse a ella a pesar de su frialdad y tomar lo que querían.

Isabel miró al hombre que tenía enfrente y se preguntó qué tipo de amante sería.

«No lo vas a averiguar jamás», le dijo su conciencia.

-Me tengo que ir -dijo su madre-. Nos estábamos marchando. ¿Cuándo vas a venir? ¿Vendrás a cenar esta noche?

Isabel había estado viviendo con sus padres durante las últimas semanas. Había dejado su piso y su trabajo como recepcionista en una

empresa de arquitectos. Luke y ella tenían intenciones de intentar tener un niño de inmediato.

-Creo que sí -le dijo a su madre, mientras mantenía la mirada fija en el hombre que tenía enfrente-. A menos que Luke quiera salir esta noche. Si llama ahí, pregúntaselo. Y dile que estaré de vuelta en casa como muy tarde a la una.

-Se lo diré, cariño.

-Adiós, mamá.

Colgó y se inclinó para darle unos toquecitos al álbum que estaba sobre la mesa.

-Realmente impresionante -dijo, mirando a Rafe con total frialdad, mientras sus pensamientos tenían otra temperatura muy distinta. Era una pena que no lo hubiera podido mirar así cuando le había preguntado si iba a ir de blanco en la boda y ella se había ruborizado inesperadamente. Al menos había sido capaz de recobrar el control. Gracias a Dios.

Dejó el teléfono sobre la mesa y abrió el álbum por una página en la que aparecía una mujer con un traje de noche.

-Me gusta mucho esta foto. Si puedes reproducir cosas así, entonces estás contratado.

-Yo no «reproduzco» nada, Isabel -respondió él-. Soy un artista, no un copista. Isabel se impacientó.

-¿Quieres este trabajo o no? -le preguntó con cierta violencia.

-Como ya te he dicho, esto no es más que un favor a Les. La cuestión es si tú me quieres... o no me quieres.

Isabel lo miró fijamente, tratando de mantener la compostura. Sí él hubiera podido leerle el pensamiento...

-Supongo que tendré que decir que sí.

-¡Cuánto entusiasmo! ¿Cuándo y dónde? «Qué te parece aquí y ahora».

-La boda es a las cuatro en punto en la iglesia de san Christopher, en Burwood, dentro de quince días desde hoy. La fiesta se celebrará en un palacio de Strathfield llamado Babylon.

-Suena muy exótico.

Sí lo era. Y es que Isabel tenía un gusto especial por lo exótico. Aunque jamás se podría adivinar viéndola. Su cuento favorito era Aladino y a menudo tenía el sueño secreto de ser parte de un harén y de ir vestida con sensuales trajes líenos de gasas.

-¿Quieres que antes de nada pase por tu casa? -le preguntó él-. Muchas novias quieren eso. Aunque algunas están demasiado nerviosas para posar en ese momento. Cuando me dedicaba a hacer reportajes de bodas, desarrollé un método infalible para que se

relajaran.

-Ya... -dijo ella, tratando de detener su traviesa imaginación sin conseguirlo.

-Les daba una copa de algo fuerte -dijo él entre sorbo y sorbo de café.

Ella mantuvo el gesto inalterable con mucho esfuerzo.

-Yo no bebo -mintió ella.

-Me lo imaginaba -murmuró él y ella estuvo a punto de perder la compostura y soltar una carcajada.

Estaba claro que pensaba que era una remilgada.

-No te preocupes -dijo ella-. No estaré nerviosa.Y sí, seguro que mi madre quiere que vengas a casa antes de salir. Te escribiré la dirección y el número de teléfono.

Sacó del bolso una tarjeta de más que tenía de su peluquero y le escribió la dirección de sus padres en la parte de atrás.

-¿Qué te parece a las dos de la tarde ese mismo día? -le sugirió ella, le dio la tarjeta y se puso de pie.

-¿Es este tu peluquero habitual? La pregunta la desconcertó.

-Sí.

-¿Te ha peinado hoy?

-No. Me he peinado yo. Solo voy a la peluquería para cortarme el pelo. Normalmente me gusta hacer-, meló yo -además de lo caro que era, le gustaba más llevarlo a su modo.

-Pero ¿te van a peinar para el día de la boda?

-Sí.

-Espero que no como vas ahora -se metió la tarjeta en el bolsillo.

Isabel lo miró sorprendida.

-¿Qué tiene de malo cómo lo llevo?

-Es demasiado severo. Si lo vas a llevar recogido, necesitas algo más suave y unos cuantos mechones cayendo por el rostro.

Antes de que ella pudiera reaccionar, él ya estaba a su lado, tocándole el pelo, las mejillas, el cuello.

Una cosa era permanecer fría mientras solo era una idea y otra muy distinta hacerlo mientras sentía sus manos sobre ella. Sus dedos dejaban impreso su calor sobre su piel, provocándole un estremecimiento que la recorría de arriba abajo.

-Tu pelo está muy liso -dijo él, mientras sacaba algunos mechones-. ¿Tienes unas tenacillas?

-No -dijo ella a duras penas. Sabía que se tenía que separar de él, pero se sentía incapaz de hacerlo. No podía dejar de mirarlo y de preguntarse cómo sería desnudo.

-Te sugeriría que te compraras unas. Son baratas.

Ella alzó la mirada y descubrió que ya no estaba mirando su pelo, sino su boca. Durante un largo y terriblemente excitante momento, ella pensó que iba a besarla. Sus labios se entreabrieron como consecuencia de la excitación. Sin embargo, no la besó y la decepción fue inmensa.

Pero ¿qué habría sucedido si lo hubiera hecho?

Solo la idea de estropear lo que tenía con Luke la ponía enferma.

-Tengo que irme -dijo ella y se agachó para recoger su bolso. Tenía que salir de allí a toda prisa-. Si no hablamos hasta entonces, te espero en casa de mis padres a las dos, dentro de quince días.

-Nunca llego tarde a mis citas.

-Bien. Hasta entonces.

Él asintió y ella se encaminó hacia la puerta, golpeándolo con el bolso al pasar junto a él. No le pidió disculpas ni miró para atrás. Continuó andando, conteniendo la respiración, hasta que llegó al coche.

En cuanto se alejó de aquella casa sintió un profundo alivio. Pero luego fue indignación y rabia lo que siguió: contra ella misma, contra todos los Rafe Saint Vincent del mundo y contra el destino. ¿Por qué Les no le había recomendado un fotógrafo como él, un hombre de mediana edad, casado, conservador, con tres hijos y un perro?

Al mirar por el retrovisor recordó que tenía mechones de pelo cayéndole por el rostro, cortesía de Rafe Saint Vincent. Se soltó el moño y dejó que la cascada de pelo rubio cayera sobre sus hombros.

-Quizás preferiría que lo llevara así -dijo en alto, mientras aceleraba-. Menos mal que no me ha sugerido que vaya de lady Godiva en mi boda. Podría ser la primera novia a la que fotografían desnuda.

Después de insultarle y culparlo de todos sus males, y de encontrarse con un tráfico infernal, llegó a casa realmente estresada.

Al aproximarse a la entrada de sus padres y cuando su excitación comenzaba a ceder, se encontró con otra sorpresa. El coche azul de Luke estaba en la puerta y él estaba aún dentro. Aparcó el coche detrás y salió.

Nada más aparecer, él miró con extrañeza su pelo suelto. Ella se ruborizó sintiéndose culpable. No había hecho nada para sentirse así.

-¡Luke! -exclamó-. ¿Qué haces aquí? ¿Por qué no me has llamado?

-Lo he estado intentando, pero no me has respondido -contestó él.

-¿Cómo? ¡Oh, no! He debido de dejarme el móvil olvidado. Lo saqué para llamar a mamá y decirle que a eso de la una estaría aquí.

Isabel quería gritar. ¿Cómo había sido tan estúpida de dejárselo en aquella casa? Eso implicaba tener que ir de nuevo por él y ver a Rafe

antes de la boda.

-Pues lo siento -murmuró ella, cerrando de golpe la puerta del coche-. Se puede quedar ahí hasta mañana. No voy a volver allí.

Notaba la desconcertada mirada de Luke. Agitó la cabeza y lo miró apenada.

-¡No sabes el día tan horroroso que he tenido! El fotógrafo que contratamos para la boda se ha roto una pierna y me ha mandado a un amigo suyo que no es, en absoluto, la persona adecuada. Es brillante, pero demasiado vanguardista. Quiere hacer las fotos en blanco y negro. Cuando le dije que no habría elegido un traje burdeos para mi dama de honor de haber querido las fotos en blanco y negro, me ignoró por completo. ¡Incluso me dijo cómo quería que llevara el pelo! Como si yo no supiera qué es lo que me sienta bien. Jamás había conocido a alguien tan insufrible -se dio cuenta de que estaba barboteando, pero no lo podía evitar-. Claro que qué se puede esperar de alguien que se jacta de ser «un gran artista». Ya sabes de qué tipo de individuo te hablo. Lleva un montón de pendientes y va de interesante. ¡Es un fantasma! Solo Dios sabe qué fotografías nos va a hacer. Pero ya es demasiado tarde para conseguir a alguien decente. Se llama Rafe, ¿te lo había dicho? Rafe Saint Vincent. Supongo que no es su verdadero nombre. Nadie nace con un nombre así. ¡Es un pretencioso!

Isabel se quedó finalmente sin fuerzas y, solo entonces, se dio cuenta de que Luke tenía un aspecto extraño. Siempre iba bien vestido e impecable, dando la imagen de hombre elegante y guapo a las mujeres.

-¡Luke! -exclamó ella-. ¡Da la sensación de que hubieras dormido vestido! Ese no es tu estilo. Además, ¿qué estás haciendo aquí? Pensé que te ibas a quedar en la antigua cabaña de pesca de tu padre,durante todo el fin de semana -y poder recordar y llorar el reciente fallecimiento de sus padres. Aquellas últimas dos semanas habían sido muy duras para él. Y, sin embargo, se había comportado como un valiente.

-La cabaña ya no estaba allí -dijo él-. Había sido derribada años atrás.

-¡Vaya! -murmuró ella. Eso explicaba que estuviera tan desaliñado-. ¿Dónde has pasado la noche, en un hotel, en una tienda de campaña?

-No -respondió él-. Mi padre había construido una nueva casa y me quedé allí.

-Pero... -Isabel frunció el ceño-. ¿Cómo entraste?

-Había una chica que se iba a quedar el fin de semana y me dejó

entrar.

Isabel se quedó desconcertada.

-¿Y te dejó dormir allí?

Luke suspiró.

-Es una larga historia, Isabel. Creo que será mejor que entremos y te la cuento. Ella trató de controlar el pánico.

-Luke, me estoy empezando a preocupar.

La tomó del brazo y trató de llevarla hacia la casa, pero ella se soltó y se detuvo. Lo miró alarmada.

-Vas a cancelar la boda, ¿verdad?

Isabel esperó con agónica ansiedad una respuesta.

-Sí -dijo finalmente-. Así es.

Capítulo 3

ISABEL lo miró destrozada. -¡Oh, no, Luke, no me hagas esto! -echándose a llorar ocultó el rostro entre las manos.

-Lo siento, Isabel -dijo Luke suavemente y trató de tomarla entre sus brazos.

-Pero ¿por qué? -se apartó, lo agarró de las solapas y lo sacudió.

Sus ojos pedían a gritos una disculpa.

-Me he enamorado.

-¡Te has enamorado! -exclamó ella-. ¡En menos de un día!

-Yo soy el primer sorprendido, te lo aseguro. Pero es la verdad. He venido inmediatamente a decírtelo y a cancelar la boda.

-Pero el amor no es garantía de felicidad, Luke -argumentó ella con desesperación-. Pensé que los dos estábamos de acuerdo en eso. Es una locura. ¿Cómo sabes que esa chica de la que, supuestamente, te has enamorado, es adecuada para ti? ¿Cómo sabes que no te hará realmente infeliz? No sabes cómo es. Podría estar jugando contigo, fingiendo ser algo que no es. Podría ser una mala persona, una cazafortunas, incluso una criminal.

-No es nada de eso -respondió él, desconcertado ante sus argumentos-. Es una buena persona, lo sé.

Isabel negó con la cabeza. ¡En un día, un miserable día! ¿Cómo podía estar tan seguro?

-Jamás pensé que podrías ser tan inmaduro -dijo ella-. ¡Un hombre como tú!

-No soy inmaduro -se defendió él-. Por eso no me voy a precipitar. Pero no puedo casarme contigo sintiendo lo que siento por Celia. Seguro que estás de acuerdo en eso.

Isabel no estaba de humor como para estar de acuerdo con él en algo así. Lo único que quería era llorar y gritar. ¡Había estado tan cerca de ver su sueño realizado!-A pesar de todo, yo me casaría contigo -le dijo ella-. No tengo tiempo para eso de enamorarse.

-Quizá eso te ocurre porque nunca lo has estado.

Isabel se rio con amargura.

-Soy una experta en el tema. Pero está bien. Vive y aprende, Luke Freeman, y cuando termine tu aventura, llámame. Mientras tanto, pasemos dentro. Necesito beber algo. Mi padre tiene un poco del whisky que le regalaron por su cumpleaños. Eso me valdrá.

Isabel entró en la casa y Luke la siguió.

-Pero si tú no bebes whisky.

-Claro que bebo, cuando la ocasión lo precisa -dijo ella entrando en

el salón y dirigiéndose directamente al armario donde estaban las bebidas-. Hoy es una de esas «ocasiones».

Se sirvió medio vaso y se lo bebió casi íntegro de un trago, sin permitir que ningún femenino escalofrío saliera en respuesta a la quemazón que sentía en la garganta.

-¡Bien! -dijo, pasándose la lengua por los labios en señal de satisfacción-. Esto ha sido una buena idea. ¿Quieres un trago?

Luke negó con la cabeza.

Isabel se sirvió otro medio vaso y se encaminó a uno de los sofás de su madre. Subió las piernas y se apoyó en el respaldo, luego se apartó un mechón de pelo de la cara y dio otro trago. Se volvió hacia Luke, que estaba en la puerta mirándola desconcertado.

Isabel sabía que la imagen que él tenía de ella no se correspondía con la que estaba viendo en aquel momento. Hasta entonces había podido hacer sin problemas el papel de la prometida serena y razonable que jamás se alteraba por nada, porque él nunca antes había hecho nada que la perturbara.

Estaba claro que no sabía qué hacer con ella cuando se comportaba realmente como quien era.

Pero ¿realmente había pensado que podía llegar allí, decirle que cancelaba la boda y que se quedara tan tranquila? Además, le había sido infiel la noche anterior.

Eso le hizo darse cuenta de que ella también le había sido infiel a él, aunque solo fuera mentalmente. Reconocer aquello hizo que se solidarizara un poco más con las razones de Luke. Estaba claro que los matrimonios sin amor podían haber funcionado en el pasado. Pero en el presente, con la cantidad de tentaciones sexuales que había, el suyo habría acabado en desastre.

Pensaba que aquello que Luke creía ser verdadero amor por Celia, no era más que deseo.

-Supongo que esa tal Celia será guapa -dijo secamente.

-A mí me lo parece.

-¿A qué se dedica?

-Es fisioterapeuta.

Así que no solo era hermosa, sino que también era inteligente y educada.

Isabel había dejado de estudiar al terminar el bachillerato. Siempre le habían interesado más los chicos que los estudios, lo que a sus padres no les había agradado en exceso.

Había conseguido un trabajo como recepcionista, pero nunca había perseguido hacer carrera. Lo que quería en la vida era tener una familia y dedicarse a ella.

-¿Y qué estaba haciendo en la cabaña de tu padre? ¿La había alquilado?

-No. Es la hija de la amante de mi padre.

-¿Su qué?

Isabel se puso de pie.

-La hija de la amante de mi padre -repitió Luke.

Isabel se atragantó.

-¡No puede ser! ¡No tu padre! ¿Tenía una amante? Eso es imposible. Él era una de las razones por las que me quería casar contigo. Pensé que serías un padre y un esposo tan bueno y responsable como él.

-Es una larga historia...

-También fascinante, estoy segura -murmuró Isabel-. Al parecer los Freeman tenéis una cara oculta.

-Puede ser -dijo Luke.

-¡Ojalá lo hubiera sabido antes! -murmuró ella dentro del vaso.

Luke la miró desconcertado.

-¿Qué quieres decir con eso?

-Nada. No es más que una broma mía.

-Espero que todo esto no haya sido demasiado para ti.

Ella se carcajeó.

-Créeme, nada relacionado con el sexo es demasiado para mí.

Luke frunció el ceño.

-¿Realmente te he llegado a conocer alguna vez?

-¿Y yo a ti?

Los dos se miraron y una lenta sonrisa se esbozó en sus labios.

-Encontrarás a alguien, Isabel -dijo Luke.

-Supongo que sí. Pero no encontraré a nadie como tú. Eres único entre un millón. Celia es realmente muy afortunada. Espero que seáis muy felices juntos -aunque, sinceramente, no creía que eso fuera a ser así. No obstante, tal vez Luke supiera elegir mejor que ella.

-Gracias, Isabel. Es muy generoso por tu parte. Pero no vamos a forzar nada. No me voy a casar de momento. Por cierto, pagaré todos los gastos de la boda. Les enviaré un cheque a tus padres. También haré lo justo contigo.

Ella negó con la cabeza y se quitó el anillo de compromiso.

-No, Luke. Yo no me iba a casar contigo por tu dinero, aunque tú hayas llegado a pensar que sí. Simplemente, me gustaba que tuvieras una buena posición y que fueras económicamente estable, porque quena un hogar seguro para mis hijos. Y para mí.

Él no aceptó el anillo.

-Quédatelo. Te lo compré para ti. Lo puedes vender, si quieres.

Ella se encogió de hombros y se puso el anillo de nuevo en el dedo.

-Si insistes -respondió ella, tratando de no derrumbarse-. Pero no voy a venderlo, sino que lo llevaré puesto. Es precioso. Menos mal que no encontré unos anillos de boda que me gustaran, si no los habríamos tenido que devolver.

Isabel todavía no salía de su asombro. El día anterior Luke era feliz a su lado. Pero el destino lo había enredado todo.

Suspiró y se quedó mirando apesadumbrada el interior de su vaso vacío.

-Será mejor que te devuelva tu tarjeta de crédito mientras estás aquí y mientras podía mantenerse en pie, porque el whisky estaba empezando a jugarle una mala pasada.

-Eso puede esperar -dijo Luke antes de que se moviera-. Quiero acabar de concretar el resto de mis obligaciones financieras antes de nada.

Ella frunció el ceño.

-¿A qué te refieres?

-Estoy en deuda contigo, Isabel. Te debo más que un anillo.

-No, Luke, eso no es cierto. Nunca he vivido contigo. Solo puedo pedirte los gastos de la boda.

-Yo no lo veo así. Tú dejaste tu trabajo para convertirte en mi esposa. Esperabas irte de luna de miel dentro de quince días y allí concebir un hijo y convertirte en madre. Aparte de eso, casada conmigo no habrías tenido que volver a preocuparte por el aspecto económico durante el resto de tu vida. No puedo ayudarte con lo de la luna de miel ni con lo de la maternidad, pero puedo darte cierta seguridad financiera durante el resto de tu vida.

-Luke, de verdad que no tienes que hacer nada.

-Sí, claro que tengo que hacerlo. Escucha.

Isabel oyó perpleja su ofrecimiento de una casa en Turramurra y de unas acciones que le darían independencia económica de por vida. Al parecer, su padre había sido un hombre muy rico y todas sus posesiones habían pasado a manos de Luke.

Pensó en negarse, pero se dio cuenta de que eso no habría sido más que un acto de orgullo. Al menos así no tendría que vivir con sus padres de nuevo. Su madre se iba a entristecer mucho cuando se enterara de la cancelación de la boda.

Sonrió al maravilloso hombre con el que había estado a punto de casarse.

-Siempre supe que eras un ganador. Y te aseguro que me habría gustado mucho ser tu esposa.

-No sabes cuánto siento todo esto, Isabel -Luke se disculpó una vez

más-. No quería hacerte daño. Eres una mujer fantástica, pero en el instante en que vi a Celia supe que no podía continuar.

Isabel recordó el momento en que ella había visto a Rafe Saint Vincent aquel mismo día. No había pensado en anular la boda, pero podría haber sucedido si él hubiera tratado de seducirla. Menos mal que no lo había hecho.

-Celia debe de ser muy especial.

-Lo es.

Y muy hermosa, no le cabía duda. Seguramente tendría un cuerpo hecho para pecar y unos ojos que corrompían solo con su mirada.

Exactamente igual que Rafe.

Estaba segura de que la atracción había sido mutua, aunque ella no había querido admitirlo hasta entonces. Se dio cuenta desde el primer momento en que Rafe y ella se miraron. Siempre notaba ese tipo de cosas.

«Podrías ir por tu teléfono en cuanto Luke se vaya. Podrías decirle a Rafe que la boda se ha cancelado. Podrías...»

No, no podía hacerse eso a sí misma otra vez.

-Y bien, cuéntamelo todo -le rogó a Luke, desesperada por encontrar algo que la distrajera de sus propios pensamientos-. Y no te dejes ni un solo detalle...

Capítulo 4

RAFE se dio cuenta de que Isabel se había dejado el teléfono en cuanto se marchó. Lo agarró dispuesto a salir corriendo tras ella. Pero se detuvo y decidió esperar a ver si ella volvía.

Sin embargo no lo hizo, y él se quedó en el recibidor oyendo cómo su coche se alejaba.

Era absurdo aquel empeño en querer verla, cuando en dos semanas se iba a casar.

No era el tipo de mujer que le iba a permitir hacer de las suyas sin un anillo de oro en el dedo.

Quizá no fuera virgen, pero debía de estar cerca. El modo en que se había quedado paralizada cuando la había tocado lo demostraba. Sin duda había temido que él pudiera ir más allá.

Y eso era, exactamente, lo que él habría deseado: ir más allá. Al tocarla, se había despertado en él un deseo de fuerza inusitada.

Luego, al pasar por su lado, lo había golpeado involuntariamente con el bolso y él se las había arreglado para contener el quejido. Por suerte, no se había vuelto a mirarlo, porque entonces se habría dado cuenta de la parte tan delicada que había dañado.

Esa era la otra razón por la que no había ido tras ella. No le gustaba en absoluto parecer un patético idiota.

Esperaba que, para cuando se diera cuenta de que se había dejado el móvil y decidiera regresar, ya hubiera recobrado el control.

¿Y entonces qué? Porque, aparte de que no tenía por costumbre quitarle la novia a otros, estaba convencido de que no tenía ninguna posibilidad con ella.

«Así que, cuando venga por el teléfono, se lo das en la puerta y la mandas por donde ha venido».

Una vez tomada la decisión, dejó el móvil en la mesa del recibidor y se fue a preparar el desayuno. Después se metió en el laboratorio a revelar las fotos de la pasarela de Orsini. A primera hora del día siguiente iban a llamar de las revistas para preguntar por ellas.

Dos horas más tarde, Rafe seguía en el laboratorio, pero su mente no estaba concentrada en el trabajo. El objeto de sus pensamientos no había regresado aún y no podía quitársela de la cabeza.

La verdad era que lo intrigaba y no solo sexualmente, sino como persona. Quería conocerla mejor.

Al final, decidió dejar de intentar no pensar, salió del laboratorio, subió a buscar la tarjeta que le había dado y llamó al número que estaba escrito allí.

El teléfono repicó y repicó sin obtener respuesta. Pero, cuando estaba a punto de colgar, alguien respondió.

-Diga.

Rafe frunció el ceño. Era una mujer, pero no podía estar seguro de que fuera Isabel. Su voz sonaba extraña.

-¿Isabel?

-La misma. ¿Con quién tengo el placer de hablar?

Rafe no podía creerse lo que estaba oyendo. ¡Estaba borracha!

-Soy Rafe. Rafe Saint Vincent, el fotógrafo -se hizo un silencio total al otro lado-. Te dejaste el teléfono aquí -continuó el silencio-. Pensé que estarías preocupada.

Isabel soltó una sonora carcajada.

-Isabel -dijo preocupado-. ¿Has estado bebiendo?

-Sí, podría decirse que sí.

-Eso parece.

-¿Y qué?

Rafe se quedó totalmente desconcertado. Aquella no era la mujer que había conocido aquella tarde. Parecía otra persona.

-Me dijiste que no bebías.

Se rio otra vez.

-Te mentí.

Rafe empezaba a temer por ella.

-Isabel, ¿qué pasa? ¿Qué ha ocurrido?

-Supongo que no tiene sentido no contártelo. Tendré que decírtelo tarde o temprano. Ya no hay boda.

La noticia lo dejó tan anonadado como sus modales.

-¿Por qué?

-Luke me ha dejado por otra.

Rafe sintió compasión. Sabía perfectamente lo que se sentía en esas circunstancias.

-Lo siento, Isabel -dijo él con sinceridad-. Debes de sentirte muy mal.

-Me sentía, hasta que he terminado con mi tercer whisky. La verdad es que ahora mismo ya no me siento muy mal.

Él no pudo sino sonreír. Eso era exactamente lo que él había hecho cuando Liz lo abandonó.

-No deberías beber sola, ¿lo sabías? -le advirtió él.

-Bueno, no estoy borracha -farfulló malamente ella-. Solo lo suficientemente mareada como para que me sirva de anestesia. ¿Por qué? ¿Es que te estás ofreciendo para beber conmigo, cariño?

Rafe sonrió de nuevo. Al parecer, la princesa de hielo se estaba derritiendo con el calor del alcohol.

-Creo que ya has bebido bastante por hoy.
-No es asunto tuyo.
-Puede que no, pero insisto.
-¿Alguien te ha dicho alguna vez que eres un mandón?
-Sí, mi madre. Hizo una fiesta el día que me marché de casa.
-Te creo.
-Pero me quiere mucho a pesar de todo.
-Dudo que ninguna otra persona pueda ser tan generosa contigo.
Aquel sarcasmo inducido por el alcohol lo divertía.
-¿Te ha dicho alguien que eres una mala pécora? -le dijo él.
Ella se carcajeó. Le gustaba su risa. Le sentaba bien el whisky. Desaparecía la señorita Remilgos. ¡Cómo le habría gustado estar con ella en aquel momento!
Claro que, probablemente, era mejor que no estuviera. Si se la llevaba a la cama la quería sobria. Quería que lo deseara por sí mismo, no por motivos anexos.
-Supongo que no vas a necesitar mis servicios -le dijo él.
-¿Como fotógrafo, te refieres?
Rafe aspiró de golpe. ¡Menuda respuesta más provocativa! Quizá no le desagradaba tanto como había pensado.
O quizás fuera el alcohol el que hablaba.
-La verdad es que me gustaría fotografiarte -dijo él.
-¿De verdad? ¿Por qué?
-¿Por qué? Bueno, lo primero porque eres realmente hermosa y me fascina hacerle fotos a mujeres bonitas. Segundo, porque querría verte otra vez. Me gustaría invitarte a cenar.
-¿Me estás pidiendo una cita?
-Sí.
-No pierdes el tiempo, ¿eh? Solo hace dos horas que me han abandonado. ¡Y tú solo me has visto dos minutos! ¿Y si te digo que estoy demasiado destrozada como para salir con nadie durante una temporada?
-Lo respetaría. Pero volvería a llamarte la semana que viene, a ver si hay más suerte.
-Sabía que eras insistente.
-Ser insistente no es un pecado, Isabel.
-Eso depende. ¿Cómo es que todavía no tienes novia? ¿O es que la tienes? No me mientas, por favor. Odio a los hombres que me mienten -añadió ella.
-No estoy con nadie en este momento.
-Ya. ¿Qué pasó con la última?
-Se fue a trabajar al extranjero. No me podía ir con ella.

-¿Por qué?

-Porque mi carrera está aquí, en Australia.

-Y esa es la prioridad numero uno, por supuesto.

-¿Qué quiere decir ese comentario?

-Significa «no, muchas gracias», Rafe. Ya he pasado por lo mismo demasiadas veces como para volver a hacerlo.

-Ahora sí que estoy confuso. ¿A qué te refieres?

-A salir con hombres que solo quieren una cosa de mí. Tú solo quieres una cosa de mí, ¿verdad, Rafe?

Rafe consideró la pregunta.

-Bueno, yo no diría exactamente eso -también le gustaba hablar con ella-. Pero he de confesarte que el matrimonio y los hijos no están en mi lista.

-Pues sí lo están en la mía, Rafe. Y cuanto antes mejor. Pero agradezco que me digas la verdad. Es una notable ventaja respecto a otros hombres con los que he estado en el pasado.

Se quedó muy sorprendido. Lo decía como si hubiera habido muchos. La idea de que pudiera ser virgen le pareció repentinamente absurda. Sin duda, las primeras impresiones no tenían mucho de verdad.

-¿Tu ex prometido te ha mentido?

-¿Luke? No. Luke nunca miente.

-Pero te estaba engañando -apuntó él.

-No, la verdad es que no. Verás, es difícil de explicar.

-Inténtalo.

Así lo hizo. Le explicó cómo había sucedido lo de Celia.

-La conoció ayer.

-Bueno, pero no fue totalmente sincero cuando te dijo para qué iba a la cabaña.

-Quizá. Pero entiendo por qué. Debió de quedarse realmente desconcertado cuando el abogado le contó que su padre quería dejarle aquella casa a una completa extraña.

-No haces sino defenderlo. La verdad es que te fue infiel y te ha hecho daño.

-No lo hizo a propósito. Mira, ahora me arrepiento de haberte contado todo esto. Realmente no es asunto tuyo. Gracias por llamar y por hacerme sentir un poco mejor, pero creo que esta conversación debería zanjarse aquí. Como ya te he dicho, queremos cosas diferentes en la vida. Me preguntaba si podrías mandarme el teléfono por correo.

-Preferiría llevártelo.

-Pues yo preferiría que no.

-Me tienes miedo -le dijo él.

-¡No seas ridículo!

Vaya. Empezaba a recobrar la razón y su pose estirada.

-Solo quiero que me digas una cosa.

-¿Qué?

-¿Estás enamorada de él?

-Me iba a casar con él -respondió ella-. ¿Tú qué crees?

-Creo que esa es una respuesta evasiva. Para ser una persona que exige que los demás sean sinceros, no estás pagando con la misma moneda.

Ella suspiró.

-De acuerdo. Lo respeto mucho, pero no lo amo. ¿Contento?

-No -dijo Rafe y continuó-. ¿Tú crees que él te amaba?

-No.

-Entonces, ¿por qué os ibais a casar?

-Porque iba a ser un matrimonio duradero.

-Ya. Pues ni siquiera ha superado el compromiso. Por Dios, Isabel, ¿qué esperabas? Los hombres necesitan pasión de sus esposas. Y sexo. Al menos, al principio.

-¿Y tú crees que yo no le daba sexo a Luke?

-No el tipo de sexo que su nueva amiguita le da.

-No sé de qué estás hablando. Siento haber empezado esta conversación. Está claro que no estás capacitado para entender lo que Luke y yo teníamos. ¿Cómo podrías? Eres uno de esos hombres que vive solo pensando en sí mismo. Las mujeres no son más que placeres pasajeros. No quieres una verdadera relación y, seguramente, ves a los niños como un inconveniente en tu vida. Luke no era así. El quería una familia. Quería lo mismo que yo. Puede que no estuviera locamente enamorado de mí, pero éramos buenos amigos y compatibles tanto en la cama como fuera de ella. No creo que lo que siente por Celia sea amor, sino solo deseo, ese tipo de deseo que a uno lo obsesiona tanto que le impide pensar.

Rafe se sorprendió una vez más. Por lo que decía ella había sentido eso. Aquella mujer cada vez le resultaba más interesante.

-Ese tipo de relaciones nunca dura -terminó ella.

Definitivamente, sabía de qué hablaba. Rafe no sabía exactamente si el descubrimiento le agradaba o le provocaba celos. En cualquier caso, la idea de poder ver a Isabel en el culmen de su excitación sexual le resultaba muy intrigante.

-¿Es esa la esperanza que mantienes? -le preguntó Luke-. ¿Que quizá el sentimiento que tiene por esa chica no dure?

-La verdad es que no, no abrigaba esa esperanza. Pero ahora que tú lo has dicho... Debería haberse callado.

-No te agarres a un clavo ardiendo.

-No lo estoy haciendo. Pero tampoco estoy dispuesta a repetir los errores del pasado. Así que gracias por pensar en mí, pero tendrás que encontrar otra persona a la que fotografiar y llevar a cenar.

-Isabel, por favor...

-No, Rafe -dijo ella con firmeza-. Me he dado cuenta de que tienes problemas para entender la palabra «no». Ahora me tengo que ir. Adiós.

Le colgó.

Maldiciendo, él dejó el auricular de golpe en su sitio. No había sabido llevar bien la situación.

Sin embargo, quizá era lo mejor. Isabel quería casarse, mientras que él sabía con certeza que no.

Pero estaba equivocada respecto a lo que quería de ella. No era solo sexo.

«Venga, sé honesto», le dijo una voz interior. «Hoy en día lo único que buscas es sexo. Tu objetivo cuando las fotografías y las llevas a cenar es conseguir acostarte con ellas, hasta que te aburres, lo que, al final, siempre sucede. Admítelo, eres tal y como te ha descrito Isabel: solo piensas en ti. Desde que Liz te dejó no has vuelto a sentir nada. Isabel hace muy bien en no querer nada contigo. Así que vuelve a trabajar, que es lo único para lo eres bueno.Vales para crear imágenes falsas. Las cosas reales son demasiado difíciles para ti».

Bajó murmurando, hasta que vio el móvil de Isabel sobre la mesa. Era extraño el efecto que le provocaba un objeto de ella.

¿Se atrevería a hacer caso omiso de sus peticiones y a llevárselo de vuelta?

No. Ella le había pedido que no lo hiciera. Tenía que respetar eso. Se lo enviaría el lunes.

Con una extraña sensación de vacío y tristeza, volvió a su laboratorio y trató de meterse de lleno en su trabajo. Aquello era lo único que lo sustentaba en los momentos oscuros.

Pero, por segunda vez en el día, no fue capaz de concentrarse. Su mente estaba inundada de pensamientos sobre una persona.

Capítulo 5

ISABEL se arrepintió de todo cuanto había dicho. El alcohol siempre la hacía hablar más de la cuenta.

Dio gracias de que, al menos, hubiera sido capaz de ponerse en su sitio al final y de haber tenido fuerza suficiente para vencer a la tentación.

Pero la verdad era que habría deseado decir que sí a todo lo que le ofrecía: las fotos, la cena, la cita y el sexo de después.

Isabel cerró los ojos y pensó en ello.

De pronto, los abrió de golpe. ¡Su móvil!

¿Se lo enviaría o no? Sin duda había sido un poco brutal con él, a pesar de que cuanto había dicho era verdad. No había negado nada. De acuerdo, así que aquel hombre tenía una parte dulce. Pero muchos otros también la tenían. Sin embargo, ¿era real? Puede que fuera un experto y supiera que se cazan más moscas con miel que con sal.

Si era realmente dulce, entonces se lo enviaría por correo. ¿Y si no?

Isabel se encogió de hombros. No podía preocuparse en aquel momento de aquel teléfono. Si no lo recuperaba, denunciaría su perdida y conseguiría otro. Después de todo, ya no tenía problemas económicos. Era una mujer rica e independiente. O, al menos, pronto lo sería.

Luke cumpliría con su palabra, lo sabia.

Isabel se encaminó hacia la cocina de su madre mientras pensaba en Luke. ¿Sería realmente posible que cambiara de opinión respecto a Celia? ¿No estaría ella buscando una excusa para no tener que decirles a sus padres cuando volvieran que la boda había sido cancelada?

Pensar en la reacción de su madre hizo que se estremeciera. De no ser porque había bebido más de la cuenta, habría agarrado sus cosas y se habría marchado de inmediato a la casa que Luke le había ofrecido. Tenía un juego de llaves.

Por desgracia, en aquel estado solo le quedaba esperar y enfrentarse a lo que se tuviera que enfrentar.

Y fue bastante desagradable. Su padre se recobró cuando oyó la compensación que Isabel iba a recibir a cambio, pero a la madre eso no le valió de nada. Cuando Isabel les dijo que Luke había sugerido que utilizaran ellos el viaje de novios, la madre la miró con horror.

-¿Crees que yo podría ser feliz yéndome en lo que debería haber sido tu luna de miel? -exclamó-. No me extraña que Luke te haya dejado por otra mujer. ¡No tienes sensibilidad! Estoy segura de que

llegó a la conclusión de que te casabas con él solo por el dinero. Así que te dio lo que querías y se fue a buscar en otra persona el amor y el cariño que necesitaba.

Isabel se quedó perpleja ante las duras palabras de su madre.

-¿Piensas que me casaba con él solo por dinero? La madre se ruborizó, pero no por eso apartó la mirada.

-No estabas enamorada de él, de eso estoy segura. Te he visto enamorada y lo que sentías por él no era amor. Sé que lo planificaste todo con total frialdad para conseguir a ese hombre. Yo no dije nada, porque pensé que Luke habría sido un estupendo marido y un gran padre, y esperaba que, con el tiempo, llegaras a amarlo. Fingiste con él y has obtenido lo que te merecías.

-¡Un momento! -dijo el padre de Isabel bruscamente-. Lo hecho, hecho está. Y, ¿quién sabe? Quizá sea lo mejor que haya podido ocurrir.

Puede que encuentre a alguien mejor a quien ame de verdad.

Isabel miró a su padre agradecida por su intervención. Pero estaba a punto de llorar. Le dolía la falta de comprensión de su madre.

-Tengo que ir... a llamar a Rachel -dijo ansiosa por salir de allí. Al menos Rachel estaría de su parte.

-¿Y el resto de los invitados? ¿Quién va a hacer las cancelaciones?

-Yo lo haré, mamá.

-¿Desde nuestro teléfono? Isabel cerró los ojos un segundo. Teléfonos. Eran los protagonistas del día.

-No -dijo ella-. Mañana me trasladaré a la casa que me ha dado Luke y llamaré desde allí.

-¿Te vas a mudar? -su madre pareció repentinamente muy triste.

Isabel suspiró.

-Creo que es lo mejor.

-No... no tienes por qué hacerlo -dijo la mujer con la barbilla temblorosa-. Me da lo mismo la factura del teléfono.

Isabel se dio cuenta en ese momento de que su madre se había dejado llevar por el dolor y la decepción. Siempre había querido ver a su única hija casada. De pronto, eso parecía realmente improbable.

Su madre tenía razón en algunas cosas que había dicho. Porque, efectivamente, lo había planificado todo con total frialdad para conseguir a ese hombre, y no podría volver a hacerlo.

Pero, entonces, ¿qué le quedaba? ¿Volverse a enamorar del hombre equivocado?

No. No estaba dispuesta a eso tampoco.

-No pasa nada mamá -se acercó a su madre y la abrazó-. Todo irá bien.

Su madre se echó a llorar e Isabel hizo grandes esfuerzos para no unirse a ella.

Su padre la miró.

-Vete a llamar a Rachel, anda. Yo me ocupo de ella.

Rachel era la única buena amiga de Isabel, y la que habría sido la dama de honor de su boda.

-¿Puedes hablar? -le preguntó Isabel-. ¿Llamo en mal momento?

Rachel dedicaba su vida a cuidar a su madre adoptiva, que tenía Alzheimer. Llevaba haciéndolo cuatro años de su vida con total dedicación y, aunque lo hacía por amor, su existencia era triste y con poca ocasión para la diversión. La decisión de ocuparse de la mujer después de que su marido la abandonara le había costado su trabajo como secretaria de dirección en una gran empresa de medios de comunicación, la Australian Broadcasting Corporation, y una separación. El sacrificio no es una virtud que los hombres aprecien.

Rachel sobrevivía haciendo arreglos de ropa en casa. Sus únicas diversiones eran leer y ver la televisión, y una noche al mes que Isabel le pagaba a su amiga para que pudiera salir. La noche anterior había sido esa especial ocasión y Rachel e Isabel habían ido al casino a cenar y a ver un espectáculo.

-Sí, sí puedo -dijo Rachel-. Lettie está durmiendo, gracias a Dios. Ha tenido un día terrible. Ni siquiera me reconocía. O fingía no hacerlo. Siempre que salgo me lo hace pagar. No le gusta que nadie la cuide más que yo.

-Pobre Rachel. Siento llamarte con malas noticias.

-¿Qué ocurre?

-No hay boda.

-¡Ese miserable bastardo! -fue la respuesta de su amiga.

-¿Qué te hace pensar que ha sido él quien la ha cancelado?

-Te conozco, Isabel. Tú no habrías dejado a Luke por nada. Y, ¿por qué ha sido? ¿Por otra mujer?

-¿Cómo lo has adivinado?

-Todos son iguales.

-Mi madre me culpa a mí. Dice que Luke se ha ido porque necesitaba amor.

-¿Le has contado que no era una relación realmente romántica?

-No. Lo ha adivinado ella.

-Bueno, tenía unos cuantos datos para acertarlo. Luke no era tu tipo habitual. Era demasiado tradicional y responsable.

-Pues resulta que no era tan recto como parecía. Al menos no desde que ha conocido a la sensual Celia.

-¿Y quién es esa Celia?

-La conoció ayer y es la hija de la amante de su padre.

-¿Qué? -Rachel se atragantó-. ¿Podrías repetirme eso?

Lo hizo y continuó con el resto de la historia.

Isabel tenía que reconocer que era fascinante. No todos los días un hijo, para quien su padre era todo un héroe, descubre que su adorado progenitor había estado engañando a su madre durante veinte años. Y tampoco todos los días ese hijo se mete en la cama con la hija de la amante de su padre a la hora de conocerla.

Isabel seguía pensando que Luke no podía estar enamorado de esa tal Celia. No obstante, estaba segura de que, en aquel momento, estaría con ella en el nido de amor secreto de su padre.

Sonaba como un capítulo de un culebrón. O más bien como la serie completa.

Rachel escuchó incansable el relato durante quince minutos.

-Supongo que no le contarías a tu madre todo eso -dijo al final.

-No. Solo le he dicho que se ha enamorado de otra persona y que no se sentía capaz de seguir adelante con la boda.

-Bueno, al menos ha tenido la suficiente decencia como para ser honesto.

Normalmente, los hombres se quedan con las dos tartas, como hizo el padre de Luke.

-Sí, ya lo sé. Pero también me he planteado si no es posible que en breve se dé cuenta de que no se trata de amor, sino solo de deseo.

-Podría ser. ¿Te casarías con él si cambiara de opinión?

-Sin pensármelo un segundo.

-Entonces no debería modificar mi vestido de dama de honor aún.

-Quizá no.

-Y tal vez, tú no deberías cancelar ni la recepción, ni el pastel, ni el fotógrafo hasta dentro de un par de días.

Isabel habría preferido que no mentara al fotógrafo. No quería pensar en Rafe.

-¡Vaya! Lettie me está llamando -dijo Rachel-. Es increíble cómo recuerda mi nombre ahora que estoy al teléfono. Bueno, tengo que irme, Isabel. Lo siento, pero...

-No me digas que seguro que, a la larga, será mejor -le advirtió Isabel. Rachel se rio.

-De acuerdo, no te lo diré. Llámame.

-Lo haré.

Nada más colgar, Isabel decidió ponerse a hacer la maleta. Estaba vaciando los cajones de la cómoda, cuando su madre entró en el dormitorio.

-Me siento muy mal por todo lo que te he dicho antes, Isabel. Tu

padre me ha reprendido.
-No te preocupes, mamá. Sé que ha sido porque estabas triste.
-Sobre lo del dinero... Sé que no te casabas con Luke solo por su situación económica, y que realmente él te gustaba.
-Claro que me gustaba.
-¿Tú... tú crees que, quizá, no se habría ido con esa otra chica si te hubieras acostado con él antes de la boda?
Isabel se volvió hacia su madre.
-Mamá, sí me acosté con él antes de la boda. Bastante a menudo.
-Vaya...
-Y le gustó mucho.
-Ya...
-El sexo no era el problema, sino la pasión.
-¿Pasión?
-Sí, ese sentimiento que tienes cuando miras a la otra persona y sientes unos deseos irreprimibles de estar con ella.
-¿Ganas de meterte en la cama, quieres decir?
-Sí. Luke y yo nunca sentimos eso el uno por el otro.
-Yo solía sentir eso por tu padre -susurró su madre-. Al principio de casarnos. Sé que él también lo sentía por mí.
Isabel sonrió.
-Eso es bueno, mamá. Así es como debe ser.
-Quizá tu padre tenga razón y encuentres a alguien de quien te enamores y se enamore de ti.
-Eso espero, mamá -habría sido muy cruel decepcionar a su madre con sus preocupaciones. El sueño de aquella mujer era ver a su hija vestida de novia. Isabel había tenido el mismo sueño.
Pero ya no.
-¿Te vas a mudar? -preguntó la madre llorosa. Isabel dejó de hacer lo que estaba haciendo.
-Mamá, tengo treinta años. Soy una mujer adulta. Tengo que tener mi propia vida. Regresé aquí solo temporalmente porque era lo que me convenía hacer antes de la boda.
-Pero... pero me gusta tenerte en casa. Me haces compañía -dijo la madre. Isabel pensó que el cumplido llegaba demasiado tarde-. Además, cocinas muy bien. Tu padre y yo vamos a echar de menos tu comida.
Isabel le dio un abrazo a su madre.
-Puedo venir a cocinar de vez en cuando, ¿de acuerdo?
-Me vale con que vengas a vernos, que no te distancies.
-No me distanciaré, te lo prometo.
-¿Perdonas a tu vieja madre? Isabel sonrió.

-¿Y tú me perdonas por no darte nietos?

-Tener niños no lo es todo. Isabel la miró con tristeza.

-Eso me lo dice una mujer que ha tenido cinco.

-Por eso mismo lo sé muy bien. Lo que necesitas es encontrar al hombre adecuado. Los niños vendrán después.

-¿No crees que lo he estado intentando?

-No lo suficiente. Eres una chica muy guapa. Deja que la naturaleza siga su curso.

Isabel estuvo tentada de decirle que su naturaleza siempre la llevaba por el camino equivocado, en brazos de hombres que no querían tener hijos.

Pero era muy tarde para confesar algo así. Jamás le había dicho a su madre la amarga verdad acerca de sus novios y hacerlo en aquel momento no haría sino empeorar las cosas a ojos de su madre.

-¿Estás segura de que no quieres ir de vacaciones a la isla que habíamos elegido para nuestra luna de miel? -le preguntó, pensando que un cambio de tema le vendría bien.

-Estoy segura. Soy un poco mayor para ese tipo de cosas. Escucha, ¿por qué no te vas tú?

-No es un lugar para ir so!a.

-Pues vete con alguien.

Isabel inmediatamente pensó en Rafe. ¡Seguro que diría que sí a un viaje como aquel con todos los gastos pagados!

Era una idea tentadora. ¿Se atrevería a hacer algo así? ¿Podría hacer algo como eso, sin dejarse llevar emocionalmente?

Quizás sí que podía. La experiencia con Luke la había cambiado y la había hecho mucho más dura. Por una vez había perseguido lo que quería, había escuchado a su cabeza y no a su corazón. Incluso se había acostado con un hombre al que no amaba y lo había disfrutado. En su mente el sexo ya no estaba irrevocablemente unido al amor.

Solo porque Rafe era el tipo de hombre del que ella solía enamorarse no significaba que eso le fuera a suceder otra vez. Además, tenía la ventaja añadida de saber de antemano que no estaba interesado ni en el matrimonio ni en tener hijos. No podría engañarse sobre un futuro con él.

No sería más que un juego pasajero, un bálsamo para su orgullo herido, ¡además de un placer para su cuerpo!

Después de lo sucedido y de que tendría que pasar los próximos quince días cancelando todo lo contratado para la boda, iba a necesitar un reconstituyente. ¿Y qué mejor bálsamo que yacer en los brazos de un hombre en una isla tropical?

-¿Isabel?

Isabel apartó de su mente sus provocativos pensamientos.

-¿Sí?

-¿Qué vas a hacer? ¿Vas a buscar alguien para que se vaya de vacaciones contigo? Si no te van a devolver el dinero, me parece una tontería que lo pierdas.

-Ya veré qué hago, mamá -lo mejor sería que se lo pensara con un poco de calma. Además de todo lo acontecido, había bebido demasiado. Las vacaciones no empezaban hasta dentro de un par de semanas y no pensaba que Rafe fuera a desaparecer en ese tiempo.

Si seguía pensando lo mismo el lunes, entonces...

Se estremeció ante la descabellada idea que estaba abrigando. Una cosa era haberse ido a la cama con un hombre como Luke con intención de casarse y otra muy distinta contemplar la posibilidad de una relación exclusivamente sexual con Rafe Saint Vincent.

Capítulo 6

RAFE no pudo dormir bien aquella noche, cosa que jamás le ocurría. Normalmente empezaba a soñar nada más posar la cabeza en la almohada.

Pero en aquella ocasión no hizo sino dar vueltas de un lado a otro; incluso se levantó en una ocasión y se sirvió una copa.

Lo peor de todo aquello era que no podía dejar de recordar cuál era el motivo de su insomnio.

Se preguntaba si ella habría seguido bebiendo después de haberle colgado y si estaría también dando vueltas por la casa en camisón, con otro vaso de whisky en las manos.

Se volvió a meter en la cama con la imagen de ella presente y no paró de dar vueltas, con sus hormonas revolucionadas y sin dejar de pensar en qué tipo de camisón llevaría.

Le vinieron a la mente varias alternativas. Estaba seguro de que estaría deliciosa con un camisón largo de satén crema, y tremendamente sexy con un picardías negro de encaje. Y, mejor aún, sin nada.

Gimió, y fue el gemido de un hombre que sufría una severa frustración sexual que no le permitiría dormir. Y necesitaba desesperadamente descansar.

No había terminado su trabajo y tendría que hacerlo j al día siguiente.

Se levantó de nuevo y se dirigió al baño, donde se dio una ducha caliente, sistema que en él funcionaba mucho mejor que la fría. El calor relajaba sus músculos.

Después de veinte minutos de una ducha tipo sauna, salió, se secó y se metió de nuevo en la cama.

Una hora más tarde aún estaba despierto.

Maldiciendo, se levantó, se puso la bata de seda negra, se preparó un café y se metió en el laboratorio, donde se sorprendió a sí mismo trabajando como un demonio durante varias horas.

Ya había amanecido cuando acabó. Así que apagó el móvil, bajó el sonido del teléfono fijo, subió a su dormitorio, cerró las persianas y cayó en la cama completamente exhausto.

Al despertarse, no recordaba si su noche había estado o no llena de sueños eróticos; lo que sí era patente era su erección.

Lo que lo había sacado de su absoluto coma era el sonido del timbre de la puerta principal.

Se levantó de la cama, y con la misma bata negra que no se había

quitado, decidió bajar. No tenía intención alguna de vestirse. Solo quería librarse de quien estuviera a su puerta.

Era Isabel vestida como si fuera a tomar el té con la reina de Inglaterra. Llevaba un traje de pantalón de lino beige, una camisa de seda azul, perlas y carmín rosa pálido. Y, por supuesto, aquel maravilloso pelo rubio perfectamente estirado y recogido en un moño atrás.

Su impecable vestimenta contrastaba con el desaliñado aspecto de Luke.

¿Por qué tenía tan mala suerte con aquella mujer?

-Supongo que has venido por tu teléfono –gruñó él.

Ella lo miró de arriba abajo con desprecio.

-Siento haberte sacado de la cama -dijo secamente-. Pero son las dos de la tarde.

Rafe asumió que no había lugar para contarle la verdad.

-Ya sabes, el sábado por la noche los animales nocturnos no nos acostamos hasta el amanecer.

-¿Solo?

Él se cruzó de brazos.

-Esa no es una pregunta de alguien que únicamente ha venido a recoger su móvil.

-Has sido tú el que ha dicho que he venido a recoger mi móvil, no yo.

Rafe la miró fijamente. ¿Iba a tener suerte?

-¿Puedo pasar? -continuó ella con aquella voz suave que lo estremecía.

-Por supuesto -dijo él y se apartó.

-Necesito pasar al servicio -dijo ella directamente-. Vengo desde el hospital de Gosford. Rafe frunció el ceño mientras cerraba la puerta.

-¿Qué estabas haciendo allí? -aunque la pregunta debería haber sido más bien qué estaba haciendo en su casa. Los suburbios de Paddington no estaban, ni con mucho, en el camino. Así que no había parado solo para usar su servicio.

El corazón de Rafe comenzó a latir con fuerza.

-Luke tuvo un accidente de coche en la F3 ayer.

-¿Está bien?

-Un poco magullado, eso es todo. Nada serio. Pero se dio un golpe en la cabeza y se quedó inconsciente durante un rato. La policía encontró mi número y me llamaron a primera hora de esta mañana. Por supuesto, me fui a verlo.

-Está teniendo muy mala suerte con la carretera últimamente. Primero sus padres y ahora él. ¿Su nueva novia se ha enterado de todo

esto?

-Sí. Yo estaba allí cuando ella llegó. Con su madre.

-¡La madre! ¿Y cómo es?

-Primero el servicio, por favor, Rafe.

-Sí, claro... Ven por aquí.

Decidió llevarla al baño de la parte de arriba, el que había renovado recientemente. Había ido haciendo poco a poco reformas en su casa desde que la había comprado hacía dos años. Le había costado una fortuna a pesar del estado decrépito en que la había encontrado. Pero ya se sabía que en las grandes ciudades lo que uno paga es la zona.

Después de mostrarle el camino, se metió en su habitación para vestirse.

Cuando Isabel salió del baño, él ya se sentía mejor. Se había puesto unos vaqueros negros y una camiseta blanca. No obstante, todavía tenía barba de dos días e iba descalzo.

-Un baño muy bonito -dijo ella secamente. Sabía que le iba a gustar. Era todo blanco, con apliques en color plata. Frío y clásico, como ella.

-Seguramente no te gustará tanto mi sala de estar -dijo, mientras la llevaba hacia allí.

Estaba decorada de modo funcional, sin demasiado estilo. Tenía grandes sillones con pequeñas mesas al lado, demasiados libros y una chimenea de mármol. En una esquina estaba el equipo de música, el televisor y el vídeo.

-Me gustan las puertas -dijo Isabel, mientras se sentaba en uno de los sillones, el favorito de Rafe.

Él miró las puertas a las que ella se refería y que conducían a la terraza.

-Son meramente decorativas. Nunca las abro porque hay mucho tráfico.

-Es una pena.

Él se encogió de hombros.

-No se puede tener todo.

-No -dijo ella con cierta amargura en la-voz-. Realmente no.

Rafe se sentó en un sillón enfrente de ella y trató de adivinar para qué había ido a verlo.

-La madre es una mujer extraordinariamente atractiva a pesar de sus cuarenta y tantos -dijo ella repentinamente-. Y la hija... bueno, dejémoslo en que no creo que Luke vaya a cambiar de opinión y a casarse conmigo.

-¿De verdad seguías manteniendo la esperanza?

-Estúpidamente, creo que empezaba a tenerla. Lo que es sencillamente patético. Pero en el camino de vuelta a Sydney he llegado a la conclusión de que debía dejar de esperar que un hombre me dé lo que necesito en la vida. Tengo que conseguirlo por mí misma. Y no es, en absoluto, lo que he estado soñando durante años. Pero así son las cosas y hay que adaptarse a las circunstancias.

-Eso suena tremendamente razonable -dijo Rafe-. ¿Y qué piensas hacer? ¿Qué pinto yo en todo esto?

Ella sonrió. Sí, realmente sonrió, aunque fuera una sonrisa leve, muy leve. Pero fue mucho mejor de lo que había imaginado. En aquel momento habría sido capaz de hacer lo que le pidiera que hiciera, ser lo que ella quisiera que fuera.

-La verdad es que siempre he querido un bebé -le dijo ella sin más.

«Un momento», pensó Rafe. «Si eso era lo que ella buscaba, no estaba dispuesto a dárselo».

-Por supuesto, habría preferido tenerlo con un marido -continuó ella-. O, al menos, con una pareja estable.

-Naturalmente -dijo él.

-Pero eso no va a ocurrir en un futuro cercano, y me voy haciendo mayor. Así que he decidido optar por la inseminación artificial en una clínica que provea esperma de donantes anónimos pero bien documentados.

Rafe se sintió aliviado y confuso al mismo tiempo. ¿Por qué le estaba contando todo aquello?

-Ahora que Luke me va a hacer una mujer económicamente independiente, no necesito un hombre que me sustente para tener un niño -dijo ella-. Puedo tener uno por mi cuenta y llevarlo a una guardería o contratar una niñera si quiero volver a trabajar, ¿verdad?

-Claro -dijo él-. Pero ¿por qué me estás contando todo esto, Isabel?

-Solo te estoy poniendo al día de cuáles son mis planes, para que puedas entender las razones que sustentan la proposición que voy a hacerte.

-¿Y qué proposición es esa?

-Quiero que te vengas a Dream Island conmigo,en el viaje de novios que Luke y yo pensábamos hacer.

Rafe la miró perplejo.

-¿Podrías repetir?

-Has oído perfectamente -dijo ella.

Rafe no salía de su asombro.

Todo tipo de estrambóticas ideas se le pasaron por la cabeza. Quizá quería impregnarse de su esperma y utilizarlo para concebir a su hijo sin que él lo supiera. Pero de ser algo así, no le habría contado su

intención de quedarse embarazada; era más fácil mantenerlo en secreto.

-¿Por qué? -preguntó él.

-Verás, quiero que te vengas conmigo solo porque quiero que te vengas conmigo.

Anonadado pensó que no podía querer solo sexo de él. ¡Era como si todas las fantasías de aquella noche se hubieran hecho realidad!

-Si piensas que voy a fingir ser tu marido para cubrir las apariencias y salvar tu honor, lo siento pero no.

-No seas ridículo. No te insultaría jamás de ese modo. Te vendrás conmigo... como mi amante.

Se atragantó ligeramente con aquella última palabra.

E! la miró fijamente los ojos como si tratara de averiguar qué, exactamente, tenía en la cabeza.

-Sí, pero ¿seré un amante fingido o un amante real?

Ella se ruborizó y aquel rubor lo encandiló tanto como el primero. No era el tipo de chica que parecía poder quererlo solo como un juguete sexual.

-Vamos, Isabel, aclárame todo esto un poco. Sinceramente, no entiendo nada.

Ella inspiró con fuerza y expiró lentamente, como si estuviera haciendo acopio del coraje necesario para decir lo que tenía que decir. El la miraba fascinado e intrigado.

Isabel no había imaginado que aquello pudiera resultarle tan difícil. Tampoco había previsto que la interrogara de aquel modo, ni que la obligaría a confesar su deseo abiertamente.

La verdad era que le daba vergüenza.

Aunque, después de todo, ¿por qué debía sentirse avergonzada? Ya no era una mujer comprometida y no le iba a romper el corazón a nadie.

Isabel se aclaró la garganta, y contestó con decisión.

-La cuestión es que, aunque haya decidido tener un hijo sola, eso no implica que quiera estar sola. Resulta que me gusta el sexo. De hecho, me gusta mucho. Y, perversamente, sobre todo si es con hombres como tú.

Rafe levantó las cejas y luego frunció el ceño.

-¡Eh, un momento! ¿Qué quieres decir eso de «hombres como yo»?

-No pretendía insultarte. Me refería a que siempre me gustan hombres que no están dispuestos a comprometerse. Ese era un gran problema cuando lo que yo quería era un marido e hijos. Por eso decidí casarme con alguien como Luke. Pero ahora que he tomado la decisión de tener un hijo por mi cuenta, no tengo que preocuparme de

las intenciones de los hombres con los que me acueste, porque no querré casarme con ellos. Solo querré sexo. ¿Es eso un problema? Yo pensaba que eso era lo que tú querías también.

Rafe frunció el ceño, confuso. Sí, eso era lo que él también creía querer, pero...

-La verdad es que me agrada gustarle a mis novias, y no que piensen que soy un desgraciado egoísta que las usa solo para una cosa.

-Pero yo no quiero ser tu novia, Rafe. En cuanto las vacaciones se acaben, la relación también se acabará y no quiero volver a verte.

Él cada vez estaba más desconcertado.

-¿Por qué no?

Isabel no quería decirle que temía pasar demasiado tiempo con él. Una cosa era vivir una fantasía durante quince días en Dream Island y otra tenerlo cerca continuamente después de eso. Sabía que entonces acabaría esperando algo más.

En aquel momento, sin embargo, lo quería sexualmente, eso era todo.

-Tengo mis motivos, Rafe -dijo ella con firmeza-. O lo tomas o lo dejas. Estoy segura de que podría encontrar sin problema alguien que aceptara las condiciones.

La idea de que se fuera con otro hizo que Rafe tomara la decisión de inmediato.

-No es necesario. Me encantaría ir contigo.

-¿Con mis condiciones y sin preguntas?

-Solo las esenciales. Primera, ¿de cuánto tiempo estamos hablando?

-Dos semanas.

Aquello significaban catorce días y catorce noches. ¡Fantástico!

-Y es en Dream Island.

-Sí. ¿Has estado allí antes?

-No, pero he oído hablar de ese lugar -era el más nuevo y exclusivo complejo turístico de la zona Norte de Queensland-.¿Cuándo salimos?

-De hoy en dos semanas a las diez de la mañana. Te recogeré aquí a las ocho. Estáte preparado -se levantó de repente.

Él se levantó también.

-¡Un momento! No te irás ya, ¿verdad?

-No hay motivos para que me quede -respondió ella con firmeza-. Has dicho que sí. No tenemos más que discutir.

-¿Y qué me dices de métodos anticonceptivos?

Ella lo miró con dureza.

-Asumo que de eso te encargarás tú.

-¿No estás tomando la pildora?

-No. Y aunque así fuera, creo que deberías usar condón.

Sin duda era una medida razonable.

-De acuerdo -dijo él-. Pero no veo el motivo de que salgas corriendo. Entiendo que no quieras verme después, pero no veo por qué no podemos empezar ya a conocernos mejor.

-Lo siento, pero yo no quiero hacer eso.

-¿Por qué no?

-Verás, Rafe, ¿puedo ser clara? ¿Es que no lo era siempre?

-Sí, por supuesto.

-Los dos sabemos lo que significa hoy en día «conocerse mejor», y, por favor, no me lo niegues. Yo estoy siendo brutalmente honesta contigo y te pido que tú lo seas también. Aparte de que me vaya a venir el periodo esta semana y esté sufriendo de un considerable síndrome premenstrual, no quiero que nos vayamos a la cama antes del viaje.

-¿Por qué no? Ella sonrió.

-Quizá porque no quiero que te decepciones y salgas huyendo.

Rafe pensó que era prácticamente imposible que sucediera eso, pues solo necesitaba que se tumbara. Si encima ponía de su parte, eso sería una bonificación.

-¿No quieres probar la mercancía antes de comprarla? -dijo él con una sonrisa picante.

Ella se rio.

-Ya he visto todo lo que tenía que ver. Sinceramente, no deberías abrir la puerta de tu casa medio dormido y a medio vestir, Rafe. Y ahora, dime dónde está mi móvil, porque es hora de que me vaya.

Capítulo 7

RAFE paseaba de un lado a otro por delante de la puerta, esperando a que llegara Isabel. Había dicho que llegaría a las ocho y eran las ocho y diez y aún no estaba allí.

Quizás no pensara aparecer. Quizá había sido todo una broma, una especie de venganza contra el género masculino.

En el instante en que estaba pensando eso, oyó que un coche paraba delante de su casa. Miró por la ventana del salón y se sintió aliviado al ver que era ella.

Agarró su equipaje y abrió antes de que ella tocara la bocina.

Ella salió del coche, y su aspecto era sugerente y delicioso. Se había puesto unos ajustados pantalones rosa, una diminuta camiseta de flores y unas sensuales sandalias blancas. Llevaba los labios pintados de un rosa intenso, el pelo suelto como una cascada de oro sobre los hombros y olía a flores recién cortadas.

-Siento haber llegado tarde -se disculpó ella mirándolo de arriba abajo, sin ningún tipo recato-. Tuve la repentina preocupación de que podías haber olvidado algo esencial, así que paré en una farmacia a comprarlo.

Él sonrió.

-No hacía falta. Eso fue lo primero que metí en la maleta -le dijo él-. Pero me alegro de que hayas comprado unos cuantos extra, porque si vas a estar tan guapa todos los días, lo más probable es que nos hubieran faltado. Me encanta tu barra de labios, tu pelo y, sobre todo, ese perfume.

Isabel no quería dejarse impresionar por los halagos de Rafe. Los hombres como él eran siempre buenos en eso.

Pero, por otro lado, estaba dispuesta a disfrutar. La cancelación de todo lo relativo a la boda, más el anuncio oficial del compromiso entre Luke y Celia, había sido muy deprimente y necesitaba desesperadamente que alguien le levantara el ánimo. Sin duda, Rafe parecía el hombre ideal para hacerlo.

-Es nuevo -le dijo ella animosamente-. También la ropa.

Lo único bueno que le había sucedido durante aquellos quince días era que Luke había cumplido con su promesa de darle una estabilidad económica, sin pérdida de tiempo. Seguramente, movido por la culpa.

Eso la había convertido en la propietaria de un gran número de acciones, una casa en Turramurra y algo de dinero, parte del cual se había gastado en un nuevo vestuario.

-Deberías hacer ese tipo de cambios más a menudo. Estás mejor

así, más informal.

-A mí también me gustas aún más informal de lo que ya eres.

El iba con unas bermudas, una camisa hawaiana y unas sandalias. Debía de haberse afeitado en algún momento, pero no aquella mañana. No obstante olía a jabón y sus pendientes brillaban bajo el sol intenso.

Sonrió y se pasó la mano por la barba crecida.

-¿Entonces te gusta más lo rudo?

-Ninguna dama te respondería a esa pregunta -dijo ella en tono de sorna.

-Y ningún caballero te la haría -respondió él-. Tienes suerte de que no sea un caballero.

-Estoy segura de que tienes tu lado tierno. Bueno, ya vale de hablar. Pon las maletas atrás. Si no nos damos prisa vamos a perder el avión.

-No pasa nada. A estas horas un domingo por la mañana estaremos en el aeropuerto en un abrir y cerrar de ojos. Todavía tenemos tiempo para esto.

Se aproximó a ella y la tomó en sus brazos. Isabel se tensó, pero solo durante unos segundos. ¿Qué sentido tenía resistirse dadas las circunstancias? Precisamente, si lo encontraba tan atractivo era porque eso era el tipo de cosas que él hacía.

Luke no era así, siempre preguntaba antes. Era todo un caballero.

Bueno, tal vez no lo fuera tanto con Celia. Después de todo se había acostado con ella nada más conocerla. Era una cuestión de química, seguramente.

Al sentir los labios de Rafe sobre los suyos, supo que la química que había entre ellos era igualmente explosiva.

¡Aquello era exactamente lo que estaba necesitando! Se apoyó sobre él pidiendo más. Gimió sin remedio.

Rafe se sorprendió ante su respuesta, ante el modo en que su cuerpo se derretía sobre el de él, sus gemidos. ¡Aquella no era en absoluto una princesa de hielo, sino una deliciosa y caliente criatura!

Cuando se apartó, ella hizo un pequeño sonido de protesta.

Le dio un último y pequeño beso en los labios entreabiertos y partió definitivamente.

-Ya veo que van a ser unas estupendas vacaciones -murmuró él-. Pero quizá tengas razón. Deberíamos marcharnos o perderemos el avión.

Isabel esperaba no haberse ruborizado. Eso no se correspondía con la nueva mujer en la que había decidido convertirse.

Rafe la ponía a tono sin apenas esfuerzo. Bien. Ese sería su trabajo

durante las próximas dos semanas.

Pero ¿y qué sucedería después? Lo miró con hambre y se metió en el coche. Ya vería. Quizá debería quedarse con su número de teléfono para alguna que otra noche de placer carnal. Todo dependía de lo bueno que fuera en la cama. Si su modo de besar era en algo parecido a su técnica sexual, la diversión estaba garantizada.

Rafe no sabía qué hacer con la provocativa sonrisa que apareció en los labios de Isabel.

Bueno, a decir verdad, no sabía qué hacer con ella en general.

Pero no estaba dispuesto a preocuparse por eso. Ya había perdido muchas horas de sueño durante las últimas dos semanas de impaciente espera. En los próximos catorce días, iba a recuperarse con creces, porque el sexo lo hacía dormir como un tronco.

-¿Con quién le has dicho a tu madre que te vas? -le preguntó él.

Ella lo miró curiosa.

-¿Qué te hace pensar que le he dicho algo?

-Yo también tengo una madre -dijo él secamente-. Sé cómo son. Quieren saberlo todo. Muy a menudo es necesario contarles pequeñas mentiras para que se queden felices. Yo no hago más que decirle a mi madre que si aún no me he casado es porque no he encontrado a la chica adecuada.

-¿Y eso te funciona?

-Debo admitir que está perdiendo credibilidad. Supongo que cuando cumpla los cuarenta, ella empezará a poner anuncios en los periódicos. Ya sabes: «Atractivo soltero busca atractiva compañera con vista al matrimonio. Debe cocinar bien y gustarle los niños».

-Si lo hace, puede que yo responda al anuncio. Cocino bien y me encantan los niños.

-Muy graciosa, Isabel. Pero dime: ¿con quién se supone que vas?

-Con Rachel.

-¿Quién es Rachel?

-Mi mejor amiga. La que iba a llevar el vestido de dama de honor color vino.

-¿Y tu madre se ha creído que te ibas a llevar a una mujer a Dream Island?

-Sí.

-¡Guau! Mi madre jamás se habría creído algo así.

-¿Que te ibas a llevar a una mujer a Dream Island?

-Vaya, estás ingeniosa hoy.

Ella sonrió.

-Entre otras cosas.

-¿Qué otras cosas?

-Excitada. ¿Tú estás excitado, Rafe?

Él la miró fijamente. ¿En qué se estaba metiendo? Fuera lo que fuera, estaba muy en contacto con una parte de él que había estado tratando de controlar durante catorce días y noches.

-Yo diría que más que excitado -confesó él.

Ella lo miró y Rafe pensó que jamás había sentido algo así. No podía esperar.

Pero tuvo que hacerlo. Primero fueron las dos horas de retraso del avión a Cairns y luego el del helicóptero.

Eran ya casi las cinco de la tarde cuando aterrizaron en el helipuerto de Dream Island, y pasó otra hora hasta que los trasladaron en una lujosa motora hasta una casa privada en una playa privada.

Rafe estaba emocionado. Todas sus fantasías se hacían realidad.

Mientras ayudaba a Isabel a salir, miró hacia la casa. Estaba situada en una colina, mirando al mar. Tenía forma hexagonal y parecía bastante grande. En la parte frontal tenía un jardín abierto en el que sentarse. Rafe lo miraba interrogante, sin dejar de preguntarse qué se sentiría haciendo el amor en un lugar así.

El joven muchacho que los llevó hasta allí les mostró todo.

Por dentro la casa era impresionante, equipada con todo lujo de detalles.

-Después del largo viaje que han hecho, hemos supuesto que no tendrían ganas de ir al restaurante,

de modo que nuestro chef les ha preparado un picnic -dijo el muchacho, señalando una cesta que había sobre la mesa-. La nevera está llena de comida y en el mueble-bar que hay en la esquina encontrarán todo tipo de bebidas. Como sabrán toda la comida y bebida está incluida en el precio del viaje, así que no tendrán que preocuparse. Cada día pueden comer en alguno de los restaurantes del hotel o pedir que les envíen algo. Solo tienen que llamar. Los cigarrillos también están incluidos.

-Ninguno de los dos fumamos -dijo Isabel y luego se dio cuenta de que no sabía si eso era cierto. Miró a Rafe-. Tú no fumas, ¿verdad?

Él negó con la cabeza.

-Bien. Yo me voy -dijo Tom-. Hay folletos en la mesa del salón donde se explica todo con detalle. Tienen una pequeña lancha para poder moverse. Ahora les enseñaré cómo se usa. Desde aquí no se puede ir andando a ningún sitio, solo a la parte superior de esta colina en la que estamos. El camino es bastante empinado desde aquí, pero vale la pena ir al menos una vez por el paisaje que se divisa desde allí. Creo que esto es todo, pero si les surge alguna duda solo tienen que llamar a recepción. Ahora, si puede usted venir conmigo, señor, le

enseñaré cómo funciona la lancha.

En cuanto se marcharon, Isabel se encaminó al dormitorio y se sentó en la cama, comprobando si era cómoda. Era un colchón muy firme. La cama de Luke no era firme, recordó ella.

Luke...

La había llamado el día anterior para decirle que Celia y él se casaban en un par de meses y que se iban a ir de viaje de novios alrededor del mundo durante todo un año. Después de eso iban a intentar tener un bebé.

Isabel no envidiaba el viaje. Había viajado a muchos lugares: París, Roma, Hawai...

Pero sí que envidiaba lo del bebé, y que Luke fuera a ser el padre. Sabía que sería un buen padre.

De pronto, toda la excitación que había tenido hasta entonces se desvaneció. Las lágrimas comenzaron a fluir inesperadamente por sus mejillas.

Isabel se las enjugó con las manos, furiosa consigo misma. No debería haber dejado que Luke se hubiera ido a la cabaña del lago aquel viernes. De no haber sido tan estúpidamente razonable, lo habría tenido allí con ella en aquel momento. Y aquella misma noche habrían estado concibiendo un bebé, o al menos intentándolo.

¡En lugar de eso estaba allí con Rafe!

Se lanzó sobre la cama y hundió la cara entre un montón de almohadas.

Rafe se quedó totalmente desconcertado al regresar y encontrarse a Isabel llorando desconsoladamente. Odiaba ver llorar a las mujeres. Su madre había llorado desconsoladamente durante mucho tiempo cuando su padre se mató. Lo entristecía terriblemente oír aquellos gemidos entre las almohadas.

-¡Eh! -dijo Rafe y le tocó suavemente el hombro.

Con un gemido, ella le dio la espalda y se hizo una bola.

-Vete -le dijo-. Por favor, vete.

Rafe no sabía qué hacer. No tenía ni idea de qué era lo que le pasaba. Le había dicho que no amaba a su ex prometido. ¿Acaso al ver aquel lugar y aquella cama había sentido que quería estar con Luke y no con él?

Desanimado, Rafe se encaminó hacia la puerta. Pero de pronto decidió quedarse. No podía dejarla sola estando así. Lo necesitaba allí.

Se tumbó a su lado y la tomó en sus brazos.

-No pasa nada -le dijo abrazándola con fuerza-. Lo entiendo, de verdad. Sé que has estado tratando de mantenerte firme durante dos semanas. Y ahora que estás aquí, en el lugar en que deberías haber

estado con Luke, te sientes muy mal. Escucha, sé lo que es que te dejen por otra persona. Es un infierno. Así que llora todo lo que quieras. Yo lo hice.

Sus caricias y sus palabras parecieron tranquilizarla, porque dejó de llorar. Levantó la cabeza y lo miró.

-¿De verdad?

-Sí. Supongo que no es lo que suele hacer un hombre, pero yo fui como las cataratas del Niágara durante una par de días. Estuve destrozado durante una semana y me negué a salir de casa durante meses.

-¿Por qué te dejó?

-Ambición, dinero, influencia... Te aseguro que no fue porque el otro fuera mejor en la cama -dijo él con una sonrisa y ella se rio. Era un sonido maravilloso.

Él aprovechó aquel momento para besarla. Pero no del modo en que la había besado en Sydney aquella mañana. Fue un beso lento, suave y delicado. Continuó besándola sin hacer nada más, hasta que notó que sus defensas se desvanecían. Entonces ella empezó a gemir y a restregarse contra él y comenzó a desnudarla lentamente, tomándose su tiempo.

No le resultó fácil mantener la calma, especialmente cuando descubrió sus senos perfectos y sus pezones erectos reclamando más, pero lo consiguió, hasta que los dos estuvieron totalmente desnudos. Ella temblaba ansiosa por poseerlo.

Sintió que se moría al tener que dejarla para ir por el preservativo. Pero fue realmente rápido. Después de todo tenía mucha práctica en ese tema. No obstante, le había resultado algo más complicado estando tan excitado. ¿Alguna vez antes se había sentido así, ni siquiera con Liz?

Quizá le fallaba la memoria, pero creía que no. Aquella era una experiencia única, tal vez porque Isabel le había hecho esperar dos semanas para poder consumar el deseo que había despertado en él nada más verla. Aquello era el deseo en su cara más tortuosa.

Agradecía que ella sintiera lo mismo.

Al menos, eso era lo que pensaba hasta que volvió a la cama y se la encontró mirándolo con algo que intuyó como temor.

¿Por qué le tenía miedo?

-¿Qué te ocurre? -le preguntó, metiéndose en la cama y tomándola en sus brazos-. ¿Qué es lo que te preocupa?

-Nada -respondió ella, negando con la cabeza-. Nada.

-¿Es por Luke?

-No, no.

-¿Es por mí, entonces? Tienes miedo de que te haga daño.

Ella parpadeó sorprendida por su intuición.

-Cariño -le murmuró-. Nunca te haría daño. Solo quiero hacerte feliz, ver tu sonrisa y oírte reír otra vez. Quiero darte placer. Así...

Deslizó las manos por entre sus piernas hasta tocar en el lugar exacto.

Ella gimió una vez más. Estaba muy húmeda. Aquello iba a ser fantástico.

No podía esperar más. Además, podría ser incluso contraproducente hacerlo. Se sentiría a salvo dentro de ella, menos tenso. Podría incluso relajarse un poco.

Como si le hubiera leído el pensamiento, ella se abrió de piernas invitándolo a entrar.

Él buscó el camino y empujó no sin cierta desesperación.

Rafe suspiró aliviado y disfrutó de la quietud durante unos segundos.

Pero, en el momento en que comenzó a moverse otra vez, ella enroscó las piernas alrededor de su cuerpo como una viña. Lo apretaba con fuerza y lo movía de delante hacia atrás.

Rafe sintió un borbotón de sangre fluyendo por sus venas, mientras ella lo instaba a entrar aún más dentro y con más fuerza.

¡Y él que pensaba que iba a estar más relajado dentro! ¡Estúpido!

-¡Rafe! -gritó ella, y apretó su abrazo alrededor de su cuello-. Rafe...

Su primer espasmo lo puso en órbita, lo envió a un lugar que no había conocido nunca antes. ¿Era placer o dolor lo que sentía su cuerpo? Sentía agonía y éxtasis mientras los espasmos de ella lo ordeñaban hasta el final, haciéndolo gemir como no había gemido nunca antes.

Rafe no sabía si lo que sentía era felicidad o humillación. Lo único que sabía era que acababa de bajar de una cumbre a la que quería volver a subir.

-No me has hecho daño -le murmuró ella, besándolo en el cuello, acariciándole la espalda, los hombros, el torso. Él abrió los ojos y la miró-. Es que nunca había estado con un hombre que la tuviera tan grande.

Rafe se quedó perplejo. Siempre había considerado que tenía una talla estándar. No obstante, se sentía secretamente halagado.

-Pensaba que lo que temías era que te hiciera daño emocionalmente.

-¡Ah, no! Eso no va a pasar -dijo ella-. No volveré a permitir que eso suceda.

De pronto Rafe se sintió ofendido, lo que no dejaba de ser absurdo. Ella había dejado muy claro para qué lo quería y él había aceptado. Solo habría sexo durante dos semanas sin cadenas ni ataduras ni futuro.

Siempre había pensado que esa era una fantasía masculina hecha realidad. Pero lo que no había imaginado era que iba a sentir todo aquello.

Una voz interior lo amonestó.

«¡Por favor! ¿Qué demonios te pasa? Esta es, efectivamente, una fantasía hecha realidad. No te pongas ahora a hacer el papel de tío sensible. Sé exactamente lo que ella quiere que seas. ¡Rafe el libertino!»

El problema era que Rafe no era un libertino. Nunca lo había sido.

A pesar de todo, aquello podía ser divertido. Podía hacer todo cuanto había querido hacer sin importarle, hacer las sugerencias más descabelladas, jugar a Casanova o a lo que se le antojara.

-¿Por qué sonríes así? -preguntó ella.

-¿Cómo?

-Como un gato ante un plato de leche fresca.

-Quizá porque estoy ante un plato de leche fresca. Eres formidable en la cama.

Ella se sintió ligeramente incómoda con aquel halago. No obstante, debía saber que era buena.

Era una criatura compleja y llena de contradicciones. Fría en la superficie y muy caliente en su interior.

Rafe estaba dispuesto a sacar lo mejor de ella durante los próximos catorce días. No iba a permitir que cayera en aquella ridicula pose de niña recatada. Puede que pensara que lo había alquilado como su juguete privado, pero en realidad ella sería el juguete.

En circunstancias normales, Rafe se habría escandalizado de sus propios pensamientos. Pero aquella no era una circunstancia normal.

-¡Vaya! La verdad es que tengo hambre, ¿tú no? -le preguntó él.

-Sí. Pero preferiría darme antes una ducha. Llevamos todo el día viajando.

-Yo también. Pero ¿por qué ducharnos, cuando tenemos un enorme balneario a nuestra disposición y solo para nosotros? Nos podríamos llevar la cesta de comida a la playa y así matamos dos pájaros de un tiro.

-Pero...

-No hay «peros» que valgan, cariño. Tienes que hacer lo que el bueno de Rafe te diga y te lo pasarás en grande.

Capítulo 8

DOS DÍAS más tarde Isabel tuvo que admitir que Rafe tenía toda la razón. Se lo estaba pasando en grande. Aquel hombre era justo lo que necesitaba en aquel momento.

No la dejaba ni a sol ni a sombra, eso sí, pero no se quejaba. Y lo cierto era que lo deseaba tanto como él a ella.

Era realmente divertido y juguetón, con esa pizca justa de malicia que a ella la excitaba tanto.

-¿Qué te parece? -le dijo ella mientras le enseñaba su nuevo bikini rojo.

Rafe estaba tranquilamente desayunando en la terraza. Iba desnudo de cintura para arriba y llevaba un bañador largo. Estaba tan masculino.

Él la miró de arriba abajo y se deleitó con lo escandalosamente pequeño que era el traje de baño. Todo lo que se había comprado con el dinero de Luke había sido ligeramente picaro, quizá como resultado de su necesidad de rebelión y desafío.

Y, por supuesto, todo lo había comprado pensando en Rafe.

El bañador que se había puesto el día anterior se transparentaba completamente cuando se mojaba.

No hacía falta decir que no le había durado mucho puesto...

-Date la vuelta -le pidió él.

Ella lo hizo, consciente de lo que la visión de sus glúteos con un tanga lo provocarían. Claro que esa era precisamente la idea.

-Bueno, ¿qué te parece?

-Me parece que deberías venir aquí -le dijo y se bebió lo que quedaba de zumo de naranja.

Se estremeció mientras se acercaba a él. ¿Qué iba a hacerle o a pedirle que le hiciera?

Cuando la tuvo cerca, él le tendió el vaso vacío.

-¿Qué es esto?

-He terminado. Pensé que te gustaría recoger la mesa.

-Pues estás muy equivocado.

-Entonces, ¿qué es lo que quieres? ¿O debería decir qué quieres que te haga? Si me lo dices con todo lujo de detalles, Isabel, haré exactamente lo que me describas. Cualquier cosa que quieras.

A ella se le secó la boca.

-¿Cualquier cosa?

-Sí.

-Yo... no sé lo que quiero... Él le quitó el vaso vacío de entre las

manos y lo puso sobre la mesa.

-Sí, claro que lo sabes -le murmuró, mientras retiraba los dos pequeños triángulos que apenas si cubrían sus senos y comenzaba a juguetear con sus pezones-. Sabes exactamente lo que quieres.

-Yo... -no podía pensar mientras él le hacía aquello. Sus pezones se habían endurecido y estaban muy sensibles.

-Dime... -le susurró él al oído.

Ella se estremeció.

-No -respondió-. No puedo.

-¿Por qué?

-Porque me da vergüenza.

-Entonces seré yo el que te diga lo que quieres. Quieres que te de placer a ti primero, con la lengua, y sentir cómo me excito Luego quieres atormentarme con esa sensual boca que tienes.

Levantó la mano y le tocó suavemente los labios. Ella los entreabrió y automáticamente comenzó a lamerle los dedos.

-Sí, exactamente así -dijo él, sacando y metiendo el dedo en su boca-. Te gustaría hacerme eso, ¿verdad, Isabel?

Ella se estremeció.

-Y luego -continuó él con un seductor susurró-. Querrás que te haga el amor como si no hubiera mañana. Quieres que vacíe tu mente y te haga sentir que no existe nada más que el calor del momento y el maravilloso deleite que viene después.

Sus palabras calientes se desvanecieron y sacó lentamente el dedo.

Solo se oía el pesado respirar de él.

De pronto, se levantó de la silla y la tomó en brazos. Pero en lugar de llevarla a la cama, adonde ella esperaba, se encaminó hacia la playa y la dejó sobre una tumbona. Luego corrió a meterse en el agua.

Cuando él regresó, un minuto más tarde, todo mojado y sonriente ella le lanzó una mirada asesina.

-Lo has hecho deliberadamente, ¿verdad? Me has calentado y luego me has dejado aquí, para hacerme esperar.

-No. Simplemente es que hablarte así me ha puesto tan caliente que he tenido que ir a enfriarme antes de que el desenlace fuera fatal. Pero ya estoy aquí, dispuesto a hacer de mis palabras acción. ¿Por donde empezamos, amor? ¿Lo quieres todo aquí mismo en la hamaca?

-No seas tonto. Esto se va a caer. Además, no tienes un condón aquí.

-La penetración no viene hasta dentro de mucho, por lo que tendré tiempo de llevarte al lecho. Ella se quedó boquiabierta.

-¿Quieres decir que vas a hacer exactamente lo que me has descrito?

-Todo.

Ella se ruborizó.

-Te va a gustar -continuó él-. Te lo prometo.

Comenzó a quitarle lentamente la parte de abajo del bikini y fue paso a paso cumpliendo sus promesas.

Y, efectivamente, le gustó, y le gustó demasiado.

Todo aquello iba a tener un desagradable efecto secundario: no iba a ser capaz de olvidarse de él después de aquellas dos semanas. Esa era la verdad. Iba a quererlo cerca durante mucho más tiempo.

¿Por qué? Esa era la pregunta. ¿Era por el modo en que podía hacer que se olvidara de todo? ¿Era por los orgasmos? ¿O era por algo mucho más peligroso que se había prometido a sí misma que no le volvería a suceder? ¿Se había enamorado?

Se dio la vuelta en la cama y lo observó, allí tendido, desnudo, con el pelo castaño revuelto sobre la almohada. Tenía los ojos cerrados y sonreía satisfecho.

Ella también sonrió. Quizá quisiera que se quedará a su lado solo porque le gustaba y porque a él también parecía gustarle ella.

Bueno, eso no era tan malo. Podía vivir con ello.

Finalmente, sus preocupaciones se calmaron. Se abrazó a Rafe y se durmió plácidamente.

Capítulo 9

HOY NO vamos a pedir que nos traigan la cena, Isabel -le dijo Rafe-. Necesitamos levantarnos, vestirnos y cambiar un poco de escenario, hacer algo distinto durante unas horas.

Isabel levantó ligeramente la cabeza y sonrió.

-Sí, Rafe, pero no pretenderás que me levante y me vista en este preciso momento.

Él se sumergió en aquellos fríos ojos azules. ¡Cómo le habría gustado haber tenido la fuerza suficiente para decirle que sí! Que se levantara y dejara de atormentarlo, de hacerlo adicto a su cuerpo, a ella.

Era miércoles y habían vuelto a meterse en la cama poco después de haberse levantado de la siesta.

Al amanecer habían ido a bañarse después de apenas haber dormido. Se habían bañado desnudos, pues, al fin y al cabo, nadie los veía, nadie sabía lo que hacían en el agua o lo que hacían sobre la arena, o en la hamaca.

La hamaca...

Rafe tragó saliva al recordar lo que le había hecho la noche anterior en la hamaca. Había utilizado el pareo de seda para atarle las manos por encima de la cabeza. Él jamás había hecho algo así. Ella tampoco.

Pero la imagen de ella allí, tendida bajo la luz de la luna, había sido más que excitante. E Isabel... Isabel ni siquiera parecía ella misma. Había tenido tantos orgasmos que él ya había perdido la cuenta. Al final, le había rogado que parara.

Pero no había podido detenerse hasta mucho después.

Al parecer, aquella tarde era ella la que no podía parar.

Lo besó una vez más y él gimió al sentir su calor,su humedad. Estaba a punto de llegar, lo sentía. Su grito de placer puso a Isabel en alerta justo a tiempo. Se detuvo de inmediato.

-¿Tienes algún problema, mi amante? -preguntó ella con voz sensual, mientras agarraba los condones que estaban sobre la mesilla.

Él soltó una carcajada.

-Eres realmente cruel, ¿lo sabías?

-Ahora ya sabes cómo me sentí anoche -le dijo ella.

-Te gustó.

-Y a ti te está gustando esto. Así que ¿por qué no te tumbas y disfrutas?

El inspiró cuando ella se inclinó sobre él y atrapó su virilidad con

los labios.

-No... -dijo él.

-¿No?

-No -negó él con la cabeza-. Ven aquí.

La tomó en sus brazos y la sentó sobre él, su pecho contra los senos turgentes de ella, y se abrió paso en su interior. Con un gemido primitivo, agarró sus glúteos y la movió de arriba abajo.

-¡Oh, Rafe! -gritó ella, llegando al mismo tiempo que él.

La sujetó con fuerza mientras los dos se convulsionaban. Hasta que llegaron al final.

Aquello estaba yendo demasiado lejos, era demasiado, excesivo.

-Tengo que ir al baño -dijo él en un tono un poco brusco.

-No me dejes -le rogó, abrazándose a él.

-Lo siento, pero la necesidad impera.

Salió de su interior a toda prisa, atravesó la habitación y se metió en el baño. En cuanto cerró la puerta, se apoyó sobre ella y respiró durante unos segundos.

Luego, se acercó a la ducha. Entonces, miró su miembro.

«¡Oh, no!», se dijo. ¡Nunca antes se le había roto un condón!

Inmediatamente, pensó en Isabel, y se imaginó un motón de espermatozoides nadando por su útero con la energía de un equipo de campeones olímpicos de natación, todos con el mismo objetivo.

Recordó que dos semanas atrás Isabel le había dicho que estaba con el síndrome premenstrual.

Rafe echó cuentas y concluyó que si sus periodos era mas o menos regulares, estaría entrando en plena fase de ovulación.

Rafe se sentó en un lado del bidé. ¡Podía ser que en aquel instante se estuviera convirtiendo en padre!

La cabeza comenzó a darle vueltas y el estómago también, iba a matarlo cuando se lo dijera.

Entonces lo mejor sería no decírselo. Eso no haría sino estropearlo todo y, al fin y al cabo, no tenía solución. Además, podía no suceder. Podía ser que no estuviera en el período adecuado. Y, aunque estuviera, muchas veces no ocurría.

Pero ¿y si Isabel se quedaba embarazada? ¿Entonces qué?

«Cruza ese puente cuando llegues a él», se dijo.

Ese era el mejor consejo que se pudo dar a sí mismo.

Rafe se levantó, abrió el grifo de la ducha y se metió dentro. Agarró el gel y se lo extendió por el cuerpo.

Pero ¿y si había un bebé? Su bebé. El bebé de Isabel y él.

Isabel estaba en la habitación, tendida en la cama, escuchando cómo Rafe se daba una ducha. No le habría importado darse una

ducha también ella. Pero no estaba dispuesta a unirse a él, no después del modo en que le había rogado que se quedara con ella, como una enferma de amor.

¡Qué típico de ella y qué humillante!

No le extrañaba que se hubiera levantado de la cama a toda prisa.

Rafe tenía razón. Ya era hora de que hicieran algo más que acostarse. Estaba empezando a caer en las mismas faltas de antaño.

Se quería convencer de que había tomado control sobre lo que sucedía en la cama, pero la realidad era que el único jefe era Rafe y ella se había convertido una vez más en su esclava del amor.

Isabel se ruborizó. Era una locura dejarse atrapar así. Pero estaba siendo tan delicioso. Y, en el fondo,no sentía preocupación alguna, ni tampoco temor. Solo excitación.

Todo aquello era un delicioso juego erótico y los dos lo sabían.

Entonces, ¿por qué a ella se le olvidaba continuamente?

No podía volver a ocurrir. Desde aquel momento se limitaría a jugar según las reglas y dejaría de barajar la posibilidad de poder seguir viéndolo ocasionalmente. La experiencia le decía que si veía a Rafe fuera de aquella fantasía que estaban viviendo, acabaría enamorándose de él y esperaría cosas imposibles. Ya le había ocurrido y no quería que se volviera a repetir.

En aquel instante, Rafe salió del baño, secándose la cabeza con una toalla naranja y con otra de color lima alrededor del cuello.

¡Guau! Con aquella tez bronceada estaba aún más atractivo, y hacía que su cuerpo fuera aún más de ensueño.

-Te tienes que levantar, amor -le dijo él, mientras se peinaba el pelo con los dedos-. Ya son las cinco y me gustaría que saliéramos de aquí a eso de las seis.

-Bien. Estaba esperando a que terminaras -respondió ella.

Pero al poner los pies en el suelo para levantarse, sintió un inexplicable ataque de timidez.

No tenía nada que ponerse encima. Llevaba todo el día desnuda y el pareo que solía usar estaba aún atado a la hamaca. El resto de su ropa la tenía en el armario, que estaba más lejos que el baño.

Era estúpido sentir vergüenza cuando Rafe ya conocía cada milímetro de su cuerpo.

Haciendo acopio de todo su valor, apartó la sabana y se levantó. ¡Estaba pegajosa! Esa era otra cosa que le resultaba un poco embarazosa, lo húmeda que estaba siempre.

Claro que a Rafe no le importaba, decía que lo excitaba.

Se metió en la ducha y se lavó con excesivo entusiasmo, dispuesta a quitarse parte de la excitación que no la abandonaba. Fue una

pérdida de tiempo.

Pensó en qué ponerse y pronto llegó a la conclusión de que no tenía nada adecuado. Cuanto había traído era tremendamente provocativo, pensado para excitar a Rafe.

Pero ¿cuál de sus conjuntos sería el menos perjudicial? ¿El vestido negro?

No. Era demasiado escotado y corto, además de ajustado.

¿Y la falda corta con aquella diminuta camisa azul de seda?

No se podía poner sujetador y, si sus pezones se empeñaban en seguir erectos como dos cañones dispuestos a disparar, el efecto podía ser francamente vergonzante.

El único conjunto era el verde. Aunque seguía siendo provocativo, al menos podía llevar sujetador.

Claro que también tenía su punto profundamente erótico. Era, sin duda, un tributo a una de sus fantasías sexuales: la de tener el aspecto de una concubina de harén. Los pantalones eran bombachos y medio transparentes. Solo el chaleco largo lo salvaba de la indecencia. Llevaba un corpiño sin tirantes adornado con pedrería.

El resultado era francamente agradable a la vista.

Una vez vestida, maquillada y peinada con un desordenado recogido que dejaba varios mechones cayendo alrededor de su rostro, se puso unas sandalias doradas que había comprado para el traje.

-¡Date prisa, amor! -le dijo Rafe desde fuera-. Ya son casi las seis.

Ella se estremeció, no sabía si de excitación o de aprensión. Se puso un poco de perfume y salió dispuesta a encontrarse con su dueño y señor.

Rafe estaba en la terraza admirando la puesta de sol y, al verla aparecer, como salida de un cuento de Las mil y una noches, sintió que todo aquello era una fantasía echa realidad.

-¡Vaya! -dijo él con una gran sonrisa-. Ahora sí que pareces parte de un sueño erótico.

Ella se rio.

-No he traído nada decente conmigo.

-Ya -dijo él en un tono repentinamente seco. Estaba claro que no había tenido en mente la posibilidad de hacer nada que no tuviera que ver con el sexo. Solo lo quería para eso. Y, al fin y al cabo, lo había dejado claro desde el principio.

El, por su parte, había accedido encantado al singular juego que ella había propuesto. Pero el pequeño incidente acaecido momentos antes había cambiado las cosas para él. Cuando la miraba, ya no veía una deliciosa compañera de placeres, sino una posible madre.

No por eso había dejado de desearla. Pero había ciertos

pensamientos que actuaban como interferencia. No sabía aún si debía o no decirle lo sucedido. No era demasiado tarde para que un médico le recetara la pildora «del día después». Sabía que había un médico en la isla y una farmacia. Lo había leído en la lista de servicios.

Pero, por algún motivo extraño, odiaba la idea de que se desprendiera de aquel posible bebé. Curioso sentimiento, sin duda, cuando nunca antes había querido ser padre. Y seguía sin querer.

Sin embargo, ella lo deseaba. Quería ser madre. Lo deseaba tanto como para querer tener un hijo sola. ¿Por qué no podía ser el suyo? Era mejor que una inseminación artificial. No... quizá no era mejor.

-Rafe, ¿por qué me miras así, con el ceño fruncido? ¿En qué estás pensando?

-¿Que en qué pienso? -la tomó del brazo y se encaminaron hacia las escaleras-. Que esa idea tuya de tener un bebé sola no es buena del todo. De hecho, creo que es pésima. A mi madre le costó mucho criarme ella sola, y eso que tuvo ayuda durante los primeros ocho años.

-Puedo entender que criarte a ti fuera realmente duro -dijo ella-. Pero mi bebé no va a tener tus genes, Rafe, así que espero que mi trabajo no sea tan difícil.

-¿Sí? -dijo él con una amplia sonrisa. Disfrutaba de la ironía.

-¡Sí! -respondió ella.

-Pero si es inseminación artificial no sabes quién va a ser el donante, ni sabrás qué tipo de genes tendrá tu bebé. Seguro que incluso mis genes serían mejores.

-Los donantes son anónimos, pero te dan mucha información sobre su aspecto físico, su salud, la educación, intereses, etc... Miraré la lista de donantes y elegiré el que cumpla mis requisitos.

-Fascinante. Como veo que tienes muchos problemas para andar con esos tacones, te llevaré en brazos -le dijo él. Ella estaba dispuesta a objetar, pero él se puso en acción-. Eres ligera como una pluma. Creo que has perdido peso desde que llegamos a la isla. Demasiado ejercicio y muy poca comida. Tenemos que asegurarnos de que estás saludable si vas a tener un bebé.

-Sí, doctor Saint Vincent -se burló ella.

-Es puro sentido común. Claro que, quizá, no hablaras en serio sobre lo de tener un bebé tan pronto, o lo de hacerlo sola.

-Lo he dicho totalmente en serio -respondió ella con dureza-. Y ahora bájame.

Notó que se tensaba y la dejó lentamente en el suelo.

-Dime, Isabel, ¿cuáles son tus requisitos para elegir un padre?

-No.

-¿No? ¿Qué quiere decir «no»?

-Quiere decir que no voy a tener esta conversación contigo, Rafe -dijo ella con firmeza adelantándose ligeramente-. Ojalá no te hubiera contado nada sobre mis planes. El porqué de ese repentino interés es algo que se me escapa.

El se apresuró a alcanzarla.

-Venga, no seas así. Si vamos a estar sentados el uno frente al otro, necesitamos algo de qué hablar. Y siento curiosidad.

Ella se volvió de golpe y lo miró directamente a los ojos.

-¿Por qué?

-¿Y por qué no iba sentirla? Durante un momento lo miró frustrada; luego se encogió de hombros.

-Supongo que lo mejor sería que te dijera lo que quieres saber, porque no estás dispuesto a darte por vencido, ¿verdad? Conseguirás lo que quieres, como hiciste con las fotos en blanco y negro. Eres como una tortura china.

-Ya me lo habían dicho antes.

-Es de imaginar. Pero no siempre puedes tener todo lo que quieres. Si tengo que contestar a una pregunta tan personal, yo también quiero que me contestes a unas cuantas.

-De acuerdo -no tenía nada que ocultar, era más, sentía cierta curiosidad sobre lo que ella podría querer saber. Después de todo, quizá no solo lo deseara. Tal vez hubiera algo más, aunque no lo admitiera.

La idea de tener un relación permanente con Isabel le provocó una excitante sensación. Desde el principio le había desagradado la idea de no poder volverla a ver después de todo aquello, pero había aceptado, temeroso de perderla.

Sin embargo, las cosas habían cambiado.

Si estaba embarazada de su hijo, la posibilidad de separarse no existía.

Rafe no podía apartar la mirada de su cuerpo, primero de sus senos, luego el vientre, atléticamente plano en aquel momento. Pero no le costaba imaginárselo en unos meses, suave y redondeado.

Isabel se dio cuenta de lo que Rafe estaba mirando. Pensaba en sexo otra vez, estaba claro. La estaba desnudando con la mirada y eso la excitaba.

-¡Ya está bien! -dijo ella.

-¿El qué?

-Tú lo sabes. No me ayuda nada que me mires así.

La lancha se balanceó peligrosamente cuando Isabel puso un pie dentro.

-¡Quizá deberíamos haber llamado a Tom para que nos llevara! -dijo ella con pánico.

-Si te sientas en medio no pasará nada.

Isabel hizo lo que le sugirió y Rafe arrancó el motor y navegó hasta la playa principal. La confianza y seguridad con que conducía y manejaba aquel aparato le recordó a Isabel que los hombres servían para otras cosas además de para provocar orgasmos.

Si lo seguía viendo ocasionalmente después de aquello, quizá podría cambiarle alguna bombilla de vez en cuando, arreglar los grifos y ese tipo de cosas. Como propietaria de una casa, necesitaría esos servicios.

Al llegar al embarcadero, Rafe saltó de la barca con su estupendo trasero hacia ella.

-¡Ya está bien! -dijo él con una sonrisa al volverse y pillarla mirándolo absorta.

-¿El qué? -se ruborizó ella.

-Lo sabes perfectamente.

-No sé de qué estás hablando -dijo ella-. Y ahora ayúdame a salir de aquí sin que me caiga al agua.

-Te vendría bien para «refrescarte».

Isabel decidió que ya estaba bien, que en aquella ocasión ella tendría la última palabra. Mientras desembarcaba lo miró fríamente.

-Pensé que te gustaba caliente y húmeda, no fría y mojada -acto seguido pasó por delante de él con la cabeza bien alta.

Rafe la miró y pensó que era la mujer más descarada y sexy que había conocido.

Y estaba seguro de que, aunque tratara de ocultarlo, a ella le gustaba. Por eso se esforzaba tanto en ponerlo en su lugar. Lo que no se podía imaginar aquella mujer era que el destino probablemente ya los había unido de una forma más permanente.

Debía averiguar qué posibilidades reales había de que fuera así.

-¿Adonde exactamente vamos a ir a cenar? -le preguntó ella mientras la tomaba del brazo.

-Al restaurante Hibiscus. Por aquí -la guio hasta la zona de ocio.

Al llegar, vieron un hotel de cinco estrellas que se alzaba grandioso entre las frondosas palmeras; al pie del edificio se adivinaban tres restaurantes, un par de bares, un casino y una piscina increíble, todo rodeado de jardines tropicales que hacían del lugar un verdadero paraíso

Uno de aquellos restaurantes era el Hibiscus.

-He reservado una mesa aquí mientras tú te duchabas. La mujer con la que he hablado me ha asegurado que es el más romántico de

todos. Supongo que pensó que era nuestra luna de miel.

-Y tú no le dijiste que no lo era -dijo Isabel secamente.

-No, claro que no. Con eso nos asegurábamos una buena mesa. Me prometió una en la terraza de las que dan a la piscina.

-Mentiroso.

-Solo inteligentemente simpático.

-Arrogante, eso es lo que eres.

-Y a ti te gusta.

-Solo en la cama.

-Los humanos nos pasamos una tercera parte de nuestra vida en la cama. Menos cuando estamos en una luna de miel fingida. Entonces nos pasamos las tres terceras partes.

Isabel se rio. Le era imposible no sucumbir a su encanto, incluso a su ingenio, que era incisivo e inteligente.

-Me encanta oírte reír -le dijo-. Estás incluso más hermosa cuando te ríes.

-Deja de adularme, Rafe. Puedo acostumbrarme.

-¿Y sería tan horroroso?

-Horroroso no, solo poco inteligente.

-¿Por qué?

Ella suspiró.

-Ya te lo dije al principio, Rafe. No quiero otra pareja cuya idea de una relación empiece y termine en el dormitorio.

-¿Y tú crees que eso es lo único que yo quiero de ti?

-¿No lo es?

-Eso depende.

-¿De qué depende?

-De lo bien que cocines.

Ella levantó las cejas.

-¿Me estás diciendo que el camino hasta tu corazón empieza en el estómago? No te creo.

-Me encanta la comida. Por aquí se va al Hibiscus -dijo al ver un cartel que indicaba el camino-. Me pregunto cuál será su carta de vinos. Puesto que no nos van a cobrar más, voy a pedir una botella diferente con cada plato.

-No pienso volver en esa cosa flotante contigo después de que te hayas bebido tres botellas de vino-dijo ella.

-Yo tampoco. Si veo que me he excedido, le pediremos a alguien que nos lleve.

-De acuerdo -asintió ella-. Y no me incites a beber demasiado. Todavía no me he recuperado de mi última resaca.

-Ya, pero esa fue de whisky. El vino no te hará daño.

-Dices eso porque quieres emborracharme y aprovecharte de mí. Él se rio.

-Cariño, no necesito emborracharte para aprovecharme de ti.

Isabel hizo una mueca.

-Me merecía esa respuesta, ¿verdad? Él la abrazó cariñosamente.

-No seas tonta, me encanta como eres. Aquel comentario la dejó taciturna y confusa.

-Te has quedado muy callada -le dijo Rafe preocupado.

-Estaba pensando.

-Pensar puede ser muy malo para la salud.

-¿Qué me recomiendas entonces?

-Hablar es mejor. Y, a veces, también beber, si las dos cosas se hacen con mesura.

-Lo que quieres es que te cuente mis secretos.

-¿Los tienes?

-Todos los tenemos.

-Mi vida es un libro abierto.

-¡Ya! Un hombre como tú debe de tener muchos secretos.

-No, yo no. Lo que ves es lo que hay. Si crees que mi imagen es falsa o prefabricada, te equivocas. No me afeito todos los días porque me irrita la piel. Uso la ropa que me resulta cómoda y que no se macha fácilmente. Soy tal y como me ves, Isabel. Y me gusta quién soy. ¿Puedes tú decir lo mismo? Ya estamos aquí. El Hibiscus.

Capítulo 10

EL HIBISCUS se merecía la fama que tenía. Incluso las mesas interiores contaban con una espectacular vista de la piscina, gracias a los muros de cristal de las tres caras del restaurante.

Los condujeron a una mesa estratégicamente situada en el exterior, lujosamente adornada y con mucho gusto.

En cuanto se sentaron, el joven camarero que los atendía le dio a Rafe la carta de vinos. Era pequeña pero muy selecta y Rafe pidió un excelente champán para comenzar, mientras Isabel estudiaba silenciosamente el menú.

Pero, aun después de que el camarero se marchara, ella continuó con la cabeza baja y fingiéndose absorta en el menú.

Rafe pensó que quizá no debía haber hecho aquel comentario sobre si podía ella asegurar que le gustaba ser quien era.

Pero lo que Isabel no podía esperar era poder disparar libremente sin recibir ningún balazo a cambio.

A pesar de todo, no le gustaba verla así.

Pero ¿qué podía hacer?

-¿Encuentras algo que te tiente? -preguntó él en un tono jovial.

-La verdad es que no tengo hambre -respondió ella, sin levantar la vista.

Rafe dejó el menú en la mesa.

-Escucha, lo siento. No era mi intención ofenderte.

Por fin lo miró.

-No te disculpes. Tienes toda la razón. No me gusta quién soy. Creo que nunca me ha gustado.

-No digas tonterías. ¿Qué puede no gustar de ti, excepto el moño que te hacías antes? Realmente lo odiaba, y no tenía nada que ver con tu verdadera personalidad.

-¿Mi verdadera personalidad? ¿Y cuál es mi verdadera personalidad? ¿La de una zorra caliente?

-¡No te atrevas a decir eso de ti misma! Eres una mujer sensual a la que le gusta el sexo. ¿Y qué? Eso no es algo de qué avergonzarse.

-Si tú lo dices -respondió ella con tristeza.

-Deberías estar realmente orgullosa de ti misma. Muchas mujeres se habrían dejado abatir después de lo que te ha ocurrido a ti. Tú no. Levantaste la barbilla, te cuadraste de hombros y seguiste tu camino. Puede que yo no esté de acuerdo con tu decisión de tener un bebé sola, pero admiro el valor que requiere.

Isabel se quedó gratamente sorprendida tanto por sus halagos

como por su aparente sinceridad. Le gustaba y no solo en la cama.

-¡Cielo Santo, Isabel! No se te ocurra volver a rebajarte así. Para mí eres una de las mujeres más increíbles que he conocido, así que deja de autocompadecerte y decide qué vas a comer, o perderé la paciencia y me negaré a hacer de jeque de tu harén.

Ella se rio y el buen humor volvió a su mirada chispeante.

-Sabía que hacía bien pidiéndote que te vinieras conmigo. Eres tan...

-¿Razonable? -sugirió él. Isabel sonrió.

-Yo más bien diría «refrescante».

-Vaya, nadie me había calificado así antes.

-Es un cumplido.

-Lo sé, no te preocupes. Ella lo miró fijamente.

-La verdad es que eres realmente encantador, Rafe Saint Vincent. Y me fascina esa camisa blanca y negra que llevas. ¿Me la prestarás alguna vez?

-Puedes tomar prestado lo que te plazca, pero yo no voy a poder pedirte algo tuyo a cambio. Sospecho que iba a tener un aspecto muy ridículo con tu ropa.

Estaban sonriéndose el uno al otro cuando llegó el camarero con el champán. Lo sirvió elegantemente y les preguntó si querían pedir ya.

Rafe así lo hizo e Isabel siguió su ejemplo.

Se decidió por unos tallarines estilo tailandés y un pescado al horno.

-De postre, tarta de queso con cobertura de mango. Vamos a querer un vino distinto para cada plato. ¿Tienen medias botellas?

-No, pero pueden pedir copas de cualquiera de los vinos de la lista.

-¿De verdad? ¿Y qué ocurre con el resto de la botella si nadie más lo pide?

-Le aseguro que no se desperdicia -dijo el camarero y se marchó.

-Ya me lo imagino -dijo Rafe para sí-. No me importaría ser una mosca de las que se quedan en la cocina después de cerrar.

-Todos los trabajos tienen sus ventajas -dijo Isabel.

-¿Y cuáles eran las ventajas de trabajar en una firma de arquitectos? Isabel frunció el ceño.

-¿Cómo sabes que trabajaba en una firma de arquitectos?

-Me enteré cuando llamé a Les para decirle que se había cancelado tu boda. Me contó todo tipo de detalles sobre ti. El cree que eres un auténtico manjar y quería que le diera mi opinión.

-¿Y qué le dijiste?

-Fui discreto. Por supuesto no hablé de nuestro pequeño trato, ya que él parece conocer a tu familia.

-Gracias. Así que Rafe Saint Vincent es el alma de la discreción,

-Tengo algunas virtudes ocultas.

-Y otras no tan ocultas.

-Eres una chica mala. Pero, volviendo a lo que te preguntaba, ¿cuáles eran las ventajas de tu trabajo?

-Pocas, la verdad. ¿Que conseguía bolígrafos gratis? No cuento lo de conocer a Luke, puesto que no ha funcionado. Supongo que no tengo que preguntarte cuáles son las ventajas de tu trabajo. Las he visto en las paredes de tu casa.

Rafe frunció el ceño.

-¿Qué quieres decir?

-Vamos, mi querido amante, esas fotos hablan por sí mismas.

-¿Piensas que me he acostado con todas esas mujeres?

-¿No lo has hecho? -Isabel tomó la copa de champán y bebió lentamente.

-No con todas. Hubo al menos un par de ellas que se me resistieron -le dijo y ella soltó una carcajada y escupió parte del champán-. Eran lesbianas.

-¡Para ya! -se atragantó y recurrió rápidamente a la servilleta para secarse los labios.

-¿Te gustaría que te fotografiara así? Isabel lo miró.

-¿Desnuda?

-¡No, por favor! Ya has visto mis fotos. Nunca son desnudos completos. Puedes llevar pendientes, si quieres. Y esos zapatos... -dijo mirando picaramente sus sandalias-. ¡Sí! Definitivamente, esos zapatos.

-Me estás tomando el pelo.

-Por desgracia, no me he traído la cámara. «Menos mal», pensó ella. Porque sin duda alguna le habría permitido que la fotografiara.

-Y bien -dijo, cambiando repentinamente de tema y levantando la copa de champán-. Dime: ¿porqué te opones a mis planes de tener un niño sola?

Él sonrió.

-Eso ha sido un cambio de tema. Inteligente por tu parte -la verdad era que pensar en fotografiarla sin nada más que unos pendientes estaba haciendo que los ajustados vaqueros que llevaba le resultaran incómodos.

Rafe dio un par de sorbos a su champán mientras buscaba la respuesta más adecuada. Dudó ante la idea de decirle lo que realmente pensaba. Ella estaba decidida a que fuera inseminación artificial y, si le llevaba la contraria, acabarían discutiendo. Lo que necesitaba averiguar era las posibilidades de que se hubiera quedado

embarazada.

-Me parece que es una decisión que has tomado por despecho. Todavía eres una mujer joven, Isabel, y tienes mucho tiempo para encontrar un padre adecuado. Creo que deberías esperar y ver lo que sucede.

-Ya te he contado que he intentado encontrar a la persona adecuada tanto con el corazón como con la cabeza, y de las dos maneras me ha salido mal. Una mujer, en teoría, puede tener hijos hasta la menopausia. Pero las posibilidades de que sea un niño sano van disminuyendo. Yo creo que ya ha llegado el momento de ponerme en acción.

Rafe tuvo que hacer un gran esfuerzo para no sonreír. Isabel no lo sabía, pero tal vez la acción ya hubiera sido ejecutada aquella tarde.

-Ya -dijo él y miró a su copa-. Así que, si tu matrimonio con Luke hubiera tenido lugar, ¿pensabas haberte quedado embarazada de inmediato?

-Sí.

-¿En esta luna de miel?

-Sí. Lo tenía todo planeado, hasta la hora y el día.

-Es difícil calcular tu período de ovulación con tanta exactitud, ¿no?

-No cuando eres tan regular como yo y te has tomado la temperatura cada día durante tres meses.

-¿Y cuando es el día crítico?

-Mañana, jueves, a eso del mediodía. Todo me ocurre en jueves al mediodía, tanto la ovulación como el período. Pero este es un tema un poco deprimente. ¿Por qué no hablamos de ti?

-Bien -dijo Rafe. Pero su cabeza estaba en otra cosa. El jueves... ¿Acaso los espermatozoides vivían tanto tiempo? Estaba casi seguro de que era posible, pero no las tenía todas consigo.

¡No las tenía todas consigo! ¿En qué pensaba? ¿Acaso se había vuelto loco? Debería haberse sentido aliviado. No quería ser padre. ¿O sí?

Miró a Isabel y se dio cuenta de que sí quería. Al menos lo quería con ella.

Tomar conciencia de aquello lo dejó sin respiración.

Apartó la mirada y la dirigió hacia la piscina. Y miró, y miró, y miró. Y, de pronto... ¡No se podía creer lo que estaba viendo!

-Rafe, ¿qué te pasa? Parece que hubieras visto un fantasma.

Se volvió hacia ella y estuvo a punto de soltar una carcajada.

-Bueno, de algún modo, así es. ¿Ves a esa rubia despampanante en la piscina?

-La de los pechos gigantes.

-Sí. Pues no tenía semejantes melones cuando yo la conocí. Se ha debido de operar. Bueno, pues esa es Liz, la chica de la que te hablé, la que me abandonó.

-¿De verdad? -Isabel estaba lo suficientemente cerca como para verla bien. Y aún pudo observarla mejor cuando la rubia salió del agua. Al levantar los brazos para retirarse el pelo, sus dos senos inflados se presionaron el uno contra el otro como dos balones gigantes.

El hombre mayor con el que se estaba bañando salió de la piscina por la escalera y se dirigió hacia ella. Liz parecía tener veintitantos años, mientras que el hombre tenía más de sesenta.

-Vamos, nena -le dijo el hombre a la rubia y le guiñó un ojo-. Es hora de que te ganes el sueldo.

-Toda tuya -contestó la mujer, aunque su gesto era de todo menos de satisfacción.

-¿Es ese el hombre por el que te dejó? -le preguntó Isabel.

-No. No tengo ni idea de quién puede ser ese tipo, pero seguro que será rico. El hombre por el que me dejó era otro fotógrafo. Uno de más éxito que yo pero que, según tengo entendido, andaba metido en producciones de vídeo un tanto sospechosas. Muchas veces me había preguntado qué habría sido de Liz, puesto que no la veía en el mundo de la moda. Creo que la respuesta está en esas dos enormes montañas artificiales. Muchas modelos, especialmente las que quieren fama y dinero demasiado rápido, acaban haciendo cosas así. Podría haber llegado a ser alguien, y mira en lo que se ha convertido.

Los dos vieron cómo la rubia corría detrás del hombre, mientras sus senos se movían obscenamente.

-Parece que sientes cierta pena por ella -dijo Isabel algo sorprendida.

-Por extraño que pueda parecer, así es -también él parecía sorprendido-. Al verla así, y en persona, me ha hecho darme cuenta de algunas cosas y ha espantado algunos fantasmas que todavía andaban pululando por mi cabeza.

-Llegaste a amarla mucho, ¿verdad?

-Sí, la verdad es que sí. Ahora veo que era algo estúpido, pero el amor es ciego.

-Sé exactamente a qué te refieres. No puedo ni contar el número de impresentables y de perdedores de los que me he ido enamorando a lo largo de los años. Pero el último tipo con el que estuve antes de conocer a Luke era el peor de todos.

-¿Cuándo fue eso?

-Estaba viajando por Australia y me puse a trabajar en una tienda de calzado de lujo en la Costa Dorada. Un día, un tipo muy sofisticado entró y yo lo atendí. Compró seis pares de zapatos solo para estar más tiempo conmigo. Bueno, eso fue lo que me dijo, y yo me quedé impresionada.

-Un poco inocente por tu parte, Isabel, dejarte engañar con una frase como esa.

-Así soy yo cuando me enamoro de alguien.

-No lo fuiste conmigo.

-Porque solo me sentía atraída por ti, no me enamoré.

¡Estupendo! Se había buscado una respuesta así.

-¿Y qué ocurrió después?

-Pues me llevó a cenar aquella noche, luego fuimos a su casa e, inmediatamente, a la cama.

Rafe decidió no pedir más detalles. Sentía unos celos infernales de aquel hombre. Cuando la había conocido, se había comportado como si fuera de hielo con él. Claro que, en aquel instante, había estado a punto de casarse, y seguramente todavía se resentía de lo que le había ocurrido con aquel tipo.

-¿Cómo terminó? ¿Te abandonó?

-No. La verdad es que no lo hizo. A su modo,creo que Hal me quería, en la medida en que un hombre así es capaz de amar. Pero ocurrió algo y ya no me pude creer que era el hombre de mi vida.

-¿Descubriste que ya estaba casado?

Ella se rio.

-¡Ojalá hubiera sido tan sencillo como eso!

-Ahora sí que estoy intrigado. ¿Qué ocurrió?

-Lo arrestaron por tráfico de drogas y le cayeron quince años.

-¡Guau! ¿Y tú nunca sospechaste?

-No. Él no tomaba drogas y nunca negociaba en mi presencia. Nos fuimos incluso a Bangkok y no me enteré de nada. Me dijo que era importador de joyas. Debería haberme dado cuenta, por mis pasadas experiencias, que eso era demasiado bueno para ser verdad. Pero, como tú dices, el amor nos convierte en unos idiotas. Pensé que todos mis sueños se habían hecho realidad. Hal era guapo, exitoso, excitante. En lo material, lo tenía todo también: una mansión en mitad de un lago, un coche, un yate. Cayó rendido a mis pies desde el primer momento. Me adoraba. Y yo pensé que era cuestión de tiempo el que me propusiera matrimonio. Estaba en una nube. Cuando, de pronto, un día agarré el periódico y lo vi en la primera página.

-Debiste de sentirte fatal.

-Me sentí totalmente destrozada, te lo aseguro.

-¿Tuviste que testificar en su juicio?

-Por suerte, no. También tuve la fortuna de que todo eso sucediera en otro Estado. No les había contado nada sobre Hal a mis padres. Pensaba hacerlo en cuanto nos comprometiéramos. Pensé que sería una agradable sorpresa para ellos después de mis errabundas relaciones con hombres. Sin duda, sorprendente fue.

-Menos mal que lo arrestaron a tiempo.

-Yo entonces no lo veía así.

-Tampoco lo vi yo con Liz. Pero está claro que lo que nos ocurrió a ti y a mi fue algo positivo. También creo que estás mejor sin Luke, aunque ahora no te lo parezca. No te quería.

-El amor es algo de lo que puedo prescindir de momento.

Rafe la miró fijamente.

-No sé. Creo que es un sentimiento que tiene algo muy atractivo.

-Pues yo no. Te incita a hacer cosas estúpidas e irracionales.

-Puede que sí -y por eso mismo durante los próximos dos días iba a hacer lo más estúpido e irracional de su vida.

-¿Cuándo nos van a traer esa comida? -preguntó Isabel irritada.

-Enseguida. Mientras tanto, tomemos más champán -añadió y le llenó la copa-. Está rico, ¿verdad?

-Sí. Pero si no como algo se me va a subir a la cabeza. Enseguida me emborracho con el champán.

-Bueno, no pasa nada, ¿no? No vas a hacer nada que no harías en cualquier caso.

Ella lo miró por encima de la copa y sonrió seductora.

Rafe agradeció su predisposición, porque iba a tener que trabajar duro a partir de entonces y la necesitaba dispuesta y a punto.

Respecto a cómo hacerlo, se dijo que no podía rajar todos los condones porque ella podría darse cuenta. Solo podía permitirse algún que otro agujero. Excepto aquella noche…

El poder de observación de Isabel podía verse francamente alterado por el alcohol…

Aquel pensamiento lo excitaba tanto como lo preocupaba.

Era un acto verdaderamente estúpido e irracional, lo sabía. Ella no lo amaba. No querría casarse con él. A lo más que podía aspirar era a ser padre de su hijo a distancia y a tener un acceso limitado.

Pero ¿y qué? Iba a hacerlo de todas maneras.

Capítulo 11

ISABEL se despertó con un suspiro en los labios. Los rayos de sol entraban por la puerta, indicando que Rafe ya había salido. Seguramente, estaría nadando, como todos los días por la mañana.

-Ese hombre debe de tener una constitución de hierro -murmuró. Apartó la mosquitera y trató de incorporarse, pero toda la habitación le daba vueltas y sentía la cabeza como si tuviera una orquesta de tambores en su interior.

Se recostó de nuevo sobre las almohadas y, al cabo de un rato, sintió que la habitación dejaba de girar.

En ese momento, vio que Rafe le había dejado un vaso de agua en la mesilla junto con unos analgésicos.

-¡Qué detalle! -murmuró, aunque sin atreverse a mover la cabeza. En cuestión de unos minutos, se tomaría un par de pastillas. Mientras tanto, solo quería cerrar los ojos y no hacer nada.

Cerró los ojos, pero su mente empezó a darle vueltas a lo sucedido la noche anterior.

Al final, Rafe había conducido la lancha de vuelta a la casa. Ella había estado demasiado mareada como para preocuparse.

¡Mareada! Esa no era la expresión correcta. Mas bien había estado borracha. Rafe no, sin embargo, y no entendía cómo, después de todo el vino que había tomado. Aunque, quizá, no hubiera consumido tanto, pues más que beber lo que había hecho había sido hablar.

No, definitivamente él no había bebido tanto como ella. De otro modo, no le habría podido hacer el amor de un modo tan increíble como lo había hecho.

No podía recordarlo todo. Algunas partes eran confusas. Pero todavía podía sentir el placer que le habían provocado sus manos mientras la desvestían y la acariciaban, tan suave y cariñosamente. Sus boca también se había disuelto como azúcar sobre la de ella, mientras tenía un orgasmo detrás de otro.

Jamás había sentido nada como aquello. El estómago se le contrajo al recordar la sensación. Jamás se había sentido tan perdida en los brazos de un hombre. Recordaba vagamente haber gritado, pero después de eso su memoria se enturbiaba. Debió de quedarse dormida.

Y en aquel momento estaba allí, con un terrible dolor de cabeza, mientras que Rafe nadaba en la playa lleno de vigor.

En ese instante, él entró. Su oscura silueta se dibujó en el vano de la puerta.

-¿Qué tal tu cabeza? -preguntó él y se acercó a la cama.

-Horrorosa. Muchas gracias por las pastillas. Me emborraché del todo.

-Ya me di cuenta. Y te pusiste muy cariñosa.

-No puedo negártelo, no me acuerdo mucho.

-¿No recuerdas nada?

Isabel notó un tono extraño y no sabía si estaba ofendido o complacido por la noticia.

-No he dicho eso. Solo que no me acuerdo mucho. Pero sí recuerdo que estuviste estupendo, si eso es lo que quieres oír.

Él sonrió.

-Sí.

-Pero fue diferente.

A Rafe se le encogió el estómago.

-¿Diferente? -preguntó, tratando de no dejarse llevar por el pánico-. ¿A qué te refieres?

Ella se encogió de hombros.

-Fue más dulce, más tierno. Diferente.

Rafe sonrió aliviado.

-Bueno, no había prisa, porque no te empeñabas en apresurar las cosas.

-¿Qué quieres decir con eso?

-Eres un tanto impaciente y mandona en la cama. Siempre dices cosas como: «más rápido, Rafe», «más fuerte», «otra vez», «para», «no pares». La lista es infinita.

-¡Eso no es verdad! -negó ella.

-Quizá estoy exagerando un poco. Pero estuvo bien saber que podía tomarme mi tiempo y hacer exactamente lo que quería hacer con tu cooperación.

«¡Y fue increíble!», pensó Rafe.

Cualquier reticencia sobre su plan de no usar condón había desaparecido en el instante en que se había puesto en acción. Saber que un niño podía ser la consecuencia de su encuentro, añadía una emoción que jamás habría esperado. Al notar cómo su semilla se plantaba en su cuerpo, había sentido que el corazón estaba a punto de estallarle de emoción.

En el momento en que ella se había dormido en sus brazos, había sentido cosas tan profundas e intensas que habían revolucionado toda su concepción del amor.

Haber visto a Liz aquella noche había sido lo mejor que le podía haber sucedido. ¡Qué necio había sido eligiendo una vida solitaria solo por miedo a que volvieran a hacerle daño! De acuerdo con que había necesitado una temporada encerrado en una cueva. Pero habían

pasado años ya desde aquello, siempre manteniéndose a distancia de ía mujeres, excepto para encuentros sexuales, y diciéndose a sí mismo y a todo el mundo que no quería casarse, que no necesitaba una familia. Cuando en realidad, era demasiado cobarde como para arriesgarse a que le hirieran su orgullo masculino por segunda vez. Tenía miedo a que lo rechazaran.

Pero ese temor había desaparecido. Iba a perseguir con tesón lo que quería, que era a Isabel como esposa y como madre de su hijo o de sus hijos. No se iba a conformar solo con uno. A él no le había gustado lo de ser hijo único.

Sin embargo, no podía confesarle sus sentimientos a ella aún. Ni siquiera podía decirle cuánto la amaba. Todavía no estaba preparada para semejante noticia. Esperaría al momento adecuado, cuando la madre Naturaleza hiciera lo que tenía que hacer.

Tenía todas sus esperanzas puestas en que la noche anterior hubiera sido la definitiva. Pero, por si acaso, había preparado unos cuantos condones más. La verdad era que no había hecho jamás un esfuerzo tan placentero.

-¡No puedo soportar que la gente tenga un aspecto tan saludable cuando yo me estoy muriendo! -farfulló Isabel.

-Lo que necesitas en un refrescante baño -sugirió Rafe.

Ella gruñó.

-Muchas gracias, pero no. La cabeza me está dando demasiadas vueltas.

¿Crees que te podría engañar para que me prepararas un café?

Él se levantó de inmediato.

-¡Una humeante taza de café en el acto!

Isabel gruñó otra vez. No solo saludable, sino lleno de energía. Incluso empezó a silbar.

La verdad era que Rafe no era en absoluto como se lo había imaginado al principio. Sabía que le gustaban las mujeres y que el matrimonio y los niños no eran parte de su vida. Pero no era ni arrogante ni egoísta. En realidad era muy considerado y sensible. Aquella tal Liz debía de haberlo herido de verdad. ¡Estúpida rata!

La muerte de su padre también lo había dejado marcado, no le cabía duda.

La noche anterior, le había contado que su padre había sido representante de una compañía vinícola, y que solía viajar continuamente por Nuevo Gales del Sur, vendiendo los productos a hoteles, clubs y restaurantes. Había muerto en un accidente nocturno por evitar atrepellar a un canguro. Por desgracia, su posición económica había sido bastante mediocre, por lo que había dejado a su

viuda y a su hijo con muchas estrecheces.
Pero había sido un buen padre al que Rafe adoraba. Compungido, este le había contado que lo único que le había dejado había sido una cámara de fotos y unos gemelos de Fantomas. Padre e hijo habían sido muy aficionados a los cómics de dicho personaje. Siempre los leían juntos por la noche. En una mudanza, Rafe había perdido uno de los gemelos, así que había ordenado convertir el otro en un pendiente que jamás se quitaba por temor a perderlo. Sin duda, había querido mucho a su padre.
Era una pena que Rafe no quisiera asumir una paternidad. Con el ejemplo de su padre, habría sido bueno.
Isabel suspiró. Allí estaba la incorregible romántica otra vez. Lo próximo que esperaría sería que él entrara con la taza de café diciendo que había cambiado de opinión sobre lo que quería en la vida, le declarara su amor y le dijera que la amaba desesperadamente.
¡Poco probable!
-Aquí tienes tú café. Deja de suspirar y bébetelo. ¡Si ni siquiera te has tomado las pastillas para el dolor de cabeza! Tampoco te has bebido el agua. ¿Cómo piensas recuperar líquidos así? No te dejaré tomarte el café hasta que no hagas lo que debes. Y, de aquí en adelante, nada de alcohol. No te sienta bien.
Isabel lo miró perpleja.
-¡Y aquí estaba yo, pensando que no eras el mandamás que había creído al principio! Me engañaba a mí misma. Además, el único motivo por el que quieres que me ponga mejor es para tener más de lo de anoche.
El esbozó una sensual sonrisa.
-Puede que tengas razón.
Isabel se metió dos analgésicos en la boca y bebió agua.
-¿Una ducha o un baño de mar? -dijo él, deslizando la mirada a la altura de los sensuales pechos, que la sábana había dejado descubiertos.
Isabel adivinó de inmediato adonde estaba mirando. Quizá no estuviera en forma, pero sus pezones sí lo estaban y se sentía tan húmeda...
-Creo que lo mejor es que me dé un baño -dijo ella-. Pero sola.
-Podría restregarte la espalda -le ofreció Rafe.
-No.
-Aguafiestas.
-Y, después, me gustaría hacer algo poco energético, como jugar a las cartas.
-¿A las cartas? -repitió él secamente. Odiaba profundamente jugar

a las cartas. Su madre era una fanática y solía obligarlo cuando no encontraba otra pareja.

-Hay muchos otros juegos, también -dijo ella, al notar su falta de entusiasmo.

Rafe la miró con determinación. El único juego que quería era de naturaleza erótica. No podía permitirse perder aquellas críticas veinticuatro horas. Quizá estuviera ovulando en aquel preciso instante.

De pronto, tuvo una idea.

-De acuerdo. Pero tenemos que apostarnos algo. Ella frunció el ceño.

-¿Te refieres a dinero?

-No. Eso no sería divertido.

-¿Entonces?

-Si tú ganas, podrás pedirme lo que quieras. Y viceversa.

-¿Estamos hablando de sexo?

-No necesariamente. Puedo pedirte que te vayas a nadar, o que cocines algo, o que me des un masaje. «Sí, ya», pensó ella.

-No voy a decir que sí a cualquier cosa, Rafe, especialmente si es sexual. Tiene que haber ciertas limitaciones.

-Entonces, nada excesivo, nada que a la otra persona no le guste.

¡Eso era demasiado ambiguo!

-No quiero que me vuelvas a atar a una hamaca otra vez -al menos no a la luz del día. Le resultaba embarazoso. , -De acuerdo. ¿A qué otra cosa quieres que te ate?

-¡Rafe!

-Solo era una broma -claro que no quería atarla a ningún lado, lo que quería era hacerla madre.

Isabel empezó a sentir su calor interior. Aquel era el tipo de cosas que a ella la excitaban. ¡Aquel hombre era un malvado!

-Déjame que me dé un baño y que desayune antes de nada -dijo ella, tratando de no sonar ansiosa-. Mientras tanto busca un juego que te guste.

Esperaba que encontrara algo en lo que él fuera excelente. Porque quería que ganara.

Rafe eligió un ingenioso juego llamado Take It Easy.

Pero no requería habilidad sino suerte, y a veces se ganaba aun sin pretenderlo.

Cada ronda de tres se consideraba un juego ganado.

Isabel ganó el primero, a pesar de no haber estado concentrada.

-¡Vaya! -dijo, tratando de que no se notara su decepción.

Rafe la miró expectante.

-¿Y bien? ¿Qué cruel destino me aguarda?

-Dijiste que nada excesivo -le recordó-. Y también dijiste que no tenía por qué ser sexual -con un poco de suerte, la próxima vez perdería y la forzaría a hacer lo que él quisiera. Estaba dispuesta a esperar-. Querría un sandwich de jamón y queso y un vaso de zumo de naranja muy frío.

-¿Qué? -dijo él frustrado-. Pero si has desayunado hace media hora.

-Lo siento. Todavía tengo hambre. Rafe se quedó inmóvil en su sitio, mirándola, y ella se cruzó de brazos.

-¿No vas a cumplir tu castigo?

-Enseguida le sirvo, señora -murmuró él y se fue cumplir.

Cinco minutos más tarde regresó con un sandwich y un vaso de zumo.

Isabel aceptó el plato y comenzó a comérselo muy despacio, fingiendo saborear cada mordisco. En realidad, no tenía hambre, pero no había sido capaz de pedirle ninguna otra cosa. El zumo de naranja le sentó bien pues, aunque ya no tenía resaca, aún necesitaba líquidos.

-¡Delicioso, Rafe! -dijo poniendo el vaso sobre el plato y dejando ambos sobre una mesa-. Muchas gracias. ¿Seguimos jugando?

-¡Por supuesto!

Por suerte para ella Rafe ganó la siguiente ronda.

-¡Madre mía! -dijo Isabel.

-Es mi turno -respondió Rafe con fría satisfacción.

Isabel empezó a temblar en anticipación a lo que estaba por venir.

-Quiero que te quites el pareo -le pidió simplemente.

Al ver que no añadía nada más, lo miró desconcertada.

-¿Eso es todo? ¿Ya está?

-Sí. ¿Tienes algún problema?

Claro que lo tenía. Era mucho menos de lo que ella había esperado. Y, sin embargo....

De pronto se dio cuenta de que pretendía que se quedara allí sentada, jugando completamente desnuda. La idea la excitó.

La sangré comenzó a correrle a toda velocidad por las venas. Se levantó lentamente y se deshizo el nudo. Sus ojos se encontraron justo antes de dejar caer la tela sobre el suelo. En ese momento, el teléfono sonó.

-Deja el pareo ahí -le indicó Rafe-. Seguramente llamarán de recepción para saber si queremos que nos traigan la comida.

-No puedo -respondió ella y lo agarró de nuevo, cubriéndose a toda prisa mientras se encaminaba hacia él teléfono-. ¿Diga?

-¿Isabel?

-¡Rachel!

-Siento molestarte -dijo su amiga con la voz temblorosa.

-¿Qué sucede?

-Es Lettie....

-¿Le ha sucedido algo?

-Ha muerto. Hace un par de noches, mientras yo dormía, se levantó y se fue a la calle desnuda. A menudo se quitaba la ropa. La policía la encontró en un parque, completamente helada de frío. Agarró una neumonía. La ingresaron en el hospital y me dijeron que iba a recuperarse, pero anoche le dio un ataque al corazón y no pudieron salvarla.

-¡Oh, Rachel, lo siento!

-¿Sabes?, pensaba que me sentiría aliviada cuando muriera -dijo entre sollozos-. No te imaginas lo que ha sido mi vida últimamente. Días y noches eternos y sin sentido, porque sabía que jamás se pondría bien. Solo iría a peor. Solía tumbarme en la cama con la esperanza de que ella no se despertara al día siguiente. Pero ahora que ha muerto, no siento ningún alivio. Estoy destrozada. Miro su cama vacía y lloro y lloro. Por eso he tenido que llamarte. Necesito oír la voz de alguien en este mundo que me quiere.

Rachel no pudo aguantar más y rompió a llorar.

-Tranquilízate, Rachel. Llamaré a mi madre y a mi padre ahora mismo y les diré que vayan a recogerte y que te lleven a su casa. Volveré a Sydney tan pronto como me sea posible.

-Pero... pero no puedes hacer eso -gritó ella-. Tu madre se enterará.

-¿De qué?

-De que no estás conmigo en Dream Island, sino con un hombre.

-No importa. Pensará que soy una malvada durante una temporada y ya se le pasará. No se te ocurra hacer ninguna tontería, ¿de acuerdo?

-¿Cómo cuál?

-Pues, emborracharte con el sherry de Lettie o acostarte con el jardinero.

-No tengo jardinero -respondió Rachel-. Pero, si lo tuviera, me acostaría con él fuera como fuera. ¡Me siento tan sola, Isabel!

-No por mucho tiempo. Quédate ahí, que voy a llamar a mi madre de inmediato.

-De acuerdo.

-Estás en casa, ¿verdad?

-Sí, claro.

Isabel sintió un profundo dolor por su amiga. Parecía realmente deshecha.

-No te vayas a ninguna parte hasta que mi madre te llame.

-¿Adonde me iba a ir?

-No lo sé, de compras o al hospital...

-No pienso acercarme a ese hospital nunca más en mi vida.

Empezó a llorar otra vez.

-Por favor, Rachel, no llores, que me vas a hacer llorar a mí -a Isabel le empezó a temblar la barbilla.

-Lo... lo siento -farfulló Rachel-. Lo siento. Isabel tragó saliva.

-No tienes que sentir nada. Trataré de conseguir un vuelo para hoy mismo, y, si no, para mañana. Mientras tanto, haz lo que mi madre te diga. Te atiborrará de bizcocho casero y té, pero no le digas que no. No te vendría mal engordar un poco. ¿Te das cuenta de que casi te has quedado sin esos dos maravillosos melones que tenías? No sabes cómo te los envidiaba cuando estábamos en el colegio. Se movían de arriba abajo. Volverás a recuperarlos. Confía en mí.

-Sabía que hacía bien llamándote -dijo Rachel con un suspiro.

-De no haberlo hecho, me habría enfadado mucho contigo. Ahora me tengo que ir para preparar todo. Nos vemos pronto. ¡Cuídate!

Al colgar, Isabel pensó en su madre. No le iba a gustar nada su engaño.

Pero no podía hacer nada al respecto.

Agarró de nuevo el auricular y llamó a recepción para pedir línea.

-Asumo que la luna de miel ha terminado. Isabel se volvió hacia Rafe, que estaba en la puerta.

-¿Cuánto has oído?

-Todo.

-Entonces sabes que tengo que volver a casa. Puedes quedarte durante el resto de las vacaciones, si quieres.

Él la miró como si estuviera loca.

-¿Y para qué quiero quedarme aquí solo? Sin ti, Isabel, sería una pérdida de tiempo. Me iré contigo a Sydney. Si no encuentras un billete para esta tarde, puedes decir en recepción que le ofreces el resto de las vacaciones a alguna pareja que se marche hoy.

-Es una idea excelente, Rafe. Gracias.

-Soy bueno para otras cosas, aparte de para el sexo.

Isabel frunció el ceño al oír una nota amarga en su voz. ¿Qué le pasaba?

¿Acaso pensaba que ella estaba contenta teniéndose que marchar?

-Escucha, lo siento mucho, Rafe. Yo no esperaba algo así. Te aseguro que preferiría quedarme aquí contigo que volver a casa. Pero el destino ha decidido por nosotros. Rachel realmente me necesita. No puedo fallarle.

-Aprecio mucho eso, de verdad. Admiro a la gente que está con sus amigos cuando lo necesitan. Supongo que por eso mismo me siento

tan frustrado. El hecho de que ni siquiera hayas considerado la posibilidad de que esté contigo cuando tengas momentos difíciles me duele. Me tratas como si fuera una especie de gigoló contratado cuyos servicios ya no requieres. Creía que realmente te gustaba.

-Y... me gustas. Pero lo que hemos tenido aquí... Los dos sabíamos que este viaje no iba a ser más que una fantasía, nada que ver con la vida real. Creo que cuando lleguemos a Sydney cada uno debe irse por su lado.

-¿Eso es lo que crees? Pues yo no.

-¿Tú no?

-No. Lo que hemos tenido aquí ha sido fantástico, pero creo que lo que podríamos tener en Sydney sería mucho mejor. Podemos ser muy buenos amigos.

-Pero...

-No hay «peros». Te gusto y me gustas, además mucho. Somos sexualmente compatibles. Isabel, tú no eres una mujer que pueda vivir la vida de una monja. Te gusta demasiado el sexo. ¿Qué otro hombre vas a encontrar que te dé lo que yo puedo darte? Puedo ser tu amigo y tu amante. ¿A quién vas a encontrar que pueda excitarte como yo? Es una combinación difícil de hallar.

Tenía razón, era su hombre ideal.

Demasiado ideal. Estaba segura de que acabaría enamorándose como una tonta de él. Y todavía estaba a tiempo de escapar.

Pero de pronto pensó en lo que Rachel había dicho sobre su sentimiento de soledad. Isabel sabía que tarde o temprano, estando sola en su casa de Turramurra, acabaría agarrando el teléfono y llamando a Rafe para que fuera a verla.

«Toma lo que te ofrece», le dijo una tentadora voz. ¿Y si se enamoraba de él? Ya solucionaría ese problema cuando se enfrentara a él.

-Así que quieres que sea tu amiga de día y tu amante de noche.

-No. Quiero que seas ambas cosas de día y de noche. No sé por qué tenemos que relegar el sexo a la oscuridad.

Un erótico escalofrío la recorrió de arriba abajo. No tenía posibilidad alguna de resistirse a aquel hombre. Lo único que le quedaba era tratar de no perder el control.

-Tienes razón, Rafe. Las cosas entre nosotros han ido mucho mejor de lo que jamás me habría imaginado que irían. Eres exactamente lo que necesito. Pero, por favor, no asumas que si continuamos con nuestra relación vas a poder dictarme cómo debo regir mi vida. Sé que no estás de acuerdo con mi decisión de tener un hijo por mi cuenta, pero pienso hacerlo y nada ni nadie va a impedírmelo.

Capítulo 12

RAFE iba en silencio junto a Isabel, mientras volaban hacia Sydney, planeando cuál sería su siguiente movimiento. Se había puesto furioso con el destino por haberlos interrumpido. Pero, al final, las cosas no habían salido tan mal. Isabel había accedido a seguir viéndolo. En cuanto a su decisión de que nada ni nadie iba a impedir que tuviera un bebé, él era su mejor aliado. Esperaba dejarla embarazada antes de que tuviera que hacerlo de modo artificial.

El capitán del avión anunció en aquel momento que comenzaba el descenso al aeropuerto de Sydney. Isabel se volvió hacia él.

-Te dejaré en tu casa de camino -le dijo.

-Muy bien. ¿Y mañana?

-¿Qué pasa mañana?

-¿Me vas a necesitar?

Ella lo miró sorprendida.

-Pensé que no querías que te tratara como a un gigoló -dijo ella agitada-. Esa pregunta ha sonado un tanto provocativa.

-Me refiero a si me vas a necesitar como amigo, Isabel -se dio cuenta de que todavía le quedaba mucho camino antes de conseguir que confiara en él.

-Lo siento. No estoy acostumbrada a que los hombres quieran ser mis amigos.

-Pensé que Luke lo había sido.

-Sí, bueno, esa es la única excepción.

-San Luke -murmuró él.

-No tanto como aparentaba.

-No. Y bien, ¿nos vemos mañana?

Ella suspiró.

-Creo que debería pasar todo el día con Rachel.

Rafe no tenía otra opción más que aceptar su decisión. Lo que significaba que si no había concebido ese mes, tendría que esperar al siguiente.

No obstante, admiraba a Isabel por el modo en que lo había dejado todo para ir a atender a su amiga. No había mucha gente capaz de algo así.

-¿Y pasado mañana?

-Es el funeral.

-Yo te llevaré.

-No.

-Sí. No voy a permitirte que me escondas como si fuera un

desagradable secreto, Isabel. Tu madre ya sabe que fuiste a Dream Island con un hombre. Te oí decírselo por teléfono. También me dio la impresión de que no le gustó y que te dijo una serie de cosas bastante desagradables. No me gustó eso. Me habría encantado haber podido quitarte ese teléfono y haberle dicho a tu madre la verdad.

-¿La verdad?

-Sí. Que no eres ni «barata» ni «fácil», que supongo serían los insultos que te estaría diciendo. Eres una mujer con mucha clase y yo soy el hombre más afortunado del mundo por poder tener una relación contigo. Eres, además, una amiga increíble y estoy seguro de que también eres una hija maravillosa. Alguien debería decirle a tu madre todas esas cosas algún día.

-Te agradezco mucho todos esos halagos, Rafe. Pero perderías el tiempo. La pobre sufre de un doble salto generacional. Sigue viviendo en los cincuenta y no puede entender que me haya ido contigo nada más conocerte. No solo se quedó desconcertada, sino avergonzada. Tiene setenta años.

-Eso no es excusa.

-No, pero sí es un motivo. Ya se calmará. Entretanto, creo que lo mejor será que no le pongamos lo nuestro delante de la cara descaradamente.

-Isabel -dijo él con firmeza-. Tienes treinta años. Hace mucho que eres una adulta. Si vas a vivir tu vida como quieres, creo que eso incluye cierto cambio de actitud respecto a tu madre.

-Eso es muy fácil de decir. Pero tú tampoco practicas lo que predicas. Me dijiste que tú también le mientes a tu madre. Incluso le has llegado a asegurar que algún día te casarás, lo que no piensas hacer.

-Todo eso pertenece al pasado. Voy a ser honesto con ella en el futuro -no tenía problema alguno, porque pensaba casarse con Isabel.

-Ya. Qué pena que no vaya estar ahí para ver al nuevo Rafe.

«Sí que vas a estar. No te preocupes por eso».

-Voy a ir contigo a ese funeral, Isabel. Ya está decidido.

Isabel lo miró perpleja. Aquel hombre era imposible.

-De acuerdo, pero luego no digas que no te lo advertí -respondió ella.

A eso de las cinco de la tarde del día del funeral, Rafe empezaba a desear no haber sido tan terco.

Después de la misa, una vez en casa de los padres de Isabel, él no hacía sino buscar algún rincón apartado en el que esconderse de las incisivas miradas de la señora Hunt.

Por desgracia, no había gente suficiente como para camuflarse.

Isabel y Rachel habían sido acorraladas por una mujer gigante, dejándolo solo.

No le cabía duda de que a la señora Hunt su presencia le resultaba severamente insultante. Además, le desagradaban sus pendientes. No quería ni pensar en lo que habría sido si se le hubiera ocurrido ir sin afeitar y sin traje.

Rafe ignoró las miradas asesinas de su anfitriona y se dedicó a llenarse el plato con comida. Después de comprobar que Isabel y Rachel seguían ocupadas, se encaminó al porche, donde había visto un asiento, con la esperanza de poder comer tranquilo.

Pero el destino no iba a estar a su favor. Se acababa de sentar cuando aquella mujer de pesadilla apareció por la puerta y se plantó delante de él. Rafe levantó la vista del plato y trató de mantener un gesto impasible a pesar de que el corazón le latía con toda fuerza.

«Formidable» era la palabra que le venía a la cabeza para describir a la madre de Isabel. Sin duda, debía de haber sido una mujer muy hermosa en su juventud pues aún conservaba parte de su belleza. No obstante, su aspecto y vestimenta parecían haberse detenido en algún momento del pasado.

-Señor Saint Vincent -comenzó a decir la mujer y luego se detuvo, y Rafe pensó que no era porque no supiera lo que quería decir, sino porque trataba de intimidarlo.

Su estrategia funcionó. Pero no estaba dispuesto a dejar que ella se diera cuenta.

-¿Sí, señora Hunt? -respondió con frialdad, dándole un mordisco al sandwich.

-¿Podría hablar con usted en privado?

Él se encogió de hombros.

-Estamos completamente solos aquí. Así que siéntase libre de hacer o decir cuanto le plazca.

-Así es la gente de su generación, ¿verdad? Hacen y dicen con toda libertad lo que les place.

-Tenemos suerte, ¿verdad? No nos vemos obligados a seguir las hipócritas restricciones morales de su generación.

-¿Cómo se atreve? -lo reprobó la mujer con las mejillas enrojecidas por la indignación.

-¿Cómo se atreve usted, señora Hunt? Soy un invitado en su casa. ¿Es usted siempre tan ruda con sus invitados?

-Tengo todo el derecho del mundo a ser ruda con el hombre que se está aprovechando de mi hija.

-¿Eso es lo que usted piensa que estoy haciendo?

-Lo sé. Isabel, en circunstancias normales, no se habría ido así

como así con un desconocido. Usted sabía que ella acababa de tener un desengaño muy fuerte. Pero eso no le impidió hacer lo que hizo, ¿verdad?

Rafe decidió decir lo que realmente pensaba. No tenía nada que perder.

-No, claro que no me lo impidió. Y le diré por qué: porque estoy enamorado de su hija. Me enamoré nada más verla, y quiero casarme con ella –la mujer se quedó boquiabierta-. Todavía no se lo he dicho, porque no la veo preparada aún. No confía en el género masculino en este momento, y si le confieso lo que siento, no me creerá. Pensará que estoy con ella solo por el sexo, pero no es así.

-¿Quiere decir... que no se está acostando con ella?

Rafe sonrió.

-Yo no he dicho eso. Su hija es muy hermosa, y yo no soy un eunuco. A lo que me refiero es a que tiene muchas cosas que ofrecer además de placer sexual. Es una mujer muy especial. Es una pena que su propia madre no se dé cuenta de todo eso.

-¡Claro que me doy cuenta! Pienso que es maravillosa.

-Pues me da la impresión de que no suele decírselo a menudo. Porque ella piensa que es una perdida.

-¡Yo no creo eso!

-Pues ha debido de sacar esa idea de algún sitio. Creo que si no empieza a demostrarle lo que realmente piensa, puede perderla, señora Hunt. Isabel es una mujer independiente que no necesita que nadie le dé cobijo. Por eso mismo, no tiene por qué aguantar que la critiquen continuamente.

-Pero... pero... ¡Oh, Cielo Santo! Mi mala lengua y yo...

La mujer pareció genuinamente consternada y Rafe sintió cierta pena por ella. Pero había sido muy brusca y necesitaba que alguien le plantara cara y defendiera a Isabel.

-Necesita su amor incondicional -continuó él-. No que la quiera solo cuando hace lo que usted considera adecuado. Porque lo que a usted le parece lo correcto, puede resultar lo incorrecto, señora Hunt. Y, por favor, no le diga nada sobre mi confesión. Si lo hace, lo estropeará todo.

-¿De verdad que la ama?

-Mas de lo que creía posible. Voy a casarme con ella, señora Hunt, es solo cuestión de tiempo. La mujer sonrió complacida.

-Pero... pero eso es maravilloso. Lo que ha deseado durante toda su vida ha sido casarse y... ¡Oh! -la mujer se detuvo y comenzó a morderse el labio inferior-. Usted sabe que Isabel desea desesperadamente un hijo, ¿verdad?

¿No será eso un problema? Sé que muchos hombres no quieren niños hoy en día.

Rafe sonrió.

-No solo no es un problema, señora Hunt. Quizá incluso esa sea la solución.

-¿La solución? -la mujer pareció desconcertada durante unos segundos, hasta que, de pronto, sonrió-. Ya... ya entiendo.

-Asumo que Isabel tendrá todo su apoyo y comprensión si consigo llevar a cabo mi plan con éxito. Espero que no empiece a juzgarla y lanzarle piedras otra vez.

-Puedes confiar en mí, Rafe.

-Me alegro, señora Hunt.

-Llámame Dot, por favor.

-Dot -dijo él con una sonrisa-. Deséame suerte, Dot.

-No creo que la necesites, sexy demonio.

-¡Dot! Me dejas anonadado.

-No soy tan vieja como para no ver lo que le gusta a Isabel de ti. Pero no estoy segura de que no decirle que la amas sea la táctica adecuada.

-Confía en mí.

-Si tú lo dices... ¡He de confesar que me has sorprendido! Ahora tengo que regresar. Isabel podría salir y pillarnos. Empezaría a hacerme preguntas extrañas. Ella piensa que no me caes bien.

-Me pregunto de dónde habrá podido sacar semejante idea.

Dot lo miró con una mezcla de sorna y culpabilidad.

-Eres un caradura, jovencito.

-No tan jovencito. Ya he superado la barrera de los treinta.

Ella se rio.

-Eso es muy joven para mí. Pero entiendo a qué te refieres -dijo la mujer y entró de nuevo en la casa.

Poco después, apareció Isabel.

-Te he estado buscando. Mi madre me ha dicho que estabas aquí. ¿Qué le has dicho?

-Nada -dijo Rafe fingiendo una calma que no sentía. Cuanto más tiempo pasaba con Isabel más enamorado estaba de ella y más desesperadamente necesitaba que funcionaran sus planes-. ¿Por qué?

-Bueno, me ha sonreído y me ha dicho lo bien que le caías. No lo entiendo. Hace un momento te estaba lanzando miradas asesinas. Has debido decirle algo para que haya cambiado de opinión así.

-Le dije que tiene una hija maravillosa y que voy a casarme contigo.

Isabel parpadeó desconcertada.

-¡No has hecho eso!

-Sí, claro que lo he hecho.

-¡Rafe! Primero le mientes a tu madre y ahora a la mía. Pero mira, ha funcionado.

Rafe estuvo a punto de confesarle que no era mentira, que realmente estaba loco por ella y que quería casarse. Pero sería una confesión demasiado prematura.

-¿Qué tal lo lleva Rachel? -preguntó él cambiando de tema.

-No demasiado mal, la verdad. ¿Has visto a la mujer con la que estábamos hablando?

-¿La que parecía un acorazado?

-La misma. Se llama Alice McCarthy, y Rachel le hace arreglos de sastrería. Alice tiene un hijo...

-¿No me digas que es otra madre alcahueta? La pobre Rachel va a tener que enfrentarse con un acorazado que intenta casarla con su hijo.

-¡No! Deja de ser paranoico. Además, Alice es realmente dulce a pesar de su aspecto. Justin, su hijo, lo que requiere es una secretaria y Rachel lo que necesita ahora mismo para superar todo esto es salir de donde está, o cada vez se sentirá más sola y desgraciada. Un trabajo es la solución perfecta. Tendrá que pasar una entrevista, pero Alice le va a pedir a su hijo que la acepte al menos una temporada.

-Pero ¿puede Rachel hacer ese trabajo? ¿Ha sido secretaria antes?

-¿Que si ha sido secretaria? Tenía un alto cargo como secretaria de dirección en la Australian Broad

casting Corporation.

-¿Y qué hace el hijo de Alice?

-Es un alto ejecutivo en una de esas empresas que tienen un trozo de varios pasteles: seguros, inmobiliarias. Ya sabes.

-¿Qué le pasó a la anterior secretaria?

-Al parecer era británica. Se fue a casa para la boda de su sobrina y decidió que echaba de menos su tierra y quería quedarse allí. Regresó solo para recoger sus cosas y pedir su dimisión. Tiene una secretaria temporal pero no funciona bien. Al parecer es demasiado despampanante y no puede concentrarse.

-Supongo que la más perjudicada será su mujer.

-Está divorciado.

-¿Qué problema tiene entonces con que la secretaria esté bien?

Isabel suspiró. Sabía que un hombre como Rafe no lo entendería. De haber sido él, habría tenido a la secretaria en su despacho todos los días a la hora de la comida, sin plantearse nada más.

-Los romances de oficina no son una buena idea, Rafe -trató de

explicarle ella-. Eso es algo que quizá no sepas, puesto que no has trabajado nunca en una y no eres una mujer. Cuando una mujer tiene un romance con algún compañero de trabajo, especialmente si es su jefe, es ella siempre la que se lleva la peor parte.

Él se rio.

-¡Qué forma tan delicada de decirlo! Lo miró exasperada.

-¡Es que siempre tienes que encontrarle un sentido sexual a todo!

-Cariño, eres tú la que le está dando una connotación sexual. Pero si el tipo está divorciado, ¿qué problema hay en que su sexy secretaria flirtee con él?

-Quizá, sencillamente, no quiera mezclar el placer con los negocios.

-Pues yo creo que es un idiota. Pero, por lo que dices, Rachel es la mujer perfecta para él. No es espectacular ni parece que le guste flirtear.

Le parecía más bien tímida y retraída. Eso sí, encantadora.

-Puede que ahora no resulte atractiva, pero en el pasado solía ser realmente hermosa.

-Me resulta difícil imaginármela -la Rachel que había conocido no era en absoluto atractiva, aunque podía intuir ciertos rasgos de una pasada belleza, especialmente en sus ojos.

La dureza de cuatro años dedicados al cuidado de una anciana con Alzheimer habían hecho una profunda mella en ella. Tenía treinta y un años y aparentaba cuarenta.

-Lo que necesita es un poco de amor y cariño.

-Y un buen corte de pelo, ropa nueva y maquillaje.

-¡No seas ridículo, Rafe! ¿Es que no me has oído? Lo que busca Justin es todo lo contrario. Necesita alguien sensible y eficiente, que no lo ponga caliente.

-¡Claro! Se me había olvidado. Quizá debería ponerse gafas, porque tiene unos ojos muy bonitos.

-¿Verdad que sí?

-Y engordar un poco. Ese aspecto de anoréxica está muy de moda hoy en día. Puede resultarle deseable.

-¿Estás siendo sarcástico?

-No, claro que no. Y dile que se vista de negro para la entrevista. Le queda realmente mal. No como a ti, cariño -leˆsusurró él-. Estás tan sexy que pareces un pecado.

-¡Ya está bien! -dijo ella con una carcajada.

Pero no quería realmente que parara. En cuanto la tocaba, sentía que se iba a volver loca si no podía estar con él de inmediato.

-Quédate en mi casa esta noche -le murmuró él.

-No puedo -dijo ella-. Me voy a llevar a Rachel a Turramurra conmigo durante unos días. No quiero dejarla sola.

-¿Cuándo entonces?

-No lo sé. Ya te llamaré.

Rafe no quería presionarla. Pero la deseaba, aún más, la necesitaba. Y no tenía nada que ver con dejarla embarazada.

Estar enamorado era un infierno, especialmente cuando ese amor no era correspondido.

Y estaba claro que ella no lo amaba. Todavía no. No tenía sentido que se engañara. Pero era un pensamiento entristecedor.

El proyecto que le había confiado a Dot Hunt le pareció de pronto demasiado ambicioso. ¿Y si Isabel jamás llegaba a enamorarse de él? ¿Y si no se quedaba embarazada?

Entonces no tendría nada.

Tenía que quedarse embarazada. Lo que significaba que no debía hacer nada para asustarla. Tenía que conseguir que siguiera deseándolo.

-¿No me concedes ni una par de horas? -le sugirió-. Podríamos vernos después de que Rachel se haya ido a la cama, tomar algo y encontrar un aparcamiento poco concurrido.

Isabel lo miró desconcertada.

-¿Un aparcamiento?

-Sí.

-No lo he hecho en un coche desde que era adolescente.

Él sonrió.

-Yo tampoco.

-¿Tu coche tiene asientos reclinables?

-Tiene un enorme asiento trasero.

Ella lo miró, mientras sentía que el corazón le latía con fuerza.

-¿Y bien? ¿Qué contestas?

¿Qué le respondería?

Lo de siempre.

-Tráete protección.

Capítulo 13

RAFE miró al reloj justo al entrar en la calle de Isabel. Eran las siete pasadas. Había tardado más de una hora desde el aeropuerto hasta allí, por eso siempre trataba de no tomar vuelos que aterrizaran en plena hora punta. A menos que hubiera una emergencia.

A ojos de Rafe, ia había.

Habían pasado dos semanas desde el funeral y casi una semana desde la última vez que había visto a Isabel, pues había tenido que trabajar en Melbourne durante siete días.

La había llamado todas las noches, por supuesto, pero la había notado distante y esquiva. La había interrogado sobre aquella extraña actitud, pero la única respuesta que había obtenido había sido que estaba cansada.

Pero Rafe creía saber qué era lo que la preocupaba. Debía de tener algo que ver con su período.

Secretamente feliz ante la posibilidad de un éxito tan temprano, la había llamado desde el aeropuerto antes de tomar el vuelo de vuelta. Aún más distraída le había dicho que no podía verlo cono la excusa de que tenía que ir a casa de sus padres.

Rafe, sospechando que no era verdad, había decidido ir directamente a su casa.

Las luces estaban encendidas,lo que le indicó que le había mentido y que no había ido a ningún sitio.

¿Qué demonios le estaba pasando? ¿Es que se había dado cuenta de que realmente no quería un bebé tanto como pensaba? ¿O es que no quería un hijo de él?

Rafe esperaba que no fuera nada de eso. Seguramente solo estuviera confusa. Tal vez hubiera decidido no decírselo a Rafe. Naturalmente, ella pensaría que aquel embarazo había sido un accidente. Puede que la preocupara que él no quisiera al niño. ¡Cómo no se le había ocurrido pensar en todo eso antes! Quizá hubiera decidido tenerlo sola y excluirlo a él por completo.

No quería ni pensar en la posibilidad de que ella tratara de librarse del bebé. No. Isabel no haría jamás algo así. Además, todavía no podía estar segura de que fuera un embarazo. Podía tratarse de un retraso.

Él, sin embargo, tenía la certeza de que no era un retraso. Isabel llevaba a su hijo dentro. Por eso estaba actuando así.

Había llegado el momento de una confesión.

Sintió un fuerte cosquilleo en el estómago. Nunca antes había sentido tanto nerviosismo. Ni siquiera la primera vez que había

expuesto sus fotos. Pero era mucho más fácil ser juzgado como profesional que como hombre.

¿Y si Isabel no lo quería como padre? ¿Entonces qué?

No sabía lo que haría.. Lo único que sabía era que tenía que ir subiendo los escalones uno a uno.

Isabel no conseguía concentrarse en nada. Se dirigió a la cocina y comenzó a prepararse una taza de café con el solo propósito de ocuparse en algo.

No podía estar embarazada. Rafe había usado protección.

Pero los condones no eran cien por cien seguros. Nada lo era, excepto la abstinencia.

Sin duda, lo que habían practicado en Dream Island no había sido precisamente la abstinencia, sino el tipo de sexo que podía hacer fácilmente que un condón se rompiera.

Un pequeño agujero era todo lo que se necesitaba para un embarazo. Y el momento había sido el propicio. Aunque no habían practicado sexo el jueves, sí lo habían hecho el miércoles por la noche, y los espermatozoides vivían cuarenta y ocho horas.

¡Dios Santo!

En ese momento, sonó el timbre de la puerta. No podía ser Rachel, porque acababa de hablar con ella por teléfono. Le había dicho que un día y medio de retraso no era motivo de preocupación pero que, en cualquier caso, debía ir a comprar un test a la farmacia.

Pero Isabel ya sabía cuál iba a ser el resultado. Estaba embarazada de Rafe, lo sabía.

El timbre sonó por segunda vez. Tampoco podían ser sus padres. Aquella noche había rifa en el club y su madre jamás se la perdía.

Era poco probable que fuera algún vecino, pues no conocía a nadie aún en aquella zona.

Estaba segura de que era Rafe. Había notado el desconcierto en su voz cuando le había dicho que no fuera a verla. Pero, sencillamente no se sentía con ánimos de enfrentarse a él.

El miedo había empezado el día anterior, cuando había pasado el mediodía sin que le hubiera venido el período.

Ya podía imaginarse todo lo que acontecería: Rafe no querría el niño y haría que se sintiera fatal ante la decisión de tenerlo. Incluso podría ser que tratara de convencerla de que abortara.

No, no podía soportar la idea. Era de él de quien se tenía que librar, no del bebé.

El sonido del timbre se transformó en unos golpes en la puerta y una llamada a viva voz.

-Sé que estás ahí, Isabel, así que, por favor, ábreme. No me voy a ir

hasta que no hable contigo.

Isabel hizo acopio de valor.

«Esta es tu oportunidad. Él ya sabe que le has mentido respecto a esta noche. Se preguntará por qué. Es el momento perfecto para decirle que no quieres volver a verlo, que esta relación, más allá del sexo, no está funcionando para ti», se dijo ella.

En cuanto abrió la puerta, Rafe se dio cuenta de que Isabel tenía problemas. Su mirada era, una vez más, esa terrible combinación de hielo y metal. La había visto antes, la primera vez que se encontraron en su casa.

-Pasa -dio ella secamente-. Perdona mi aspecto, pero no esperaba visitas esta noche.

Llevaba un chándal blanco y negro, el pelo suelto y nada de maquillaje. Estaba aún más encantadora que de costumbre.

-Estaba haciendo café -se dio la vuelta y se encaminó hacia la cocina-. ¿Quieres una taza?

Rafe quería ir directamente al grano, olvidándose de cortesías.

-No -le dijo con firmeza, cerrando la puerta de la calle-. No he venido aquí para tomar café.

Se sentó en uno de los sillones de piel, se acomodó y la miró de arriba abajo. Ella sintió que los pezones se le endurecían y se enfureció.

-Si has venido por sexo, Rafe, lo siento pero hoy no. Ni hoy ni nunca más. Esto se acabó.

-Creo que sé qué es lo que te pasa -dijo él directamente.

-¿A mí?

-Sí, a ti. No te ha venido el período.

Ella lo miró boquiabierta y dejó que los brazos cayeran como sin vida a los lados de su cuerpo.

Rafe había acertado. Estaba embarazada.

De pronto, perdió todos sus miedos, solo sentía alegría y orgullo. Isabel aún no lo sabía, pero él iba a ser un gran padre, y un gran marido si ella se lo permitía.

-Entiendo tu reacción -dijo él cuidadosamente-. Pero no tienes de qué preocuparte. Estoy aquí para decirte que, si estás embarazada, yo os apoyaré a ti y al niño en todos los sentidos.

Ella se quedó en absoluto silencio.

-Se te ha retrasado, ¿no? -le preguntó de nuevo. Ella parpadeó y sacudió la cabeza como si tratara de aclarar sus pensamientos.

-No entiendo nada de esto -dijo ella, agitando las manos en el aire-. ¿Por qué has pensado que estoy embarazada?

-Tengo que confesarte algo. Cuando estábamos en Dream Island se

rompió el condón una de las veces.

Isabel se sobresaltó.

-Eso es lo que pensé que podía haber ocurrido. Pero ¿por qué no me lo dijiste?

-No quería preocuparte y, en cualquier caso, no se podía hacer nada más que buscar un médico y pedirle que te diera una pildora «del día después». Pero, sinceramente, pensé que no querrías tomar esa opción. ¿Me equivoqué?

La expresión de sus ojos le dijo que ni siquiera se le habría ocurrido pensarlo.

Isabel se dejó caer pesadamente sobre e! sillón.

-¿Cuándo ocurrió eso?

-El miércoles.

Ella frunció el ceño.

-La noche que nos fuimos a cenar.

-No, fue antes, por la tarde.

-Así que todas esas preguntas que me hacías sobre si pensaba quedarme embarazada en mi luna de miel eran para averiguar si podía haber ocurrido o no.

-Sí -admitió él.

-Debías de estar muy preocupado.

-No, la verdad es que no.

-¡Pero es una locura! Tú mismo me habías dicho que nunca has querido ser padre.

-Por extraño que parezca, cuando se convirtió en una posibilidad real me empezó a gustar la idea.

-¡Te empezó a gusta la idea! -exclamó ella sorprendida al principio y furiosa después-. ¡Un bebé no es una idea, Rafe, es una realidad, una responsabilidad de por vida!

-¿Y crees que no sé eso? -él también se enfureció-. He tenido más tiempo que tú para mentalizarme de lo que supone la paternidad, y, a pesar de todo, me gusta la idea. Para que lo sepas, cuando me di cuenta de que las posibilidades de embarazo no eran del cien por cien, tomé la decisión consciente de hacer lo necesario para que concibieras.

No había terminado aún de decir aquellas palabras, cuando se dio cuenta de que había cometido un grave error. Isabel ya estaba teniendo suficientes problemas para asimilar su embarazo accidental como para digerir aquello. Su empeño por hacerle entender que realmente quería aquel niño podía volverse en su contra. De pronto, lo que le había parecido una maravillosa y romántica idea aquel miércoles por la noche en Dream Island empezó a mostrar una cara no

tan hermosa.

-¿Qué es lo que hiciste? -preguntó ella perpleja. El gesto culpable de Rafe fue suficientemente revelador.

-Rafe, no puedes ser... -dijo ella.

-Bueno, yo...

-¡Lo hiciste! Me hiciste el amor sin usar protección y me emborrachaste para que no me diera cuenta.

-Bueno, la verdad es... -tartamudeaba como un idiota.

-¿Cómo te has atrevido a hacer algo así sin mi permiso? ¿Cómo te has atrevido a pensar que tenías derecho? ¿Qué tipo de hombre eres? -se levantó y se puso en jarras.

Su furiosa mirada acabó por calentar el ánimo de Rafe, que se puso en pie con idéntica fuerza.

-¡Estoy locamente enamorado de ti! -respondió él-. Y lo haría otra vez. De hecho, estaba dispuesto a hacerlo las veces que fueran necesarias -ella lo miró perpleja-. No podía soportar la idea de que la mujer a la que amaba llevara en su vientre al hijo de un extraño, cuando yo quería que llevara al mío. Estaba dispuesto a hacer cualquier cosa, a romper cualquier regla, a cruzar cualquier frontera, para conseguir mi objetivo. No me avergüenza reconocerlo. Te amo, Isabel -proclamó en alto-. Y creo que tú a mí también me amas, pero tienes miedo de reconocerlo. Sin embargo, no tienes nada que temer. No soy como los demás hombres con los que te has encontrado. Puede que me haya comportado como un necio durante un tiempo. Pero al ver a Liz me curé del todo. Me di cuenta de que me encaminaba hacia un futuro como el de ella: vacío y triste, sin nadie a quien amar. Aquella noche te tenía allí, delante de mí y me di cuenta de lo que realmente quería: te quería a ti como esposa y madre de mis hijos. Te quiero, Isabel. Dime que tú también me quieres.

Isabel lo miró torturada por una mezcla de sentimientos contradictorios. Sentía confusión, angustia, junto con una porción de esperanza desesperada.

-El amor es mucho más que el sexo, Rafe.

-Lo sé.

-¿De verdad? ¿Estás seguro de que lo sabes? ¿Y yo? A veces la línea entre deseo y amor es muy confusa. Tantas veces creí estar enamorada y siempre acabé con el corazón roto.

-Puedo entender tus miedos. Yo también solía temer el amor. Pero la vida sin ese sentimiento no vale nada. Incluso el estúpido de Luke encontró el amor. Solo quiero que me digas si crees que estás enamorada de mí o no.

Ella gimió incapaz de admitir nada.

-De acuerdo -dijo Rafe-. No tienes que decirlo. Lo diré yo por los dos. Nos queremos. Nos enamoramos desde el primer momento. Esa es la verdad y no puedes negármela. Pero no te voy a pedir que te cases conmigo, no de momento. Lo único que te pido es que me permitas ser parte de tu vida y de la del bebé.

Isabel no podía pensar. Las cosas iban demasiado deprisa para ella.

-Pero si ni siquiera sabemos si hay un bebé.

-Pues entonces descubrámoslo. Vamos a ver al médico. Iremos a una de esas clínicas de veinticuatro horas.

-No hace falta eso. Basta con ir a la farmacia.

-Pues vamos.

Rafe notó que la tensión crecía durante el camino de ida y vuelta.

Al regresar a casa, leyeron las instrucciones. Luego Isabel se metió en el baño.

Rafe esperó impaciente durante unos minutos. Pero, al ver que el tiempo pasaba y que ella no bajaba, decidió subir.

-¿Isabel? ¿Por qué tardas tanto? -le dijo desde la escalera.

Finalmente, ella apareció, totalmente pálida.

Rafe la miró lleno de amor.

-Cariño, no te preocupes. Un bebé era lo que más deseabas en el mundo, ¿no es así?

-Pero es que no hay bebé. El test ha dado negativo.

Capítulo 14

¡OH, RAFE! -gimió ella, mientras las lágrimas rodaban por sus mejillas. Rafe puso a un lado su propia decepción y subió los escalones que los separaban para tomarla en sus brazos.

-No te preocupes, amor mío -le murmuró apretándola con fuerza-. Haremos un bebé el próximo mes. Ya lo verás. Tranquila, cariño, no llores. Ya sabes lo que se dice: «Si no lo consigues a la primera, inténtalo cuantas veces sea necesario».

Pero nada parecía consolarla. Lloró y lloró sin parar. Rafe llegó a la conclusión de que aquel llanto no era solo por la decepción del embarazo, sino por todas las decepciones que había sufrido en su vida.

Finalmente, ella se derrumbó en sus brazos y él la subió hasta el dormitorio.

Abrió la cama, la dejó sobre ella, le quitó los pantalones y la cubrió con la sábana.

-No te vayas -le rogó ella llorando.

-No me voy a ir -le prometió-. Solo voy a prepararte algo caliente para beber.

-No, no quiero beber nada. Solo quiero que te quedes aquí conmigo y que me abraces. Me siento segura cuando me abrazas.

El suspiró. ¿Cómo iba a conseguir limitarse solo a abrazarla? No tenía otra opción, porque Isabel lo necesitaba como amigo en aquel momento, no como amante.

Rafe se quitó los zapatos y se tumbó a su lado completamente vestido. Esperaba que eso lo ayudara. Y lo hizo al principio. Pero, al final, ninguno de los dos parecía contento con tan platónico abrazo. Fue Isabel la que empezó a acariciarlo y a desvestirlo. Isabel decidió que lo necesitaba, tal y como las mujeres habían deseado a los hombres a los que amaban desde el principio de los tiempos.

Hicieron el amor, pero en aquella ocasión fue distinto a todas las demás: lento, suave, dulce.

Se acariciaron y se besaron llenos de amor, hasta que su deseo los llevó a fusionarse juntos. Y cuando el climax llegó los llenó de paz y contento.

-Te quiero, Rafe -le murmuró ella, mientras yacía en sus brazos.

Rafe suspiró y le acarició el pelo.

-Bien,

-Y quiero casarme contigo -añadió ella-. Si tú todavía lo quieres.

-Aún mejor.

-Pero no me gustaría tener que esperar a que nos casemos para

quedarme embarazada. ¿Podemos intentarlo de nuevo el mes que viene?

-Estoy en tus manos, Isabel.

Ella lo abrazó con fuerza y Rafe se sorprendió a sí mismo con lágrimas en los ojos. Eran lágrimas de amor, un amor profundo y único.

Y se quedó pensando sobre su futuro aún mucho después de que ella se hubiera quedado dormida.

-Quiero que vengas a comer con mi madre mañana -le dijo a la mañana siguiente mientras desayunaban.

Isabel se apartó el pelo de la cara.

-¡Dios Santo! ¿Tú crees que le caeré bien?

-Te va a adorar.

-¿De verdad lo piensas? Las madres siempre me preocupan. Te ha tenido para ella sola todos estos años, y seguro que eres el centro de su vida.

Rafe se rio. Para su madre había sido un niño muy difícil y un adolescente aún peor. Desde siempre había tenido muy claro que quería llegar a ser un buen fotógrafo, y más claro aún que no quería tener problemas de dinero. A los dieciséis años usó los pocos ahorros que tenía para convertir el garaje en un laboratorio fotográfico, condenando al coche de su madre a dormir en la calle.

A pesar de que lo quería con locura, para ella había sido un bendición que se marchara de casa.

-Créeme, Isabel -le dijo-. Mi madre no es una madre típica. Tiene su propia vida, sus amigos, sus placeres y sus pasatiempos. Lo que quiere es verme casado, para no tener que preocuparse por mí mas. Claro que le gustaría tener uno o dos nietos. Por cierto, ¿te ha venido el período?

-No. Y la verdad es que no lo entiendo. Nunca se me retrasa,

-Quizá el test no dio el resultado correcto.

Isabel sintió un cosquilleo en el estómago. No se le había ocurrido pensar en eso.

-Pero seguí las instrucciones correctamente.

-Sí, pero llevas poco tiempo de retraso. ¿Con cuánto tiempo puede detectar el embarazo?

-Cuando estás de dos semanas.

-Pero ayer hacía solo dos semanas y un día. Estás en la frontera. Quizá deberíamos comprar otro test e intentarlo de nuevo dentro de un par de días.

Isabel no quería hacerse ilusiones. Sus emociones ya estaban lo suficientemente alteradas por los últimos acontecimiento. Jamás antes

había llorado como lo había hecho la noche anterior. Pero debía reconocer que aquel llanto había sido un verdadero alivio y la había ayudado a limpiarse por dentro. Luego habían hecho el amor de tal modo, que solo eso la había llenado de una felicidad única. Saber que Rafe la quería era suficiente. Ya tendrían un hijo. No tenía por qué apresurar las cosas. Tampoco tenía que torturarse con otro test. Lo mejor que podía hacer era esperar con calma a que el período le bajara e intentarlo en el próximo ciclo.

-No -dijo ella-. No quiero hacer eso. Seguro que me va a bajar si me tranquilizo. Creo que es el estrés el causante del retraso.

-Es posible que tengas razón. De ahora en adelante vas a estar relajada y feliz.

-Suena estupendo. ¿Y qué vamos a hacer hoy?

-Te voy a llevar a comprar un anillo de compromiso. Así, cuando vayamos a casa de mi madre mañana, sabrá que voy en serio con lo de la boda. Aunque me va a costar igualar el pedrusco que llevas puesto y que, supongo, te lo dio Luke.

Isabel frunció el ceño.

-No estarás celoso de Luke, ¿verdad?

-Bueno...

-Pero no tienes por qué. No lo amaba.

-Ya, pero tienes muchos recuerdos de él por todas partes. El anillo, por ejemplo, y este lugar. No me importa lo del dinero pero ¿tienes que vivir en esta casa?

-Esta no era realmente la casa de Luke. Nada refleja su personalidad. La compró ya amueblada. Pero, en cualquier caso, no me importa mudarme a la tuya, Rafe, si lo prefieres. Aunque tu casa no es adecuada para una familia. ¿Qué te parecería si vendiéramos las dos casas y nos compráramos una juntos?

-Una estupenda idea -Rafe sonrió satisfecho-. Y ahora, vistámonos para ir a la ciudad de compras.

-¿Estás seguro de que puedes permitirte algo tan caro? -le preguntó Isabel una vez en la joyería.

-No hay problema. Le pediré a mi banquero otra hipoteca.

Isabel lo miró alarmada.

-¡No me importa que me compres otro más barato!

Rafe sonrió y la besó.

-No seas tonta. Era solo una broma. Puedo pagar este anillo sin problemas. Puede que no sea multimillonario, pero tengo lo suficiente para mantener una familia. Soy un fotógrafo de éxito y un astuto inversor. Se lo diré a tu padre cuando le pida tu mano.

-¿Cuándo qué?

-Como tú misma me dijiste, Isabel, tus padres son de otra generación. Quiero hacer las cosas como es debido con tu padre y con tu madre.

-Solo con casarte conmigo ya te habrás ganado a mi madre. Rafe sonrió.

-Me di cuenta de eso cuando se lo dije en el funeral.

Isabel sonrió.

-Eres un demonio, Rafe Saint Vincent. Pero te quiero igualmente.

-Es lo menos que puedes hacer después de costarme tanto dinero.

-No te preocupes -le murmuró al oído, besándole la mejilla-. Si te quedas sin nada, yo tengo mucho.

-Pero ya no estoy tan seguro de que me guste que Luke te haya dado todo ese dinero. Un hombre necesita ser capaz de mantener a su familia. Quiero ser indispensable y no solo por mi cuerpo -Isabel se rio-, ¿Qué te hace tanta gracia?

-Te estás poniendo todo salvaje y posesivo conmigo. ¿Quién lo iba a decir, después de que me dejaste comprar tu cuerpo para hacer lo que quisiera con él durante dos semanas?

-¡Eso no es así!

-Sí, claro que sí. No pagaste nada en Dream Island.

-Sí que pagué algo.

-¿Qué?

-Los condones.

-Solo la mitad.

-Pensé que tres docenas serían suficientes. ¿Cómo iba a imaginarme que iba con una ninfómana?

Los dos se dieron cuenta de que todo el mundo se había detenido y los estaba mirando. Sin duda habían oído su provocativa conversación.

Isabel se ruborizó mientras Rafe se reía.

-¡Qué vergüenza! -gritó Isabel una vez que hubieron pagado el anillo y ya estaban fuera-. ¿Qué habrán pensado de nosotros?

-Probablemente que tú eres una dama rica y yo tu gigoló.

A Rafe le encantaba verla mortificada. Tenía tantas contradicciones en lo que al sexo se refería: era salvajemente desinhibida de puertas para dentro, y recatada y puritana en público. Estar con ella era como estar con una virgen y con una vampiresa al mismo tiempo.

-Vayámonos de aquí -le rogó Isabel, y se lo llevó rápidamente a la calle-. ¡Menos mal! -dijo ella una vez fuera-. Rafe, mira, una farmacia. Podría comprar otro de esos test.

-Creía que no querías hacerte la prueba.

-Lo sé. Pero he cambiado de opinión.

-¿Yeso?

-Bueno, es que siento algo extraño en los senos.

-¿Qué quieres decir?

-Pues que noto los pezones tirantes.

El la miró con una sonrisa picara.

-Hay otras explicaciones para eso aparte de un embarazo, cariño. Te has sentido avergonzada por lo que ha pasado en la tienda, y eso te ha puesto caliente.

-¡No! -se sintió aún más avergonzada ante semejante idea.

-Sí, claro que sí. Pero no vamos a discutir por eso en público. Compremos otra prueba de embarazo y nos vamos a mi casa.

Al pensar que ella podía estar excitada, él también se había excitado. Estaba ansioso por tenerla en sus brazos. Tenía además intenciones de fotografiarla después de que hicieran el amor. Era su momento de mayor esplendor, cuando estaba relajada y sumida en una hermosa ensoñación.

Desde hacía tiempo ansiaba captar aquel estado con su cámara. Solo le haría retratos.

Pero nada más llegar a la casa, ella subió escaleras arriba a toda prisa con la prueba en la mano.

Rafe se fue por la cámara a pesar de todo, pero consciente de que era una pérdida de tiempo. En cuanto viera que el test era negativo, su estado de ánimo cambiaría.

Una vez más, estuvo arriba demasiado tiempo. Rafe solo esperaba que no se hubiera metido en el dormitorio a llorar desconsoladamente. Al cabo de un rato, decidió subir, aunque no se molestó en llevar la cámara.

-Isabel -llamó a la puerta del baño-. Por favor, tranquilízate.

La puerta se abrió en aquel momento y ella apareció con el rostro cubierto de lágrimas.

-No debería haberte permitido que compraras esa maldita caja -le murmuró. Odiaba verla triste-. Isabel, no tienes por qué ponerte así.

Inesperadamente, ella sonrió y una chispa relumbrante apareció en su mirada.

-No estoy triste, Rafe. Lloro de alegría. El test ha dado positivo. ¡ Estamos embarazados!

Rafe supo que aquel era uno de los momentos más importantes de su vida.

Un mes después, se casaron y Rafe disfrutó feliz del acontecimiento, a pesar de tener que soportar las fotos de Les y sendas madres llorando y abrazándose.

Pero nada fue tan mágico como el nacimiento de su primer hijo.

Rafe jamás olvidaría el gesto de Isabel al sentir a su recién nacido sobre el pecho.

-Me gustaría llamarlo Michael, Rafe, como tu padre -le había dicho.

Sí, aquel sería un momento que recordaría para siempre con una claridad única, a pesar de que las lágrimas le habían empañado los ojos.

Miranda Lee - Serie Pasiones secretas 2 - Anhelo secreto (Harlequín by Mariquiña)